

GUERRA DE CENTROAMERICA CONTRA WALKER Y SUS FILIBUSTEROS

POR
VIRGILIO RODRIGUEZ BETETA

TRASCENDENCIA
NACIONAL E INTERNACIONAL

GUATEMALA

PRIMERA PARTE

I

Tres órdenes de causas: mundiales, continentales y nacionales

En el drama de la guerra centroamericana contra Walker y sus filibusteros, el mayor que ha vivido la historia de Centro América, deben considerarse tres diferentes órdenes de causas desde luego, las del orden interno que se refieren exclusivamente a la situación misma de estos países, las del orden continental, que se refieren especialmente al momento de su historia por que atravesaban los Estados Unidos y que vienen a darnos luz sobre los objetivos que animaban a Walker cuando vino o que fue ensanchando desde aquí, y sobre la forma como reaccionaba la opinión pública de su país y su gobierno, y por último, y quizá tan importantes como las anteriores, las razones de un orden que podemos llamar mundial por tratarse de la lucha tres veces secular de algunas de las grandes potencias europeas por disputarse y disputarles a los Estados Unidos el predominio sobre las rutas principales del comercio universal y sobre todo las posibilidades de abrir el canal interoceánico por Centro América. En este último sentido, la lucha tenía ya que circunscribirse y ser a muerte, entre Inglaterra y Estados Unidos, pues prácticamente las otras potencias que habían podido competir quedaban fuera del "ring". En cambio, Inglaterra mantenía siempre frescas en los oídos las predicciones y consejos del gran pensador y novelista Walter Scott "Centro América, la llave de los mares. Quien la posea será el dueño del comercio universal" Y por anticipado, desde el siglo XVII había abierto las costas de Guatemala sobre el Caribe con la ganzúa de Belice o British Honduras. La sentencia de Scott era demasiado práctica como para que pudiera olvidarla el pueblo de la reina Isabel, que alentaba a sus "lobos marinos" y daba a sir Francis Drake, un tanto románticamente, el título de su "pirata-caballero".

Siendo estas causas del orden mundial las más sencillas de considerar, comenzaré por ellas, reservándome para luego las del orden interno de Centro América, que siguen a aquéllas en sencillez, y dejando para último las del orden continental, que son las más complicadas, al punto de que yo he llegado a la conclusión, tras mucho meditar en ello y consultar documentos hasta ahora poco o nada conocidos, que en la mente de Walker, insaciable, su pensamiento cardinal llegó a ser el de formar aquí al sur de los Estados Unidos, una compacta, vasta y fuerte nación o imperio militar, con los cinco países de Centro América, algunos Estados de México, Cuba, las dos rutas interoceánicas de que podía disponerse entonces, la del ferrocarril de Panamá y la mixta acuática y terrestre de Nicaragua. Y como coronamiento de todo ello, la cooperación y alianza de Inglaterra. Todo ello debería estar listo y preparado para ponerlo a la orden de la Confederación de los Estados del Sur de los Estados Unidos cuando llegara la hora, que no debería tardar, de iniciarse la lucha a muerte de los Estados esclavistas y separatistas del Sur contra los abolicionistas y defensores de la unidad nacional y total del Norte.

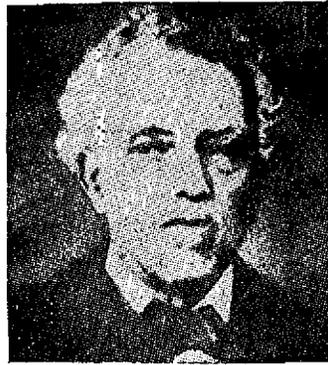
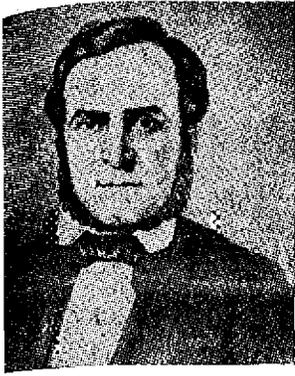
Empezaré, pues, por analizar lo más someramente que cabe dentro de las limitaciones de una plática, las causas del orden mundial o sea la disputa acerba, que en 1854 casi produce la guerra entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos, por el predominio que aquélla quería ejercer en Centro América y de manera especialísima sobre el territorio estratégico por donde debería abrirse paso el Canal Interoceánico. Y analizaré, de consiguiente, cómo tal disputa pudo influir en la venida de Walker y en la suerte de la guerra nacional de Centro América contra el filibustero de tan vastas y audaces concepciones.

En los años en que tuvo lugar la invasión filibustera de Nicaragua (1855-57), el duelo a muerte entre Estados Unidos e Inglaterra por la primacía en la construcción del Canal Interoceánico, obra para la cual Nicaragua ofrecía entonces las más seguras perspectivas, puede sintetizarse en estos términos, que con toda claridad puso de manifiesto en su Mensaje al Congreso el Presidente Pierce, de los Estados Unidos "O Inglaterra se resolvía a cumplir con toda lealtad el tratado Clayton-Bulwer, de 19 de abril de 1850, absteniéndose de ocupar, de fortificar o de colonizar, así como de ejercer cualquier acto de dominio sobre Nicaragua, Costa Rica, la costa de Los Mosquitos o cualquier otra parte de la América Central, o esa cuestión, que no puede estar por más largo tiempo indecisa comprometerá las relaciones de ambos países". Esto, más o menos contenía el reto de los Estados Unidos en ese momento en que el fiel de la balanza del predominio sobre las rutas marítimas universales, parecía inclinarse indeciso, a un lado y otro, como una sabia mujer coqueta (Cleopatra de los nuevos tiempos) de cuya sonrisa penden los destinos de los césares.

II

Inglaterra ante la invasión de Walker

Después de sus dos guerras con Estados Unidos, la de Independencia, a fines del siglo XVIII, y la de 1812-14, Inglaterra tenía dos máximas preocupaciones en su política con aquéllos: conservar a toda costa sus posesiones de hecho en la América Central, que le aseguraban la construcción del Canal Interoceánico de Nicaragua o de Panamá, y atajar a toda costa la expansión hacia el sur de los Estados Unidos. La anexión a éstos del nuevo Estado de Texas, con su vasto territorio y gran riqueza de algodón, azúcar y tabaco, había marcado la señal y la hora de esa expansión, que vino a confirmar los cálculos estadísticos del sabio Franklin sobre la duplicación cada veintidós años de la población de los Estados Unidos, una expansión que nada ni nadie, dentro de las leyes biológico-sociales, podría evitar. Lord Aberdeen había llegado al punto de ofrecerle medio secretamente a México, que si reconocía la inde-



De izquierda a derecha: General **JUAN RAFAEL MORA**, Presidente de Costa Rica y heroico iniciador de la "Guerra Santa" contra los filibusteros. * General **JOSE DOLORES ESTRADA**, héroe de la Batalla de San Jacinto, de tan estimulante y decisiva influencia moral sobre los aliados. * El capitán de la goleta "Granada", **CALLENDER IRVINE FAYSSOUX**, en sus últimos años, uno de los del grupo selecto, no muy numeroso por cierto, de los hombres de positivo gran valer que pelearon y le fueron siempre leales a Walker. Fayssox era descendiente de próceres de la Independencia norteamericana y comulgaba cien por ciento con las ideas de su jefe, quien sin duda lo tenía destinado para organizar y dirigir su futura soñada escuadra del Caribe. * General **FREDERICK HENNINGSEN**, inglés de nacimiento y de origen escandinavo. Fue el principal defensor de Granada y el que la incendió al desalojarla, cometiendo el más inexcusable crimen de guerra.

pendencia de Texas, ella Inglaterra, se comprometía a asegurar tal independencia y garantizar los actuales límites entre México y Estados Unidos. Aberdeen no seguía en esto, como tampoco seguía otra cosa en su política con Centro América, más que la línea invariable e implacable de su tenaz antecesor Canning. No era otra tampoco la política de Francia con Talleyrand, primero, luego con Luis Felipe, y últimamente con Napoleón III atajar a toda costa esa expansión. Pero el desarrollo de las potencias naturales de los Estados Unidos podían más que él. Y así vino la guerra con México y la anexión de la Alta California, y para colmo, el descubrimiento, hecho por un obrero al sacar una palada de tierra, de una acequia del valle del Sacramento dos semanas antes de que esa guerra terminara, de que California estaba sentada y asentada sobre vetas de mineral de oro inagotables. Para horror de la política inglesa comercial y colonial de sus "lobos de mar", el mundo fue sacudido por la fiebre del oro, con tanta o más vehemencia que lo había sido cuando el descubrimiento de América y las rutas marítimas de la Especiería. Quizá el flemático Lord Aberdeen se acordaría mucho de la clave que señalaba Napoleón para ganar una guerra: oro, oro y más oro. Y debo adelantar, entre paréntesis, que William Walker había hecho parte de sus estudios en Inglaterra, como en Alemania y Francia, y ha de haber aprendido y retenido muy bien la frase napoleónica, cuando pensó en darles por base a sus vastos planes de imperio militar al sur de los Estados del Sur de los Estados Unidos las dos más cercanas y rápidas vías de comunicación que pudieran trasladar todo el oro necesario desde California, en el Oeste, a Nueva Orleans, el puerto más cercano e importante para aquellos Estados esclavistas y separatistas del Sur, en una guerra que ya nadie podría detener, contra los del Norte.

Pero prosigamos. La guerra con México y sus bien previsibles consecuencias, y este descubrimiento de Las Mil y Una Noches del oro, hizo cavilar mucho a Inglaterra y la obligó a templar mejor las cuerdas de su dominio sobre el *Mare Nostrum* centroamericano.

Ya he dicho cómo desde fines del siglo XVII sus bucaneros traficantes en maderas y toda clase de mercancías habían descubierto que no podía haber una madriguera mejor para sus piraterías y contrabandos que Belice o British Honduras, oculto a los ojos de los demás mortales y defendido por una interminable hilera de arrecifes y cayos grandes y pequeños. Muy pronto llegó a oídos del Gobierno de Su Majestad Británica, por medio de sus súbditos y autoridades de Jamaica, que aquella madriguera podía significar, en el tiempo y el espacio, la puesta de un pie firme, o de los dos, en el propio continente, y nada menos que en el corazón del continente. Desde entonces Gran Bretaña adoró Belice, y su posesión *per secula* era uno de los objetos que jamás perdió de vista en sus interminables guerras con España. A pesar de que ésta le negaba siempre el derecho a considerarse dueña y señora de Belice, y a pesar de que en los tratados siempre España al hacer sus interminables paces con Inglaterra se reservó clara y categóricamente su soberanía sobre Belice, de hecho los ingleses hacían y deshacían a su antojo en su madriguera. Y lo que es peor, iban ensanchando de tal manera la madriguera, que cuando llegó para la América Central la hora de recibir la herencia de Belice, por la Independencia, se halló con que la patria de sir Francis Drake había avanzado por arriba y por abajo, cruzando ríos y devastando selvas de caoba y demás maderas "preciosas" en una extensión de veintidós mil kilómetros. Más, mucho más que la provincia de San Salvador en el reino de Guatemala. Y que había hecho todo lo necesario para mantenerle cerrada casi a la provincia de Guatemala, en el mismo reino, toda su costa y todas sus salidas naturales al Atlántico.

Pero nada de esto importaba. ¿No había sido, pues, sir Francis Drake el que había aconsejado a un cándido gobernador de Panamá, tras la chamusquina arrasante de la ciudad, que le presentara el testamento de Adán en que constara que aquel nuestro progenitor y padre común de la humanidad le había dejado a España la América... ?

III

Sucursal del Imperio inglés en Centro América

Belice o British Honduras fue escogida por la Gran Bretaña como capital intelectual del nuevo imperio marítimo-terrestre de Centro América, o si se quiere, de la sucursal centroamericana del Viejo Imperio Británico. Tenía derecho a ello Belice por ser la decana de las posesiones inglesas en el centro geográfico del continente, por haberle cerrado a Guatemala sus naturales salidas al Atlántico —triumfo estratégico de gran importancia marítima— y por la firme voluntad de los ingleses de no irse jamás de allí, aunque las circunstancias los obligaran algún día a firmar un tratado, que en todo caso tendría que ser sólo una componenda, con los Estados Unidos, como efectivamente pasó pocos años después con el Tratado Clayton-Bulwer de abril de 1850, de cuyas prohibiciones sobre las tierras y mares centroamericanos estaban dispuestos a reírse de antemano. En cambio, ya Belice había dado pruebas de merecer la dirección intelectual: su gobernador aparente y comandante militar de verdad, el inolvidable general Codd (inolvidable para los centroamericanos) se había apresurado a dar a Inglaterra las normas de conducta y de criterio por las que debieran regir sus relaciones con Centro América. “Esta república no existe de verdad, sino sólo sobre el papel. Seiscientos soldados mexicanos bastaron para cruzarla de parte a parte y anexarla al no menos hipotético Imperio de Iturbide. Los centroamericanos no se entienden entre sí (los cual era cierto, así como era mentira lo de los seiscientos y el cruce) y sólo de una cosa están seguros: de que Inglaterra con uno o dos de sus cruceros de guerra que envíe a sus turbulentas aguas, se impondrán a los centroamericanos a su antojo”. Estas palabras, que no estoy transcribiendo textualmente sino tan sólo en su contenido, influyen tan decididamente en el ánimo del gabinete de St James, que éste comprendió que el general Codd era un genio, como andando el tiempo los norteamericanos del Sur y aun algunos de los del Norte deberían igualmente calificar a William Walker. E influyeron de tal suerte en el ánimo de los hombres de talento, que el mismo Thompson, el inteligente viajero que escribió a sus majestades británicas su informe sobre la situación de Centro América a raíz de la Independencia y sobre lo que podía esperarse de ella, no tuvo empacho en estampar que, aunque Gran Bretaña jamás había tenido la soberanía sobre Belice, estaba seguro de que con sólo abrir la boca, la tal soberanía le sería concedida en el acto. (La boca a que se refiere no era la de los cañones de los referidos cruceros, por supuesto). Inglaterra, siguiendo los itinerarios de su capital intelectual en Centro América, no tuvo, pues, más que alargar los brazos antes que los Estados Unidos alargaran los suyos. Bien comprendía ella que desde aquel instante —el de la adquisición de Texas y California y de todo el oro que le hiciera falta de California— el paso inmediato biológico, social y económico de los Estados Unidos tenía que ser forzosamente el de abrir a toda costa un camino y una comunicación rápida entre Nueva York y el resto del Este y California en el extremo sudoccidental, y esa ruta no podía ser otra que la de Nicaragua o la de Panamá, o mejor si ambas,

ya que el ferrocarril, a través de su propio territorio, de océano a océano apenas podría bosquejarse como una promesa del porvenir. Los Estados esclavistas del Sur hacían la más ruda oposición a un ferrocarril, así, pues en su mente bullía la idea de la separación y la desunión si la cuestión que se debatía entre el Norte y el Sur, del antiesclavismo contra el esclavismo, llegaba a producir el conflicto sangriento que todos temían. Quedaban muchos desiertos y tierras por conquistar entre el Este y el Oeste y los nuevos territorios que se fueran reduciendo arrancándoseles definitivamente a los pieles rojas que los disputaban tenaz y furiosamente, tendrían que decidir la balanza de aquel enorme problema sin solución equitativa posible. Un cuarto de siglo casi, tuvo que pasar, agitado por los terribles azares de la guerra civil de cuatro años, antes de que el sueño de ese ferrocarril se cumpliera. Y entre tanto la solución para unir el Este con el Oeste, la ofrecían únicamente las dos rutas centroamericanas, la de Nicaragua y la de Panamá.

La Gran Bretaña, entre tanto, había trabajado sutilmente las costas de Centro América por ambos mares, desde Belice en el Golfo de Honduras, hasta la Isla del Tigre, en la Bahía de Fonseca, en el Pacífico. Había tenido la previsión de dar un ejecutor a las directrices que se planeaban desde Belice y tal ejecutor no podía ser otro que un Rey Mosco,¹ quien bajo la protección de Inglaterra gobernaría los incommensurables dominios de la Mosquitia nicaragüense y hondureña que, como Belice, podrían fácilmente correrse como una mancha de aceite, sobre toda la faja centroamericana, del Atlántico al Pacífico. Memorable fue en los fastos e historias de la realeza el 23 de abril de 1825, en que fue coronado como soberano del incommensurable reino de la Poyaisia el zambo Roberto Carlos Federico, a quien sus paisanos llamaban “Tapón de Cuba” (o de barril) por sus aficiones báquicas. Fue coronado rey en la más suntuosa iglesia anglicana de Belice, y a falta de corona se le puso sobre la cabeza un flamante sombrero picudo de almirante inglés. Este sombrero hacía las delicias del rey, aunque el tiempo demostró que prefería las cajas de ron jamaiqueño y whisky escocés. Y por coincidencia esto ocurría en los momentos mismos en que en el interior de la América Central sus políticos se preparaban a dar muerte a la patria, organizando la primera guerra civil entre las provincias.

Poco después, y siempre por consejo de Belice, su director intelectual, Inglaterra extendió las manos sobre Roatán, Utila y las demás pequeñas islas hondureñas conocidas como “Las Islas de la Bahía”. Y luego, dos semanas antes precisamente de que fuera firmado el tratado que puso término a la guerra entre Estados Unidos y México, alargó el dedo índice de la mano derecha y lo dejó caer sobre el puerto nicaragüense de San Juan del Norte, llamado a ser la puerta de entrada y salida de los millares de viajeros que pasaban hambrientos de oro desde el Este de Estados Unidos al Oeste, al través del río San Juan, parte del gran lago de Nicaragua y el estrecho istmo de Rivas de sólo trece millas de ancho, hasta el puerto de San Juan del Sur,

¹ La historia de la ocupación de Belice y de la Mosquitia se tratarán ampliamente en el referido libro “Walker contra Lincoln en Centro América”, del autor de estos extractos —(N. del A.)

y regresaban por la misma ruta, con todo el oro que podían. Aquella puerta, de consiguiente, era un punto ideal para enfocar la boca de los cañones. Sólo faltaban dos cosas: darle un nombre inglés, y el de San Juan fue cambiado por el de Grey-Town, y luego, ponerlo bajo el dominio de alguna ilustre dinastía. Y ninguna mejor que la de Roberto Carlos Federico, que sintiéndose dueño y señor de todo el reino de la Mosquitia nicaragüense y la Mosquitia hondureña, no vacilaba en hacer contratos por millones de acres de tierra a cambio de cajas de sus bebidas predilectas. Y si no, que lo dijera el botánico y general pirata Mc Gregor, quien en 1820 había adquirido una concesión así, que le fracasó porque desembarcó a mal tiempo con su millar de colonos en la Mosquitia, pues Roberto Carlos, sin duda después de una noche bien ronroneada, había amanecido de mal humor y los recibió a balazos con un ejército de sus zambos. O que lo diga el coronel Henry L. Kinney, que había comprado una concesión de 25 000,000 de acres de ambas Mosquitias a los hermanos Samuel y Pedro Shepherds. Se estipuló que el precio de semejante cantidad de tierra era el de cien cajas de whisky y veinte fardos de la tela llamada zaraza, que tanto les gustaba a las varias reinas del rey mosco. Y esto era en 1850-55 cuando ya Walker se preparaba a hacerse rey de los filibusteros.

IV

Influencia en la Política interna de Centro América

Hay que convenir en que la política inglesa hacia Centro América, en el frente interno y externo hubiera justificado por sí sola el sobrenombre de John Bull que se le da a aquélla. Porque desde que Walter Scott hizo ver que Centro América era la llave de los mares y de las rutas interoceánicas, Inglaterra no le desprendió la vista. Hacía tiempo que sir Francis Drake había sido llamado por su reina "pirata-caballero", o mejor, en el corazón de la reina, "su caballero pirata", y ahora el sueño estaba realizado. Belice, inglés para siempre, las islas del Golfo de Honduras, la incommensurable Mosquitia y San Juan del Norte rebautizado Grey-Town. Y *per majorem gloria Dei*, Roberto Carlos Federico, el rey zambo, levantando su cetro, hecho con tapones de ron, suponemos, sobre todo su reino ilimitado aquel de Payaisia, según los cálculos del fracasado botánico y colonizador, el general McGregor, primo lejano en sangre, pero cercano en sueños, del famoso Rob Roy.

Pero aquellas conquistas no se habían hecho solamente sobre costas y mares centroamericanos. El plan era demasiado sutil como para dejarlo exclusivamente en manos de los cruceros anunciados proféticamente por el previsor intendente y gobernador de Belice, el general Codd. El frente interno había sido trabajado por el diplomático inglés en Centro América, el célebre cónsul Mr. Frederick Chatfield, con la constancia, la sagacidad y la insolencia que convenían. Al paso que el Foreign Office se había negado rotundamente, a base de pérfidos pretextos, a recibir oficialmente a los dos diplomáticos que le había enviado la



General JOSE VICTOR ZAVALA en traje de campaña. Asumió el mando de las tropas guatemaltecas a la muerte, casi simultánea, de los generales Mariano Paredes y José Joaquín Solares. Fue un gran héroe, aunque indisciplinado, en el famoso sitio de Granada.

República de Centro América, el prohombre de la independencia y jurisconsulto don Manuel Zebadúa y el coronel Juan Galindo, ferviente ciudadano con media sangre irlandesa, Chatfield fue un factor decisivo e infatigable de la ruptura de la Federación y de la Unión Centroamericana. Sus cartas oficiales a nuestro pobre gobierno superaban en crueldad a los informes del general Codd y a su lectura los buenos centroamericanos temblaban como a la vista de los cruceros del mismo general.

Todavía cuando al fin y al cabo se decidieron los Estados Unidos a enviarnos su primer diplomático, el polifacético y profundo John L. Stephens, Chatfield, para que aquél desistiera de seguir buscando al Gobierno Federal, trasladado en última instancia a Cojutepeque y ante el cual tenía que presentar sus credenciales, publicó por su propia cuenta un manifiesto en que declaraba que ya no existía la Federación. Y a raíz de la batalla de La Arada, 1851, temiendo que El Salvador y Honduras volvieran a la carga en un nuevo intento de restaurar la Unión, puso a las órdenes de los jefes separatistas, que desde luego rechazaron la oferta, los barcos de guerra necesarios para bloquear los puertos "enemigos".

La obra de Chatfield en Centro América fue tan

hábil como las más hábiles telas de araña, y tan funesta como funesto es para la mosca el momento en que cae en ellas. Los centroamericanos, cegados por la pasión política, en la cual el feroz localismo era el principal aguijón y a la vez la miel más amarga, sirvieron a las mil maravillas, con sus luchas entre sus provincias o Estados y aun algunas veces entre las ciudades de una misma provincia —como fue el caso desesperado entre León y Granada (Nicaragua), origen de la imposibilidad de mantener la Federación, primero, y de la venida de los filibusteros después —los secretos designios de Inglaterra y de su dignísimo representante en Centro América

“Dividir para mandar” Y en este caso, la división de la América Central, en cinco pequeñas parcelas, serviría a pedir de boca, la causa de la unión de las aguas del Atlántico y del Pacífico en torno a las armadas de Inglaterra, la comercial, para el dominio del comercio universal —que dijo Walter Scott— y la de guerra para mantener el cetro de Reina de los mares que tanto le había costado conquistar desde los tiempos de Isabel

En el primer episodio de la habilidad inglesa por dominar el frente interno de Centro América, los Estados Unidos cometieron un grave error, que no escapa aun a sus más modernos historiadores. Nosotros lo hemos señalado repetidamente en conferencias y artículos de periódico. La diplomacia norteamericana cometió la imperdonable falta de subestimar aquel frente interno de Centro América, sin advertir el trabajo que estaba haciendo Inglaterra. Monroe, con su famosa doctrina, les hubiera tirado de las orejas a los ministros de Estado que de tanto contemplar los problemas internos de su país, muy graves por cierto, como el de la anexión de Texas, la guerra mexicana, el oro de California y la incorporación de los nuevos territorios de Oregón, Kansas y Arkansas, se creyeron con derecho a no ver lo que pasaba en el frente interno de Centro América. Sólo veían el frente externo o sean los avances de Inglaterra sobre el *Mare Nostrum* centroamericano y sus costas.

Este gravísimo error estuvo a punto de costar a los Estados Unidos una nueva guerra a muerte con Inglaterra, esta vez cruentísima y de resultados dudosos. Para remediar el mal hallaron el supremo expediente del Tratado Clayton-Bulwer (1850) que para aquel país venía a representar un retroceso en las terminantes doctrinas monroístas de los presidentes y senadores anteriores.¹ Y aún ese tratado fue sofisticado por los ingleses alegando que la prohibición de dominar tierra centroamericana no comprendía el pasado sino sólo el futuro. Las cosas llegaron al punto en 1854 de que la guerra era cuestión de días. Afortunadamente hubo prudencia de ambas partes y vino el parche del nuevo tratado aclarativo Dallas-Clarendon, que a nadie agradó y no fue aprobado por el Senado de Estados Unidos. Pero de todas maneras, se salvaron las Islas de la Bahía, la Mosquitia y San Juan del Norte, aunque todavía dejándoles Inglaterra la amenaza de un dogal al cuello, que por fortuna nunca se cerró. En cambio,

se perdió para Centro América toda esperanza sobre Belice, la situación del cual quedó oscurecida entre la broza y arrugas de aquel parche inconsulto. Pero mientras tanto, ya William Walker había hecho su aparición en el tinglado con planes aún más ambiciosos para cambiar los destinos de la América Central y aun los del continente

V

Walker rectifica respecto a Inglaterra. Inglaterra inflexible

Queda hecha en las páginas anteriores la historia de los afanes ingleses por controlar el inmediato destino político de la América Central, tanto en el frente interno como en el de sus costas, Golfo de Honduras y Mar Caribe. Había que destruir a toda costa “el destino manifiesto” de estos pueblos, que era el de vivir en paz y estrechamente unidos, cambiándolo por “el destino manifiesto” que proclamaban a voz en cuello las grandes potencias, o sea el de aprovechar al máximo la desunión, incompreensión y debilidad de los mismos para conquistarlos directa o indirectamente y adueñarse de los tesoros y ventajas que nuestros pueblos eran incapaces de apreciar y de poner en acción. ¡El sueño de las dos rutas interoceánicas más fáciles y hacederas! El sueño de patricios centroamericanos de corazón esclarecido, pero atados de pies y manos por la impotencia de la desunión y la feroz rivalidad localista de los centroamericanos. Aquellas dos rutas sólo podría depararlas la estrecha faja de tierra centroamericana, punto a la vez el más débil de la geografía continental, batida constantemente por el flujo de las aguas de los dos océanos demandando el momento de abrirse paso a través del istmo para abrazarse y confundirse. Y era lógico que mientras los dueños de la faja se entretenían en hacerse cada vez más estrechos de pensamiento, las grandes potencias definirían “el destino manifiesto” como reñido pugilato entre John Bull y el Tío Sam.

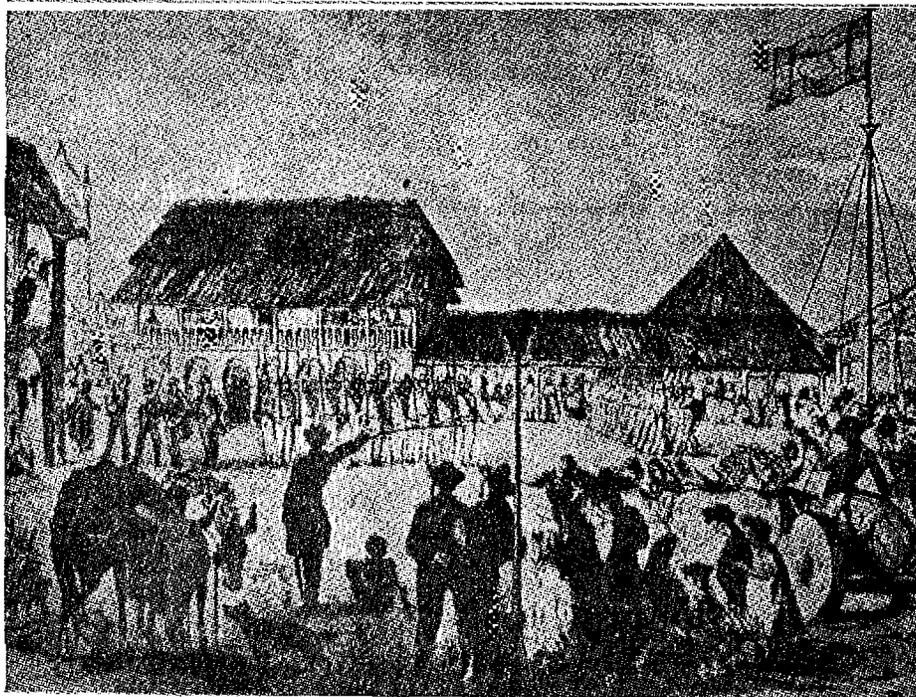
Veremos ahora, lo más someramente posible, la influencia que tal pugilato ejerció en la venida de Walker y la manera como Inglaterra trató de destruir los designios de éste. Aquella comprendió en el acto que Walker significaba el reto a muerte en la propia tierra centroamericana, ya no sólo por los periódicos, la doctrina Monroe y los más o menos escurridizos tratados, sino en forma personal y directa por medio de los hechos, la guerra y la amenaza segura de la cosa juzgada. Nunca hasta entonces había temblado tanto la telaraña construida en el curso de más de veinte años de tenacidad y paciencia en el frente interno y externo centroamericano.

En su libro *La Guerra de Nicaragua*, Walker no hace un misterio de su antipatía por Inglaterra. Sin embargo sus palabras son atemperadas, como quien sabe que tarde o temprano, en sus vastos planes, sobre todo desde que se da cuenta de la magnitud y trascendencia que en el comercio y los futuros destinos del mundo puede tener el canal interoceánico y de inmediato la ruta por Nicaragua, habrá de buscar por

¹ Sobre este tratado Clayton-Bulwer y las maquinaciones del cónsul inglés en el frente interno de Centro América, se hablará extensamente en el libro a que se refiere la nota anterior.—(N. del A.)

Después de unas elecciones que fueron una burla sangrienta, en las que el pueblo intimidado no asistió a las urnas, y los filibusteros con cartas de ciudadanía hechas, depositaban los votos, Walker fue electo.

En el grabado adjunto vemos a Walker pasando revista a sus tropas el día de su inauguración como presidente de Nicaragua (de un cuadro al óleo antiguo en Estados Unidos y reproducido en varios libros sobre Walker). La compañía de dragones al mando del coronel Waters, ostenta en su estandarte la consigna de la guerra filibustera: "O los cinco o ninguno".



cualquier medio la amistad y aun la alianza de Inglaterra Perspicaz en grado sumo, aunque no dotado de las maneras y medios diplomáticos, sabe que Inglaterra podrá convertirse en instrumento de aquellos planes tan audaces como matemáticamente concebidos Inglaterra desprecia a estos países centroamericanos y sabe que son "carne de conquista", pero hará cualquier cosa por evitar la expansión de los aborrecidos "yankees" de los Estados del Norte y probablemente prefiera para ello aliarse con los del Sur y su representante y personero militar y espiritual en Centro América Una alianza así sería la mayor conquista que pudieran hacer los confederados del Sur al sobrevenirse la tremenda e inevitable guerra de separación, llamada la "Guerra de Secesión" de los Estados Unidos, que viene ya pisándole los talones a Walker.

Pero Inglaterra, sobrenombrada en los siglos "La Pérfida Albión", esta vez declara, como viejo lobo de mar conocedor de los secretos de todas las latitudes, que las promesas de Walker son pérfidas, y no las oye sino como un canto más de la sirena Desde que aparece Walker en el escenario centroamericano lo mira sañudamente y acepta el desafío. Sus cónsules en Guatemala, en Nicaragua, en Costa Rica y en todas partes, se ponen en movimiento y se entabla la lucha entre ellos y el sombrío Mr Wheeler, el diplomático norteamericano en Nicaragua, que desobedeciendo o mal interpretando deliberadamente las órdenes del Departamento de Estado, extiende el reconocimiento de su gobierno a William Walker El también, Mr Wheeler, tiene alma de filibustero y es un "sureño" perfecto de la época ¹

VI

El trágico diálogo entre Walker y John Bull

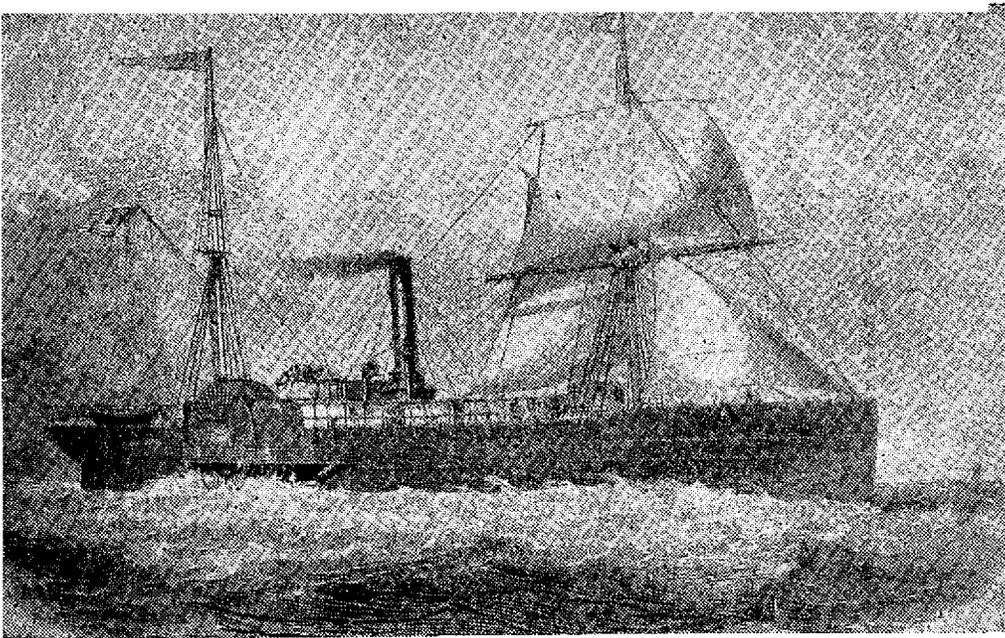
Al lanzarse sobre Nicaragua, Walker había levantado como su primer estandarte el del odio a In-

glaterra, con el cual cubría ante los ojos de sus compatriotas, la mercadería de contrabando de su barco Explotaba ante todo, de consiguiente, el odio de los Estados Unidos contra la "Señora de los Mares" que se estaba adueñando de Centro América, desde Belice y las Islas de la Bahía en el Mar Caribe hasta la Isla del Tigre en el Golfo de Fonseca, en el Pacífico, llevándose de paso toda la Mosquitia hondureña y nicaragüense, la salida y entrada de la ruta interoceánica de Nicaragua, y aun, si fuera posible, la ruta interoceánica por Panamá y el Golfo de Darién

Luego tomó sus precauciones, temiendo, no sin razón, que sus antecedentes en el asalto del gobierno del Estado mexicano de Sonora pudieran cerrarle el paso para su nueva aventura, y para ello exigió de Byron Cole, el condeño de varios importantes diarios de California, que modificara su contrato con las autoridades de Nicaragua a fin de aparecer Walker y sus filibusteros como simples colonizadores Por lo demás, el entusiasmo de sus compatriotas era tal, que a su salida por la "Puerta de Oro" de la hermosa bahía de California fue saludado con entusiastas hurras por parte de la marinería de una goleta con que se encontró. Tres hurras por Walker, que equivalían a un "muera" para Inglaterra

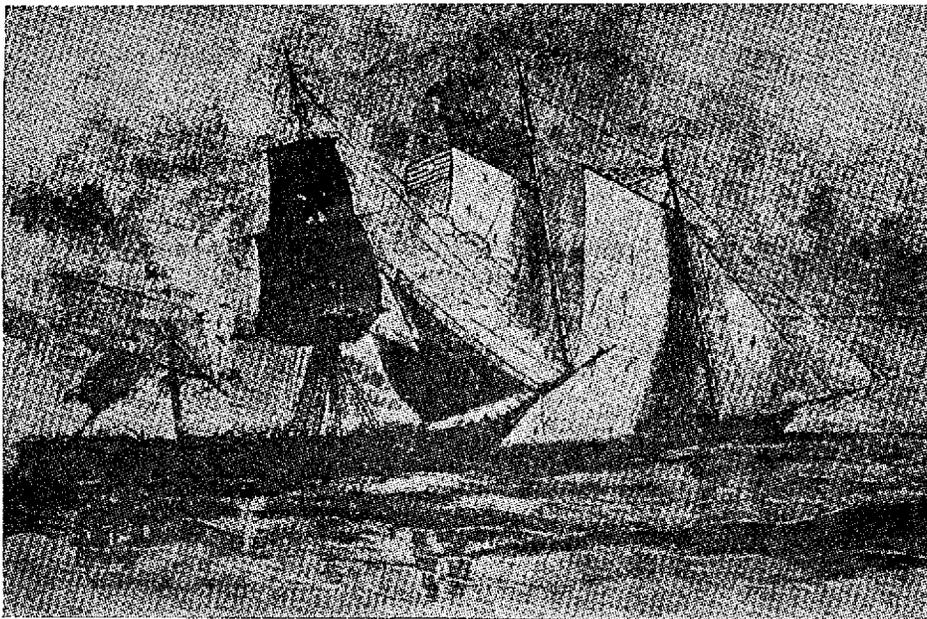
Y debo recordar, a estas alturas, la leyenda que corre por válida sobre la manera como Byron Cole hizo su primer contrato con "los demócratas" de León, que creyeron hallar en la llegada de los filibusteros el único medio de subyugar a sus odiados enemigos de Granada, en larguísima, indecisa y obtinada lucha con aquellos Leoneses contra granadinos, disfrazados los primeros de "demócratas" y los segundos de "legitimistas" Se asegura que Byron Cole y William Vincent Wells, el representante de los banqueros californianos, llegaron sólo de paso a León en viaje para Olancho, Honduras, en donde deberían contratar la compra de

¹ Sin embargo, la historia por escribir le debe a Wheeler importantes apuntes y libros de recortes que permanecen inéditos entre los incontables libros de la Librería del Congreso de Washington.



La Compañía Accesoría del Tránsito, de Cornelio Vanderbilt, habiendo obtenido una contrata con el Gobierno de Nicaragua, estableció un servicio de pasajeros entre New York y San Juan del Norte, y de este lugar, sobre el río San Juan y el Lago de Nicaragua, al puerto de La Virgen. Luego, cruzando el istmo de Rivas, desde el puerto de Brito, en el Pacífico, hasta San Francisco de California.

Este servicio que se hacía en el río San Juan por medio de botes como los que aparecen en los grabados adjuntos —botes de río cuyos nombres eran: Campeón y Vanderbilt— acarrea a pasajeros que venían a reforzar las fuerzas filibusteras de William Walker.



En la página siguiente, los grabados muestran a los pasajeros que se dirigían, bien a las zonas auríferas de California o bien a engrosar las filas de los aventureros que pretendían dominar a Nicaragua y luego, a Centro América entera.



En el grabado de la izquierda vemos la primera batalla naval de la Guerra Nacional. La Goleta "Granada" al mando Fayssoux, ataca y domina a la goleta costarricense "11 de Abril" frente a las costas de Brito, al mando de su Capitán Antonio Villarrostra, con una tripulación de 114 hombres con sus correspondientes oficiales y cuatro cañones de a 9. El "Granada" medía 75 toneladas de registro y tenía a bordo 28 personas en total, encontrándose entre ellas un muchacho y cuatro vecinos de San Juan.



unas minas de oro. Uno de sus compatriotas les hizo cambiar de propósitos en Nicaragua había una mina mucho mejor, que era la de aprovechar la división entre leoneses y granadinos para conquistar y quedarse con todo el país.

Y hecho el paréntesis, prosigo. Al estar en Nicaragua, pudo Walker apreciar de cerca las inmensas posibilidades que ofrecía la ruta interoceánica y comenzó a tirar las líneas de un plan mucho más vasto. ¿Por qué esa ruta iba a favorecer por igual a Inglaterra, a los Estados Unidos y a todo el mundo, según el tratado Clayton-Bulwer? ¿Por qué no hacer de ella el arma más eficaz y poderosa para un imperio militar fundado al Sur de los Estados Unidos mismos y que pudiera construir la más rápida y segura línea de comunicaciones entre el Oeste y el Este de los Estados Unidos? Y si la guerra estallaba, como todo lo hacía comprender, entre los Estados del Sur y los del Norte, ese imperio y su ruta interoceánica ¿no serían el elemento más precioso con que podrían contar los del Sur?

Pero todo esto se lo guardaba cuidadosamente el jefe de los filibusteros y apenas se atrevía a estamparlo a medias en sus cartas más íntimas. Jamás pudo sospechar que una de esas cartas, la que le dirigiría, andando el tiempo, a su amigo cubano y consocio en sus planes sobre Cuba, Domingo de Goicouría, y a la que más adelante me referiré, iba a traicionar su secreto y a hacer descargar el rayo sobre su cabeza.

Hubo, pues, de modificar profundamente su fobia contra Inglaterra, y cambiarla por una política de acercamiento y carantoñas. Y para ello pensó en el nombramiento de Goicouría como el embajador más a propósito.

Entre tanto, la Señora de los Mares siguió para con Walker, desde su aparición en el escenario centroamericano hasta su fusilamiento en el puerto hondureño de Trujillo en 1860, la misma inflexible línea de conducta, sañuda, inexorable, como sólo sabe hacerlo John Bull.

Sus cónsules de Nicaragua, dos tercios cónsules-comerciantes y uno diplomático, la sirvieron entonces como siempre, a las mil maravillas. Como la había servido en toda Centro América el inolvidable Mr. Frederick Chatfield, y aun los cónsules centroamericanos, de nacionalidad inglesa, en la misma Inglaterra.

Entre todos estos, fue el primero Mr. Thomas Manning, con arraigo en Nicaragua desde muchos años hacía, a donde había arribado "con una mano adelante y otra atrás" según el dicho vulgar, pero gráfico, y que ahora tenía establecimientos de comercio muy lucrativos en León, en Chinandega y en otras de las principales ciudades nicaragüenses. Prestaba dinero al gobierno, cada vez que éste le impetraba, lo cual tenía lugar con la frecuencia que es de suponer, y cargaba intereses al uno y medio mensual. Desde hacía tiempo tenía bien informado a Mr. Palmerston y le había asegurado que de seguir las cosas como iban, refiriéndose a los millares de norteamericanos que pasaban por la vía del Tránsito, a la vuelta de diez años el país entero estaría "yanquizado" y toda esperanza de ser Inglaterra la constructora y dueña del canal habría desaparecido. Esta vez se ocupó de seguirle los

pasos a Walker, manteniendo informado a su gobierno detalladamente, mientras que, según dice éste en su libro, el gobierno de los Estados Unidos no tenía más información que la de los periódicos norteamericanos, ni supo jamás nada en concreto de Walker hasta el incendio de Granada. Así era la superioridad con que la diplomacia inglesa jugó sus cartas en Centro América según ya he dicho. Describía la situación desesperada de ambos ejércitos y de la gente de las ciudades y los campos devastados, sin que por ello, en sus cartas a los amigos, dejara de darles encargos de otra índole. "Las tropas aquí se encuentran completamente desnudas. Si usted tiene dril que pueda vender a doce y medio centavos la yarda, le compraré diez bultos. No olvide mi súplica en favor de mi hijo adoptivo Mr. Jorge Browef, para que se le nombre para representar a El Salvador en Liverpool."

Y en Inglaterra misma, el cónsul de Costa Rica en Londres, inglés desde luego, ayudaba aún más directamente y en cosas de mayor cuantía. Mr. Edward Wallerstein, que tal era su nombre, le escribía con sincerísimo entusiasmo al gran patricio Juan Rafael Mora, el primer héroe en la historia de la "guerra nacional" que había logrado por medio del ministro de estado Lord Clarendon que se vendieran al gobierno de Costa Rica para que pudieran llevar a cabo la guerra contra Walker, dos mil fusiles "Witton" de cañón liso, no tan finos como los del modelo 1842, para uso de la infantería de línea. El precio era a razón de 1 libra esterlina y 3 chelines cada uno. Y si se preferían del modelo 1842 el precio era de 56 chelines y 8 peniques cada uno.

No hay que olvidar que John Bull había contribuido más que nadie y por medio de su superlativo cónsul diplomático Mr. Frederick Chatfield, a desunir a Centro América, y luego, cuando ya estaba desunida y en plena florescencia el primer producto de esa desunión, la célebre batalla de La Arada, había ofrecido al presidente de Guatemala enviar unos cuantos de sus barcos para bloquear los puertos "enemigos". Natural era que ahora se apresurara a aconsejarles a los despedazados países centroamericanos hacerle la guerra sin misericordia a Walker. Y para eso estaban a la orden sus fusiles. Sin que se le olvidara añadir, por supuesto, el precio de ellos en libras esterlinas, chelines y peniques.

VII

Inglaterra contra Walker, pero siempre asegurándose mejor Belice

Esto, en lo que toca a la ayuda física, pues tocante a la moral, ya lo he dicho, no descuidaba Inglaterra estimular a los centroamericanos para que se decidieran a entablar la lucha contra Walker. Las palabras del mismo Edward Wallerstein al insigne patricio costarricense Juan Rafael Mora, el primero en lanzarse contra los filibusteros, repiten el estribillo de un pensamiento no interrumpido desde el jefe del gabinete inglés hasta los cónsules ingleses de nuestros países en Londres. "Tengo cartas de Guatemala y San

Un grabado antiguo tomado del Frank Leslie's Illustrated Newspaper de Nueva York que representa, a gusto de los norteamericanos partidarios de Walker, la Batalla de Rivas. Como se ve en el curso de estos artículos, esa batalla fue vista de manera distinta después de la derrota de Walker.

Esta batalla que comenzó a las 8 de la mañana del 11 de Abril de 1856 y terminó a las 5 de la mañana del día siguiente con una carga final a bayoneta calada, dejó un saldo de 58 enemigos muertos en acción, 62 heridos y 13 extraviados.



Salvador, decía Wallerstein, en que me ruegan solicitar de este gobierno ayuda y socorro. Pero, ¿qué puede hacerse en favor de repúblicas o pueblos que no pueden ayudarse a sí mismos? No otra cosa habían sido las palabras de Lord Palmerston a don Juan de Francisco Martín, el ministro guatemalteco a quien el gobierno inglés se había dignado reconocer cuando ya no había riesgo en tener que recibir a un ministro de toda Centro América. Don Juan de Francisco era uno de los ciudadanos más distinguidos de la América de Simón Bolívar. Colombiano y patriota por los cuatro costados, había sido el gran amigo de Bolívar en vida y en muerte del Libertador. "Diga a su Gobierno, le había contestado Lord Palmerston, que Gran Bretaña no puede ayudar a los países que no saben defenderse por sí solos", más o menos. Don Juan de Francisco había hecho ver con moderado acento de protesta, que la lucha era absolutamente desigual porque en Nicaragua los centroamericanos no luchaban sólo con Walker sino con las inagotables reservas que le venían y podrían seguirlo viniendo tanto del Este como del Oeste de los Estados Unidos por la ruta del Tránsito, en manos absolutamente de Walker.¹

Pero esto era sólo una manera de decir de Lord Palmerston. Porque por bajo prometía al presidente Carrera de Guatemala, el hombre fuerte de Centro América entonces, la cooperación de sus barcos de guerra si fuera necesario. Y aún más francamente, al estilo de Mr. Frederick Chatfield, que no se andaba con tapujos, ante las cosas más delicadas, y al mismo tiempo insinuaba cortésmente que Guatemala accediera por fin a otorgar a Inglaterra la ansiada y siempre negada soberanía de Belice. John Bull jamás pierde, y sus pedradas matan siempre dos pájaros. Al paso que las ofertas de los barcos eran rechazadas, las insinuaciones corteses y tan repetidas fueron causando su efecto "era la única manera de que la América Central se pusiera a cubierto para siempre del regreso de William Walker". El precario tratado que concedía a

Inglaterra esa soberanía a cambio de una condición que jamás quiso cumplir, la de cooperar conjuntamente con Guatemala para abrirle a ésta una vía de primer orden para su comunicación directa con el Atlántico, fue firmado el 30 de Abril de 1859. Un año después, cuando hacía tiempo se había producido en los Estados Unidos el incidente bélico antiesclavista de John Brown y la terrible represalia de los jueces del Sur que lo condenaron a la horca, y cuando acababa de confirmarse el triunfo en la Convención Republicana de Chicago de la candidatura presidencial del gran patriota del Norte, Abraham Lincoln, antiesclavista y antiseparatista por excelencia, William Walker, burlando las ya más severas medidas de neutralidad y la aún más severa conminación que el presidente Buchanan descargó sobre su cabeza, se apresuró a lanzarse para tomar su puesto en Centro América. Era su tercera y última aventura. Venía armado de pies a cabeza y traía el grupo selectísimo de sus coroneles y aun generales que mejor le habían probado su lealtad. Rifles modernísimos, cañones y todo el dinero que sus cuatro más decididos compañeros habían dodido recaudar en los Estados Unidos del Sur. Era el último momento que le daban el tiempo y la historia para consumir sus vastos planes en ayuda de los próximos confederados del Sur. Guatemala se puso en movimiento y trató de aprovechar en bien de su defensa y la de toda Centro América el por otros conceptos ominoso tratado sobre Belice que casi a la fuerza le había arrancado Inglaterra un año antes. Despachó como su emisario a un magnífico amigo extranjero que le había dado pruebas de su simpatía y talentos, el sargento mayor del ejército español don Manuel Cano Madrazo, para que gestionara ante el gobernador de Belice la captura de Walker por medio de los barcos de guerra ingleses que patrullaban alrededor de las Islas de la Bahía hasta San Juan del Norte. Al mismo tiempo le encargaba comprar una goleta armada de seis cañones, y con éstos y cien soldados más reforzó el castillo de Omoa. Por su parte, los ingleses, que se habían decidido a abandonar aquellas islas bajos los apremiantes reclamos de los Estados Unidos que invocaban los dos

¹ Para mayores datos sobre don Juan de Francisco Martín, véase su pequeña biografía por el mismo autor de estos artículos, Guatemala, Biblioteca de la Sociedad de Geografía e Historia—(N. del A.)

tratados el Clayton-Bulwer, de 1850, y el más terminante, aunque funesto para Belice, el Dallas-Clarendon, de 1856, retardaron su salida de ellas ante la amenaza de Walker, y éste tuvo que desistir de Roatán y descender rápidamente sobre la costa de Honduras. El paso a la derecha le quedaba cerrado por Omoa, y tomó hacia la izquierda, perseguido de cerca por las tropas hondureñas en tierra y por el barco de guerra inglés "Icarus", por agua. Entre tanto, ya sus mejores oficiales forzaban las entradas del río San Juan. Pero la hora del destino había sonado. Walker, acosado por tierra y mar, tuvo que rendirse ante el capitán Nowell Salmon, del "Icarus", creyendo poder contar con las garantías de lo que hoy llamaríamos un

"asilado político". Pero las órdenes que había recibido Salmon eran terminantes y entregó a Walker a las autoridades hondureñas. Tras un breve pero no festinado ni maculado proceso fue fusilado el 12 de septiembre de 1860. ¡La venganza de Inglaterra se había consumado! Tres meses después estallaba la guerra de secesión en los Estados Unidos al declararse en la Convención de Montgomery la separación de Carolina y de todos los demás Estados del Sur. Estos Estados habían perdido con Walker una gran esperanza al paso que los centroamericanos, sin proponérselo, le habían dado a Abraham Lincoln la primera victoria, que tal vez éste haya ignorado siempre, y que se sigue ignorando aún en los Estados Unidos.

SEGUNDA PARTE

VIII

Odio a muerte entre León y Granada

Desde el primer siglo de la conquista española se había venido haciendo notorio y cada día más exagerado el odio localista entre las dos principales ciudades de Nicaragua, León y Granada. Allí la conquista y la colonización habían cometido el error de sentar la cuarta parte de la población total en seis ciudades alrededor de los dos grandes lagos, dejando desparramarse los otros tres cuartos en el resto del territorio inconmensurable en relación con el total de los habitantes. Y este sistema de monopolios urbanos que escogieron la parte más fácil del país para poder vivir, sembrar la tierra fértil y aprovechar los lagos para el fácil comercio, produjo necesariamente el resultado de los odios localistas que no se producen en la vida rústica del campo. El localismo de los hombres había pasado a las ciudades, haciéndose consustancial en las paredes de las casas, en el tosco empedrado de las calles, en los modestos edificios públicos que se lograba construir, en el aire que se respiraba y en el vaho miasmático de los grandes lagos circundantes.

A la hora de la independencia de Centro América la rivalidad localista era de carácter crónico, secular, social y político. Y hasta comercial, porque mientras Granada, a las orillas del gran lago, lo recibía todo del exterior por medio de éste y del río San Juan, León, la capital política y universitaria, tenía que importarlo todo en barcos que venían dando la vuelta por el Estrecho de Magallanes. Esta situación entrañaba para la primera poder vivir ampliamente de las contribuciones aduanales, mientras reducía a la otra a buscar la compensación en las entradas de contrabando. Este odio localista se hizo carne viva por la persecución y durísimo castigo que habían recibido las familias granadinas que querían la independencia en 1811 y siguientes, de parte de las reales autoridades leonesas. El odio llegó a su punto de saturación. "Después de nuestro odio, el diluvio" han de haber parodiado ambas. Y así fue como ese odio trajo el diluvio para todos los centroamericanos en los primeros años de la independencia, haciendo aún más imposible la unión, y a mediados del siglo, haciendo posible la venida de Walker

y sus filibusteros. Y aún así el odio persistió a través de la "guerra nacional" contra el filibustero, porque siempre hubo durante ella batallones que representarían a los granadinos y otros a los leoneses.¹

La discordia eterna entre las dos ciudades influyó de tal suerte en el desarrollo de las operaciones de los contingentes centroamericanos aliados, que nunca hubo posibilidad de un mando único real y efectivo. En cartas al general Carrera, Presidente de Guatemala, el general José Joaquín Mora se queja del fracaso en determinados puntos y sectores por la sistemática desobediencia de algunos oficiales centroamericanos que no querían tener por jefe a un costarricense. El general Belloso es nombrado general en jefe por los leoneses, y los granadinos hacen propaganda para que no se le reconozca. Más tarde es nombrado, buscando la neutralidad, el general hondureño Xatruch, que agrada a los granadinos, pero el gobierno de León lo desconoce, dejándole sólo el carácter de general en jefe de los generales centroamericanos que lo habían nombrado.

Todavía expulsado Walker de Centro América en mayo de 1857, vuelven en el acto a su antiguo pleito granadinos y leoneses por la nueva elección presidencial, y la guerra civil hubiera estallado otra vez en Niragua a no ser por la amenaza de la guerra contra Costa Rica, que en previsión del regreso de Walker se quería quedar con la margen sur del río San Juan. Costa Rica había sido la primera en acudir a salvar a Nicaragua. Pero esto no se tiene en cuenta en los odios localistas centroamericanos. La guerra entre una y otra repúblicas hubiera estallado si no es porque en ese momento reaparece Walker en la escena, precisamente en los alrededores mismos del punto en donde los nicaragüenses y costarricenses iban a derramar hasta la última gota de sangre por un pedazo de tierra de más o menos y un pedazo de río. ¡Así éramos y así seguimos siendo!

¹ Un análisis histórico-sociológico detallado de la situación de Centro América a la hora de la emancipación, de la Federación y de la guerra civil entre las provincias que tanto contribuyó a la venida de los filibusteros, forma parte del referido libro inédito hasta ahora: "Walker contra Lincoln en Centro América", ya varias veces citado.—(N del A.)

IX

Cómo pensaba Walker redimir a Centro América

Cruentísimo fue ese castigo con que la inexorable lógica de su historia azotó a Centro América en su primera juventud despilfarrada ¡Treinta y cuatro años tenía no más de haberse escapado del hogar paterno! Fue un castigo sin igual, como sin igual fue la última torpeza de los "demócratas" leoneses que contrataron a los filibusteros creyendo ver en ellos el único medio posible para triunfar y subyugar a sus odiados enemigos "los legitimistas" granadinos Castellón, el presidente de los demócratas, fue el primero en caer entre las fauces del monstruo que asomó su cabeza casi al mismo tiempo que los filibusteros, el cólera morbus. La tierra llena de miasmas y fiebres cooperando íntimamente con la tierra ocupada por hombres que llevan en el espíritu odios, fiebres y miasmas parecidos. Y entre tanto, las gentes de otras razas, los pueblos de otras latitudes, contemplándonos por primera vez en nuestra historia con mirada inquieta y despreciativa.

He aquí un párrafo del comentario trágico de uno de los escritores más en boga por aquellos tiempos en Europa. Se llamaba Alfred Assollant y escribía en la célebre revista parisiente *Revue des Deux Mondes*, y nuestro insigne historiador centroamericano —de Costa Rica— Ricardo Fernández Guardia, patrocina en su *Boletín de los Archivos Nacionales* (noviembre de 1936), su artículo sobre "Walker en Nicaragua", publicado el 15 de agosto de 1856. El párrafo terrible en que arroja sobre nuestra cabeza estos comentarios dice así textualmente: "Estos países (se refiere a los de la América Central) colocados en el centro de las dos Américas, en el punto en que se ha de hacer el canal que unirá los dos mares, pareciera que debieran ser y en particular Nicaragua, los más ricos, más prósperos y más felices de la tierra. Infortunadamente esas repúblicas se parecen a todas las que han salido de los pedazos de la antigua monarquía española: la anarquía es en ellas permanente. Olvidando que sólo la unión más estrecha, la industria, el trabajo, podrían mantenerlas contra los ataques de Inglaterra y de los Estados Unidos, se han hecho la guerra entre ellas. No hay que sorprenderse de esto. ¿Qué unión se podría esperar de esta mezcla de tres razas que se detestan recíprocamente? El indio caribe desprecia al negro, que a su vez lo odia, y los dos odian al criollo, el cual los desprecia. Lo único que tienen de común estas tres razas es su santo horror por el trabajo. Los soldados saquean, los frailes, que ya poseen la mitad de las tierras, mendigan el producto de la otra mitad y dan con esto el ejemplo al resto de la población, que mendiga a su vez, invocando piadosamente a Jesucristo y a los santos apóstoles"

Tal se ofrecían nuestros pueblos y nuestros habitantes centroamericanos a los ojos del europeo, y tal naturalmente, ante los ojos de Walker, quien ya desde los tiempos de las primeras oleadas humanas sobre el oro de California había aprendido que los mexicanos —y todos los hispanoamericanos, por derivación— se llamaban *greasers* (mantecosos). Y por ello, para redimirnos, nos traía entre sus manos tres ramas de olivo: la imposición de la esclavitud a base de negros jamai-

queños importados, que se seguirían mezclando con la raza india y haciendo desaparecer por su fusión a las razas mestizas y criollas inútiles, la de la confiscación a mansalva de las haciendas y propiedades de los criollos acomodados, a fin de quitarles toda esperanza de rehabilitación, y la imposición del idioma inglés. Todo ello sin contar con el arma más contundente y directa, la del asesinato político, la masacre y el incendio devastador. Asesinó al probo ciudadano nicaragüense don Mateo Mayorga, Ministro de Relaciones, y al general Ponciano Corral, Ministro de la Guerra, por haber osado rectificar sus complacencias para con él, y enfrentarse un tanto. Puso un ultimátum, amenazando con fusilar a noventa rehenes, entre ellos mujeres y niños. Friamente, por simple represalia, como él mismo lo dice en sus memorias, fusiló a dos oficiales guatemaltecos prisioneros, el teniente coronel Valderrama y el capitán Allende, ilustres por los cuatro costados, por su valor, por su caballerosidad, por su inteligencia y hasta por su humorismo que les permitió sonreírles con suprema ironía y desprecio a las bocas de los fusiles prestas a descargar el plomo sobre sus pechos. Su política no era la de ojo por ojo, sino la de dos ojos por uno. Y al arrasarse la rica y legendaria ciudad de Granada, hasta no dejar ni piedra sobre piedra, todavía tuvo el cinismo de grabar entre sus ruinas como una lección para las generaciones presentes y futuras, la leyenda trágica "Here was Granada" ("Aquí fue Granada")

Y todo esto lo hizo Walker para redimirnos y enseñarnos a trabajar, según quería Assollant, el brillante escritor europeo. Lo malo era que los que venían a enseñarnos a trabajar pertenecían en su inmensa mayoría y con poquísimas y muy contadas excepciones a la ralea de que nos da cuenta donosamente un artículo del *New York Herald*, el periódico más leído de los Estados Unidos entonces, en su edición del 7 de noviembre de 1855. He aquí el más edificante de sus párrafos: "Gracias al coronel Walker pronto nos veremos libres de muchos individuos ociosos e inútiles. Desde hace cerca de dos años las esquinas de las principales calles de Nueva York y las aceras de los edificios públicos se veían invadidas por enjambres de vagos y holgazanes, procedentes de todas partes del país. Esta muchedumbre perniciosa se compone de presidentes de bancos quebrados, generales en cierne y clérigos corrompidos. En la fisonomía de todos ellos se pinta el horror que les inspira el trabajo honrado. Estas gentes sin ambiciones nobles, sin energía, sin oficio ni nada que lo valga, infestan las esquinas en espera, cual lobos hambrientos, de que estalle una revolución o un incendio para dar rienda suelta a sus instintos de rapiña."

Este oscuro retruécano de frases y comentarios en que los escritores europeos decían que los centroamericanos de toda clase y color no tenían más vínculo común que el del santo horror al trabajo y en que los norteamericanos mismos dicen de los redentores que nos traía Walker, como contestando a los europeos, que en toda aquella gente se pintaba el horror al trabajo honrado, dan la medida de la oscuridad total y tenebrosidad de las horas porque pasó Centro América. Una ráfaga del bíblico Apocalipsis sacudiéndola como el terremoto constante que veinte años atrás había pro-

ducido con su erupción el colosal Cosigüina. Los escasos contingentes centroamericanos, pobremente avituallados, con sus aún más pobres fusiles de chispa prendidos con mecha y pedernal y cargados por el cañón, teniendo que habérselas con el rifle *Sharp* y el *Minie*, ya de retrocarga, y que había aprendido a mejorar en las últimas sangrientas revoluciones de Europa el general Henningsen, segundo de Walker. Los cañones de tipo colonial teniendo que habérselas con las granadas, los obuses y las balas más certeras y de mayor alcance de cañones que empezaban a ser ya de tipo rayado. Y el tifus y el cólera morbus, entre tanto. Los dos generales guatemaltecos, Paredes (que había sido presidente) y Solares, sucumbieron a ellas tras heroicos actos. Los jefes centroamericanos se ponían apodados sangrientos y se distanciaban cuando más hacía falta unirse, como en la primera batalla de Masaya, en que Zavala, "el loco", y coronel de las fuerzas guatemaltecas, se peleó con el jefe de las salvadoreñas, el general Ramón Belloso, "Nana Belloso". Aunque, a pesar de todo, el buen sentido y el patriotismo acabaran por imponerse, como sucedió precisamente esa vez, cuando Zavala, habiéndose ido a situar a Diriomo, más cerca de Granada, atacó a ésta de *motu proprio* y la tomó, salvando con ello a Masaya. La lección era de cada día y de cada minuto: cada vez que los jefes centroamericanos se peleaban entre ellos, se perdía una batalla, cada vez que se ponían de acuerdo u operaban conjuntamente, se ganaba una batalla. Pero la discordia centroamericana, cáncer de nuestra sangre, seguía a los ejércitos al igual que la sombra de los buitres insaciables.

X

México llega tarde

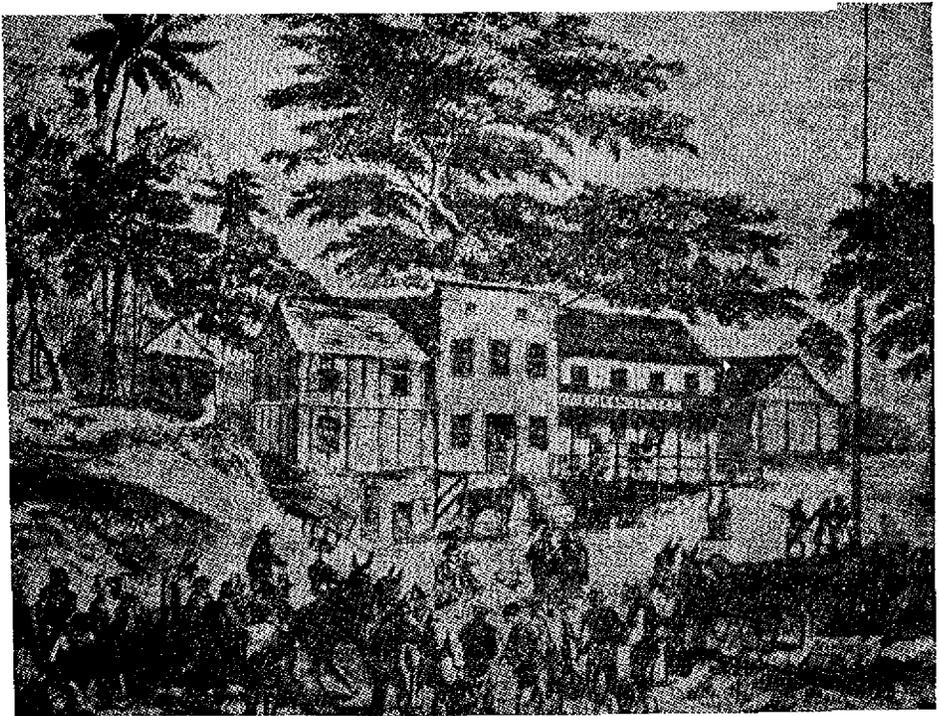
En Centro América, de consiguiente, la "anarquía criolla" que fue la característica general de todas las antiguas colonias españolas al independizarse y buscar a costa de tremendos traspies su consolidación definitiva dentro de los cauces de la vida propia, tuvo por inmediata consecuencia la división y fragmentación nacionales, extremo el más doloroso y patético a que no llegaron las demás colonias. La guerra por la Independencia, que tanto se echa de menos en la historia de Centro América, y que como explicaré en mi aludido próximo libro, tuvimos dos oportunidades para haber emprendido, constituyó seguramente el factor más decisivo para salvar en las demás colonias esa unidad. La pequeñez e impotencia de los fragmentos de la antigua y fugaz República de Centro América, añadidas al lugar geográfico que tales fragmentos ocupaban o sea el punto precisamente más débil y codiciado del Nuevo Mundo, hicieron lo demás. De las manos de México, a raíz de la Independencia, habíamos rodado con menos ruido pero con más seguridad a las de Inglaterra poco después hasta 1856-59. Y de las de Inglaterra, habíamos rebotado más de una vez a las de los Estados Unidos, que fulminaban sus airadas protestas contra Inglaterra. De esta suerte Walker y sus filibusteros (fines de 1855 a mayo de 1857, con las subsiguientes nuevas tentativas de 1857 y 1860) no

vinieron a ser sino un episodio, aunque el más sombrío, el más cruel y el más peligroso, en nuestra pequeña historia trágica en que pagamos nuestras propias culpas y estuvimos a punto de perder, además de la unión, el otro gran don que se nos había dado, la independencia. Episodio enorme para nosotros, pero nada más que un simple episodio en la crónica larga de esa especie de juego de balompié en que las grandes potencias marítimas se disputaron a Centro América, nudo gordiano de los futuros caminos universales. La diplomacia inglesa lo había limado sutilmente y William Walker quiso cortarlo de un solo tajo.

La lección fue tremenda, no sólo para Centro América sino para todo el resto de las antiguas colonias españolas. Y lo más grave es que la habían previsto los propios próceres centroamericanos, los muy pocos clarividentes entre ellos, que se esforzaron por reunir en 1823 un congreso general de las Américas en este punto más débil precisamente de la geografía y la política continentales. Y ya no digamos Bolívar cuyo arado se fue al mar a fuerza de rebotar en tierra estéril. El férreo individualismo español inagotable al servicio de un feroz nacionalismo sin horizontes más allá de las pequeñas fronteras. Por tal incomprensión de los mandamientos de la Ley de Dios entre nuestros pueblos tan disímiles, México, cuando quiso ser buen amigo de Centro América, llegó tarde. En 1853 el general Antonio López de Santa Ana, su presidente tantas y tantas veces fustigado de la suerte, había celebrado una interesantísima conversación con el plenipotenciario guatemalteco don Felipe Neri del Barrio. Ante la tremenda lección de la guerra con Estados Unidos y aun ante el temor de la invasión por el mismo William Walker del Estado de Sonora, el más septentrional, amenazado de muerte, mandó proponer al gobierno de Guatemala levantar de nuevo la bandera de la unidad centroamericana, pero ya no sobre bases federales, a las que llamaba demagógicas, quizá no sin razón, sino sobre la base de un gobierno central y fuerte, que no podía ser otro que el de Guatemala. Guatemala se excusa. Y efectivamente, ¿quién iba a creer en México después de su invasión imperialista de 1822 concluida con la declaratoria, amparada por la fuerza militar, de la anexión de Chiapas a México? ¿Y quién iba a creer en el general Santa Ana quien apenas diez años antes había incorporado por la fuerza bruta al dominio mexicano nuestro riquísimo distrito de Soconusco, parte la más importante de Chiapas, y que había hecho pública, cuando la anexión de ésta, su determinación de quedar libre para decidir por un plebiscito, cuando lo creyere oportuno, entre ser mexicana o seguir siendo centroamericana? Pero la respuesta de Guatemala es muy importante porque pinta en toda su triste desnudez la realidad de los países centroamericanos a raíz de la ruptura del pacto federal y de las primeras guerras centroamericanas por hacerlo resurgir. Nicaragua, decía, tenía compromisos con Inglaterra por las cuestiones del canal y del río San Juan. Los nicaragüenses eran gente acostumbrada a la pobreza y a la guerra, de carácter ardiente, y no hacen caso de ajenas indicaciones. Costa Rica, con apenas ciento cincuenta mil habitantes, vive casi aislada de sus hermanas. El Salvador es pueblo amigo de ideas

El lugar del istmo de Rivas, donde los pasajeros que hacían la ruta del tránsito por Nicaragua, del Atlántico al Pacífico, tomaban las pequeñas diligencias que después de tres o cuatro días de navegación a través del río San Juan y la parte sur del lago de Nicaragua, los transportaban al puerto de San Juan del Sur, sobre el Pacífico, separado del lago por sólo una distancia de trece millas. (De grabados antiguos en la prensa norteamericana).

Entre los vapores que surcaban el lago estaban el "San Carlos", "El Director" y el "Centroamérica" y los vapores del río llegaban hasta 15 en total.



abstractas, de libertad mal entendida, en lo que por desgracia participa la clase media, que es allí la preponderante "por no haber clero, ni ejército, ni grandes propietarios", si no por el pueblo en general, sin perjuicio de ser inteligente y laborioso. En Honduras, por último, la extensión ilimitada del territorio y la escasa población hacen difícilísimo gobernar. "Son gentes sencillas pero de grandes inquietudes políticas"

Este cuadro pinta mejor que nada lo que era Centro América en vísperas de la invasión de Walker. Pero desde luego, en los labios de los que le contestaron al presidente Santa Ana sus insinuaciones, ha de haberse hecho muy manifiesta una sonrisa de la más profunda ironía. El gobernante mexicano ofrecía cooperar con cuatro o seis mil soldados "si fuere necesario". Y ¿quién podía fiarse, si con sólo seiscientos había tenido suficiente Centro América en 1822 para perder toda esperanza de mantener la unión, como tantas veces he dicho y si con sólo seiscientos había obtenido, a fin de cuentas, el único resultado más directo y positivo: el haber perdido la provincia de Chiapas?

Para concluir con las causas del orden interno y exclusivamente centroamericano que tuvieron que ver en la venida de Walker, no quiero dejar de reproducir las palabras de un ilustrado ciudadano de Centro América, nativo de Guatemala, que vivía en París en la época de la invasión de los filibusteros. Sus reflexiones se contienen en un folleto, escasísimo o imposible de conseguir en Centro América y debo el haberlo conocido a la diligencia de la talentosa escritora señorita María Albertina Gálvez García, quien lo descubrió junto con otros folletos de análoga importancia en los anaqueles menos frecuentados de la Biblioteca Nacional de Guatemala, de la que es animadora. Su exhortación se impone de consiguiente, no sólo por aquella circunstancia de su rareza actual, sino por provenir de una persona que por sus conexiones pertenecía a las "familias" de Guatemala, lo que da más sello de imparcialidad al examen que hace de los orígenes de la ruptura de la Federación Centroamericana y de la venida de

Walker. Además, el hecho de haberse radicado en Europa definitivamente le hace ver "nuestras cosas" desde un plano de ecuanimidad que no es fácil encontrar en nuestros historiadores corrientes sujetos al ambiente de las pasiones políticas. Dicha persona es don Manuel Ortiz Urruela, notable jurista guatemalteco, según mis informes, y a quien le tocó asistir en sus mocedades a los acontecimientos que precedieron y siguieron inmediatamente a la Independencia. Después de la transcripción de esos párrafos que con tanta sencillez como segura visión hacen la exégesis de los fenómenos políticos y sociales que nos llevaron al desastre de la separación, entraremos en la parte final de estos estudios y en la cual se demuestra el gran servicio que con su victoria sobre los filibusteros prestó la América Central a la causa toda de la libertad en Hispanoamérica y muy en especial a la del triunfo de los Estados del Norte en su guerra civil con los del Sur por la abolición de la esclavitud y el mantenimiento incólume de la grandeza y la unidad de los Estados Unidos.

XI

Opiniones y comentarios valiosos

Nuestro compatriota y jurista don Manuel Ortiz Urruela, radicado en París desde hacía mucho tiempo, comienza por considerar los afanes de Inglaterra al disputarle a España sus dominios de América y muy en especial la parte aquella por donde un canal interoceánico podría darle a la nación que lo construyera las llaves del comercio universal. El buen sentido de las observaciones del autor se hace evidente a través de todas y cada una de sus frases y desde la primera de sus conclusiones cuando afirma (lo que es una gran verdad de la historia geopolítica de nuestros países) que España no supo comprender el valor e importancia de Centro América. Si hubiera querido ser más extenso hubiera podido añadir que Centro América represen-

taba el más alto valor del imperio español de ultramar, pero desde luego dentro del criterio económico. Pero por desgracia no era tal criterio el que privaba en la madre patria, en donde aún se profesaba la vieja doctrina de que las riquezas se medían por las cantidades de oro y plata que se extrajeran de las minas. Y Centro América fue olvidada porque carecía de las minas con que ostentaban su opulencia los dos virreinos de México, al norte, y el Perú al sur.

Dice así el folleto del señor Ortiz Urruela

"Hace muy pocos años que las ricas y hermosas regiones que en el mapa del mundo llevan el nombre de Centro América eran apenas conocidas por la mayor parte de las naciones europeas. Y no es extraño que esto sucediese cuando la España misma que las poseyó por espacio de tres siglos, nunca pudo apreciarlas en todo su valor e importancia.

Sin embargo, la Inglaterra, tan atrevida como previsora, comprendiendo desde mediados del último siglo todo lo que podía llegar a ser en las costas de Honduras, y repitiendo constantemente sus invasiones, no paró hasta arrancar en 1783, nada menos que al poderoso Carlos III, el permiso de formar el establecimiento de Belize.

Tal fue el origen de esa colonia desde donde la Gran Bretaña supo hacer el contrabando en México y Guatemala durante el régimen colonial, a donde después de la independencia hizo pasar la riqueza de esos países, y en donde halla sus pretendidos títulos para disputar el dominio de Centro América a los Estados Unidos.

Esa disputa excita ya, con razón, el interés del mundo y esto nos hace creer que en los momentos actuales se leerán con gusto las noticias que, como testigos oculares, vamos a dar a los sucesos que han contribuido a que la América Central se vea condenada a ser presa de uno de esos dos grandes pueblos de la raza sajona".

Entrando en seguida el autor directamente al análisis de los sucesos que dieron lugar a la Independencia y a los lamentables resultados de la anexión a México y demás acontecimientos posteriores, nos dice

"Las regiones que formaron el antiguo reino de Guatemala, conquistadas por los esfuerzos de un puñado de españoles, acudidos por el célebre don Pedro de Alvarado, estuvieron por trescientos años bajo la dominación de Castilla, hasta que una junta, compuesta de individuos pertenecientes a las diversas corporaciones públicas, las declaró independientes de la madre patria el 15 de Septiembre de 1821.

Mucho se ha dicho en pro y en contra de la emancipación de las colonias españolas del continente americano, y por lo mismo querríamos nosotros pasar en silencio esta cuestión, en que intereses encontrados hacen imposible el acuerdo, pero obligados a tocarla de paso, diremos francamente que, en nuestro concepto, después de la emancipación de los Estados Unidos del Norte, y en la situación del mundo a principios de este siglo, con la Francia proclamando libertad, sojuzgando a la Europa entera y atentando a la Independencia de la Península Ibérica, la de las colonias españolas del continente americano era no necesaria, pero sí hasta cierto punto inevitable.

Sin embargo, esa independencia fue inconsiderada y prematura, como treinta y cinco años de la más triste y dolorosa experiencia han venido a probarlo, demostrando cuánto se equivocaron los que provocaron aquel cambio político social.

Lejos de nosotros la idea de acusar las intenciones de los que sencillamente y de buena fe lo promovieron, pero séanos permitido decir en honor de la verdad y de la justicia, que muchos de los que con más empeño trabajaron por la independencia, no tenían otra mira que la de monopolizar el poder para hacer o reparar en él sus fortunas particulares.

Por eso no se observó que el pueblo no se hallaba preparado para constituirse en nación independiente, que su educación bajo el régimen colonial no era la necesaria para el sistema republicano, que sus costumbres de sumisión le hacían incapaz de apreciar el valor de los derechos que con énfasis se le brindaban, y en fin, que la inmensa mayoría de indios semisalvajes y las otras castas de color no sólo no se someterían humildemente, sino que bien pronto darían la ley a los que, fiados en los viejos privilegios de sus mayores, se creían dueños del poder y legítimos sucesores de los monarcas españoles.

No faltó quien anunciase este resultado, pero inútilmente. Imbuidos los unos en las ideas liberales proclamadas por la Revolución Francesa deliberaban por el establecimiento de una república, y acostumbrados los otros a mandar a la sombra del trono de Castilla, soñaban con el establecimiento de una monarquía en Guatemala y se tenían por dignatarios de la nueva corte.

Así fue como por el interés del momento se unieron para acelerar la independencia, sin reparar que una vez alcanzado su objeto, esa unión se tornaría en discordia y que de ésta brotaría el torrente de males y de sangre que ha causado la ruina de aquel hermano país.

Y en efecto, apenas se proclamó la independencia cuando, al instalarse la Junta Provisional Consultiva, aparecieron en guerra abierta los serviles y liberales".

Describe don Manuel Ortiz Urruela, con visión paraisina, la realidad centroamericana error craso, aunque inevitable, de la independencia, y el error no menos craso de la división de dos partidos irreconciliables, de la clase criolla, el cual pudo y debió haber sido evitado. Testigo presencial, como él declara, del origen y causas de toda aquella nuestra singular locura, explica cómo el odio insensato entre los criollos se fue volviendo espantable en proporción a que la patria (cuya sombra todos veían a través de sus pasiones) iba haciendo mayores sus cosechas de desgracias. El inocente algodonero del trópico ante el "picudo", cuya existencia y cuya historia ignora.

Entra luego en la activa participación que la inocente Inglaterra tuvo en todo el desastre de Centro América (el "picudo" en las ilusiones del algodonero). Pero, bien sabía "la Pérfida Albión" que sólo en una cosa hay que ser leal: Belice, y la ruta por donde ha de abrirse el canal. Y por último, Ortiz Urruela se refiere a la tercera grave intromisión (la primera fue la de los centroamericanos con sus luchas estúpidas y la segunda la de Inglaterra con la suya mucho menos estúpida) o sea la de Estados Unidos. Advierte que tal intromisión fue obligada por el precedente y la conduc-

ta de Inglaterra Y concluida con una plática más de este curioso y sesudo folleto, ya del todo desaparecido, entraré en la parte final de mis reflexiones, o sea al estudio de la situación de los Estados Unidos, que dio margen a la venida de Walker, y a los objetivos íntimos que éste llegó a concebir para formar al Sur de los Estados Unidos una poderosa nación militar con los cinco países de la América Central, México, Cuba y las dos vías interoceánicas, la de Nicaragua y la de Panamá, para que tal potencia, con la dura consistencia del hierro, pudiera ponerse al servicio de la causa de los confederados del Sur en la gran guerra civil del Norte antiesclavista y antiseparatista contra los esclavistas y separatistas del Sur, guerra que en tiempo de Walker y sus maniobras en Centro América era un acontecimiento tan poderoso como inevitable

“Aquéllos —dice en seguida Ortiz Urruela aludiendo a ‘los serviles’— pedían que el país se conservara en *status quo* con sus clases sociales, sus señores y sus privilegios, éstos (se refiere a ‘los liberales’ exigían reformas radicales, ciudadanía para todos, soberanía absoluta del pueblo El desacuerdo era perfecto, la desunión profunda, el odio recíproco igual

Los serviles, viendo fracasar sus planes decretaron la unión a Méjico y la llevaron a cabo, gracias a las fuerzas que el emperador Iturbide les enviara para reducir a San Salvador, que defendía la independencia absoluta

Los liberales, que dominaban en aquella provincia se sometieron a la fuerza, haciendo antes que el Congreso diese un decreto de unión del país a los Estados Unidos

¡He ahí cómo exhibían su patriotismo ambos partidos!

Pocos meses después la estrepitosa caída del ridículo imperio de Iturbide dio el triunfo a los liberales que, proclamando el establecimiento de una república, la dotaron de una constitución plagada de la federal de los Estados Unidos

Esto explica, sin necesidad de comentarios, cómo la Inglaterra, liberal en España, en Portugal y en Italia, se hizo conservadora en la América Central, prestando todo su apoyo al partido servil, que contrariaba la federación

Esta, sostenida por los liberales, pudo mantenerse hasta 1840, en que los Estados se declararon libres y soberanos y sus gobiernos en capacidad de entenderse directamente con las naciones extranjeras

Semejante situación, aunque tan peligrosa para la independencia nacional, parecía muy bella a aquellos gobiernos, pero muy pronto las fatales consecuencias de su error y de su inexperiencia hicieron desaparecer todas sus ilusiones

La nación que había de arrancar a Carlos II la concesión del establecimiento de Belice no había de ser la última en aprovecharse de la debilidad de los Estados de Centro América, ya divididos, para extender sus invasiones en aquel país y hacerse dueña de los terrenos que, de necesidad absoluta, tienen que ser la clave del canal interoceánico

Con este fin el agente inglés promovió en Nicaragua la más injusta, la más absurda y la más ridícula cuestión que jamás se ha visto en el mundo.



El célebre multimillonario CORNELIO VANDERBILT

Aunque tanto o más filibustero que Walker, descargó sobre éste el golpe de gracia, a fines de 1856, al proporcionarle a los costarricenses el medio de privar a los filibusteros de los barcos del río San Juan que los proveían inagotablemente de reclutas, armas y recursos bélicos de toda clase. Fue la terrible venganza del filibustero de los millones contra el fiibustero de la espada que le había quitado sus concesiones de Nicaragua.

Sacando a luz la existencia de un rey salvaje (a quien nadie conocía y cuyos súbditos forman una tribu bárbara y errante) alegó que ese rey había sido despojado de una parte de sus dominios en Centro América, y quejándose del soñado despojo del monarca salvaje, aliado de Su Majestad Británica, reclamó una inmensa parte de las costas de aquel estado, con inclusión del puerto de San Juan de Nicaragua, más tarde bautizado, por fines que no es necesario explicar, con el nombre de Grey-Town

A tan monstruosa pretensión hecha en nombre de la augusta soberanía de uno de los primeros imperios del mundo, aunque apoyada en los supuestos derechos de un rey bárbaro que, en medio de la embriaguez, cedía por lotes sus pretendidos dominios a los súbditos británicos en cambio de licores y de pólvora, Nicaragua no podía oponer más resistencia que la de la razón y la justicia, armas que por desgracia valen muy poco en política, especialmente cuando su único móvil es el interés.

En vano Nicaragua envió agentes a Inglaterra y Francia, para pedir allá justicia, aquí protección y defensa. El gabinete de St James no quiso oír las quejas de Nicaragua, el de las Tullerías ocupado en sostenerse contra la oposición, no pudo otorgar la protección que se le pedía”.

XII

El error de creer que Francia podría salvar a los centroamericanos

Concluimos con la transcripción de los pasajes pertinentes del folleto en que don Manuel Ortiz Urruela, muy patriota, muy europeo y muy apasionado de Francia, hace sus observaciones y dicta sus ideales soluciones, según él.

“Entre tanto la invasión de México, la conquista de California y el descubrimiento de sus ricas e inagotables minas hacían que los emprendedores norteamericanos buscasen en Centro América el tránsito más fácil, más natural y más corto para aquellos países

Esto y el ruido que ya entonces hacía la escandalosa cuestión de Mosquitos, excitando el interés comercial y la rivalidad política del pueblo americano, bastó para que el gobierno de Washington, a quien, desoído en Europa, llevó sus quejas el de Nicaragua, se resolviese a tomar la defensa de aquel Estado y a intervenir directamente en los negocios de toda la América Central.

No tratamos nosotros de justificar esa intervención, pero es preciso confesar que ella fue provocada por la de Inglaterra, y que una y otra, igualmente contrarias a los intereses de la raza española y a la independencia de Centro América, se deben a los partidos políticos que, por destruirse mutuamente, no han temido sacrificar la suerte del país al auxilio que, por cálculo demasiado conocido ya, les brindarán en oposición esos dos grandes pueblos de la raza sajona”.

“Sin embargo, es preciso confesar que hasta 1850 los Estados Unidos no habían tomado parte ostensible en los negocios de aquella república, y que sin la cuestión de los Mosquitos, la invasión de San Juan de Nicaragua, la prisión de su gobernante, el escandaloso despojo de Roatán y la ocupación de la Isla del Tigre con otros varios puntos de la América Central por Inglaterra, los norteamericanos no hubieran intervenido como hoy lo hacen en los negocios de aquel país, ni estaría Nicaragua bajo la dominación del general Wal-

ker que, más pronto de lo que se cree, se hará dueño de los demás Estados

Y ¿quién, en efecto, será bastante a contenerlo? Devastado el país por treinta y cinco años de sangrientas revoluciones, dividido en débiles secciones que se titulan repúblicas, rebajado por bandos políticos tan imponentes como desacreditados, cansado de pasar todos los días del despotismo militar más bárbaro a la anarquía más espantosa, ¿cómo ha de oponerse ese pobre país a los proyectos de Walker y sus huestes americanas? ¿Quién será capaz de impedir que él se haga dueño de toda la América Central?”

Hasta aquí la transcripción del folleto del señor Ortiz Urruela. Su angustiada pregunta tuvo en los hechos una milagrosa respuesta. Los que derrotaron a Walker, los pobres países que se le opusieron y los que fueron capaces de impedir que se hiciera dueño de toda la América Central fueron los pobres pueblos, los infelices ejércitos centroamericanos. Como un día se habían dividido hasta hundirse en la miseria, en la desilusión y en la perpetua invalidez, ahora supieron unirse, y sacando fuerzas de su propia y gran flaqueza, supieron ser hombres y pueblos dignos. Los cinco presidentes se portaron a gran altura. El primer héroe fue Juan Rafael Mora, el presidente de Costa Rica Carrera, el de Guatemala, juró extirpar a los filibusteros, como planta maldita introducida en el predio común, y ponerse él mismo al frente de su ejército. Máximo Jerez, conrito por su enorme error de haber contribuido a la venida de los filibusteros, ocupó los sitios más peligrosos en los combates, y una vez, en Masaya, rodeados todos los centroamericanos y prestas a ser asaltadas sus barricadas, después de exponer al general Beloso la disyuntiva trágica que era la única esperanza que aún les quedaba, añadió. “Y si no, hay un tercer camino, que es el de que cada uno de nosotros muera al pie de su barricada . ”

Ortiz Urruela, admirador a *outrance* de París, como todos los hispanoamericanos de aquellas y aun de estas generaciones, ponía sus esperanzas en que Francia pudiera mediar, atajar a ambos terribles contendientes, Inglaterra y los Estados, y ayudar y salvar a Centro América. ¡Cuánta ilusión !

¿La misma Francia no fue, acaso, la que invadió a México, con fines imperialistas ilimitados sobre toda la América española, pocos años después, cuando la guerra civil de los Estados Unidos maniató sobre su agobiadísima espalda los dos antes fuertes y temidos y ahora inermes brazos de la doctrina Monroe?

¡Cuánto romanticismo aún en nuestros políticos y prohombres que creen ver mejor!

TERCERA PARTE

XIII

Los Estados Unidos ante Walker y sus filibusteros

Entrando en la tercera etapa de este somero estudio, o sea la que se refiere a las causas del orden continental que más influyeron en el desarrollo y vicisitudes del drama de William Walker en la América

Central a mediados del siglo pasado, comenzaré por transcribir la explicación que acerca de la venida del filibustero y su “falange” nos da el historiógrafo extranjero que hasta la fecha ha ahondado mejor en el

problema En efecto, en su esencial y certera obra *Filibusters and Financiers*, William O. Scroggs, un autor que ve las cosas a la moderna, y cuya obra fue escrita en 1916, nos habla de la parte de culpa que le corresponde a Centro América y la que les corresponde a los norteamericanos Para unos y otros tiene palabras duras "Muchos de los que por Nicaragua atravesaban, nos dice, sentían la atracción de aquella naturaleza espléndida y del escenario magnífico que la esmalta, por lo que no es de extrañar que se hicieran cargo del poco provecho que los naturales del país obtenían de tantos dones como se encerraban en semejante paraíso La población mestiza no les inspiraba sino desprecio, especialmente si los viajeros venían de California, donde se detestaba a todos los *greasers* (mantecosos) Este desdén era algo más que un simple perjuicio de raza, ya que las constantes revoluciones originaban molestia, no pequeñas, al viajero, y le hacían suspirar por el momento en que los Estados Unidos interpusieran la fuerza, a fin de establecer el orden y la ley en el Istmo El destino manifiesto estaba más arraigado que nunca, y el apetito territorial del pueblo yanqui se había excitado considerablemente Durante los últimos cincuenta años, se devoró toda la región que se hallaba al Oeste del 'Padre de las Aguas' —el Mississippi— y la codicia había ido aumentando cada vez más con el ejercicio"

Los Estados Unidos pasaban por un período excepcional en la historia de su crecimiento, como una juventud impetuosa y desbordada, que mira con desprecio los viejos vestidos apretados Como lo apunta Scroggs, en los últimos cincuenta años "se habían devorado" las inconmensurables regiones al Oeste del Mississippi Su territorio y su población se habían cuadruplicado Y los cálculos del apacible sabio Benjamín Franklin, que conocía a fondo los problemas del estancamiento de las poblaciones europeas, se cumplían con rigor matemático en los primeros cincuenta años tendrían lugar ambas cuadruplicaciones y en los primeros cien la duplicación tendría lugar cada veintidós años De 8,650 000 habitantes en 1817 pasaría a 17,500 000 en 1840, a 34,000 000 en 1863, a 69,000 000 en 1886 y a 138,000 000 en 1915 Esto en números redondos, pero parece que Franklin no se equivocó ni en las fracciones

Como correspondiendo a esa grandeza material (terrible ley humana también) había sobrevenido la decadencia espiritual La antigua sencillez jeffersoniana había muerto Ya también el sencillísimo Franklin lo había predicho La idea única que ocupaba todos los pensamientos en los tiempos de Jorge Washington, o sea la "independencia o muerte", había cedido su lugar a dos ideas que se condensaban en las palabras esclavismo y antiesclavismo, o sea el Sur de los Estados Unidos y el Norte Y cuando los pueblos se dividen por igual en dos ideas opuestas, la guerra civil está en la antesala Una idea única había llevado a los Estados Unidos al pináculo del poder y la grandeza Dos ideas opuestas, defendidas con igual enardecimiento, estaban ahora a punto de producir en grande lo que en Centro América se había producido en pequeño la fragmentación Bajo las ideas de esclavismo y antiesclavismo palpitaban dos intereses opuestos

los habitantes del Norte, de las cinco antiguas colonias que habían constituido la Nueva Inglaterra, eran esencialmente industriales, al paso que las colonias y territorios del Sur eran esencialmente agrícolas El esclavo era para el Sur una institución económico-social, de que dependían las buenas cosechas de algodón y la vida económica del Sur, al paso que para el Norte, el obrero a base de salario era la cédula fundamental El equilibrio entre el Norte y el Sur se había mantenido un tanto tambaleante Pero vino la anexión a los Estados del otro inconmensurable territorio, antes mexicano, de Texas, inagotable venero de caña de azúcar, algodón y tabaco Y este inmenso nuevo Estado se incorporó a la Unión bajo el signo del esclavismo Roto el equilibrio entre el Norte y el Sur, se sucedieron las demás incorporaciones los nuevos vastos territorios que iban arrancándose a pedazos de las manos crispadas y tenaces de los pieles rojas ¡Los territorios de Oregón, Kansas, Arkansas . !

La guerra contra México fue condenada por la legislatura de Massachusetts, que la llamó una aventura esclavista Y el oro de California vino a colmar el vértigo de una época de descomposición de fuerzas espirituales en que las tenebrosas hazañas de Davy Crockett casi ponían lámpara votiva al pie de la imaginación de las nuevas generaciones Más que lámpara votiva, la de Aladino se hallaba por fin, cómo había hallado aquel obrero de Sacramento al dar un pichazo la primera pepita de oro de California.

Pero este oro californiano no fue tan maleable como para poder servir a la forja de altos pensamientos Y el más alto pensamiento que podía brillar en el espíritu de los directos herederos de Washington, de Hamilton y de Jefferson era el del mantenimiento incólume de la unidad nacional La admisión del Estado de California en la Federación, eximiéndolo de pasar previamente por la condición constitucional de simple territorio, estuvo a punto de echar a pique aquella unidad Por sólo cuatro mil votos de mayoría se aprobó su constitución bajo el signo del antiesclavismo Y la presencia de un nuevo Estado que prometía hacerse pronto tan poderoso en los confines del sudoeste de la nación hizo temblar hasta sus cimientos la armazón de los estados esclavistas del sur Cada Estado antiesclavista era una seria amenaza para el porvenir, por más que los del sur contaran a la sazón con mayoría en el Senado, en los gabinetes y aun en el Ejecutivo mismo, que cuando no estaban en manos de un nativo del sur lo estaban por personas educadas en éste El esclavismo, más que una cuestión económica, se había vuelto una cuestión de orgullo racial Se querían ciudadanos blancos Y esta era la sentencia, en el fondo y la forma

Ante la reconciliación imposible, los abolicionistas, a estilo Garrison, habían proclamado que en la disyuntiva era preferible llegar a la desunión, al paso que los del sur sostenían que la Unión no era una condición de vida, sino un principio sobre cuya admisión o rechazo podían y debían pronunciarse los Estados Entre el hervidero de la contienda, los del sur seguían al pie de la letra la palabra y gestos airados de su apóstol máximo, el senador y portaestandarte del esclavismo John Caldwell Calhoun: "Confío en que persistiremos en

nuestra resistencia a admitir a California. Debemos resistir hasta el restablecimiento de todos nuestros derechos o hasta la Desunión. Ya hemos soportado demasiado tiempo los agravios e insultos del Norte. " Todo esto sucedía hacia 1849, cuando William Walker, producto quintaesenciado y perfectamente sintético del Sur, había cumplido los veinticinco años, y después de aspirar el humo de las revoluciones de Francia, los vientos de la expansión ilimitada de Inglaterra sobre los anchos mares y el vaho caliginoso del hierro fundido de las conquistas de Prusia, había retornado a su ciudad nativa de Nashville a perfeccionar sus sueños.

XIV.

El momento psicológico que vivían los Estados Unidos

Cuando William Walker "el hombre de suerte de ojos grises" como muy pronto lo apellidarían sus compatriotas que a la vez fueron sus entusiastas admiradores, se lanzó a su primera aventura sobre el Estado mexicano y septentrional de Sonora, dos gritos proferían los siete Estados incommensurables y algodonereros de los Estados Unidos dos gritos que brotaban de lo más íntimo del alma y con el fuego de la más apasionada convicción expansión hacia el Oeste y hacia el Sur, y necesidad imperiosa de sostener y extender la esclavitud. Se diría que en el ambiente del Sur habían quedado grabadas como en las profecías bíblicas las palabras del presidente John Tyler, el sucesor, como vice-presidente, del presidente Harrison, muerto en ejercicio de la presidencia. Tyler había llegado al punto de decir que el solo hecho de abolir en una república vecina la esclavitud, daba derecho para absorberla. Y confirmando su creencia llegaba hasta retar a Inglaterra, que ya desde 1807 había abolido el tráfico de esclavos, y ahora, en 1833-34, bajo el gobierno liberal de los antiguos whigs, había acabado por abolir en lo absoluto la ominosa institución, que comprendía a más de setecientos mil esclavos, diciendo que la misión de Estados Unidos era hacer posible la esclavitud en el mundo.

En vano los prohombres de las antiguas ideas washingtonianas y jeffersonianas, como Henry Clay y Daniel Webster, intentaron en aquel mismo año buscar la transacción que hiciera más difícil el rompimiento de la Unión. A sus concesiones en el Senado, restringiendo la libertad en los Estados donde parecía haberla de sobra y ampliando las facultades para el rescate de los esclavos en otros, el sombrío Calhoun, ya citado, oponía sus sentencias, lúgubres como la voz que ya se iba acabando en su garganta, próxima a apagarse definitivamente en la tumba "yo he creído desde el principio, señores senadores, que si no se remedia la agitación causada por el tema de la esclavitud, con oportunas y eficaces medidas, la unión acabará en desunión. Los lazos entre los Estados se están rompiendo unos tras otros. La unión sólo podrá seguir si el Sur se convence de que ella no está hecha sólo para oprimirlo sino para protegerlo". Opinaba que hasta la discusión antiesclavista debía cesar en el Norte que

se debía admitir la esclavitud para los Estados que aún quedaban fuera de ella en el sur, como California y Nuevo México. Y llegaba en sus peticiones bajo la apariencia de que debería restablecerse el equilibrio político entre el Norte y el Sur hasta pretender la coexistencia y funcionamiento de dos presidentes, uno para cada parte y cada uno con facultad de veto.

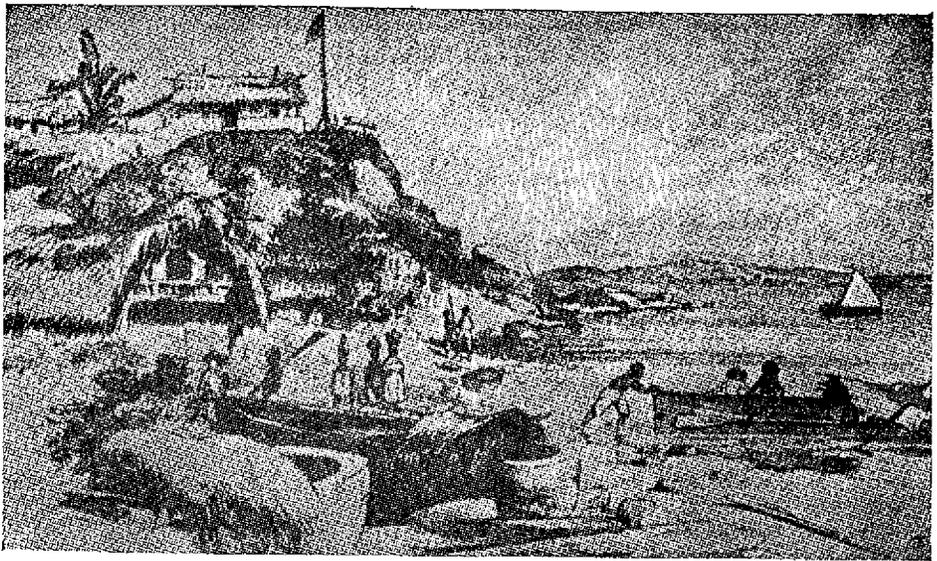
Cuando a mediados de 1855, Walker, de consiguiente, se decidió bajo las instancias de sus amigos y jefes (en el periodismo, el uno, y en las negociaciones bancarias el otro) Byron Cole y William V. Welles, a cambiar sus planes de retorno a su aventura de Sonora por la nueva y más prometedor de Nicaragua, la guerra entre el Norte y el Sur, a pesar de la transacción de los grandes políticos republicanos, se hacía cada vez más inminente. Seguía agitándose sin tregua, de una parte, la necesidad del ferrocarril trascontinental, a través de la distancia fantástica de 5 mil millas, de punta a punta, desde Nueva York hasta San Francisco, y de la otra parte del Sur, se estigmatizaba la obra y se señalaban las mejores posibilidades de abrir las rutas interoceánicas por medio del ferrocarril de Panamá (inaugurado en 1855, el mismo año de la venida de Walker) y por medio de la Accessory Transit Company, establecida desde hacía algunos años en Nicaragua. El Sur miraba hacia el sur y no perdía de vista estas dos rutas entre el Atlántico y el Pacífico que tanto podían servirle a él en primer lugar. Y la disputa del ferrocarril interoceánico aquel que uniría con eslabones de hierro al Norte y al Sur, fue una de las principales causas que desatarían por fin la guerra civil a fines de 1860.

La admirable floración literaria del Sur, que pudo dedicarse a superiores empresas, se consagró "a una ferroz propaganda en favor de la independencia del Sur". Hervía en esos Estados la fiebre de expansión y conquista, y al paso que para la guerra contra México, anatematizada por el Norte como guerra de conquista, "contra los Estados libres, anticonstitucional e inadmisibles para las personas honradas y que sólo serviría para dar más fuerza al poder esclavista", ese Norte solamente había contribuido con trece mil soldados, el valle del Mississippi y Texas habían proporcionado por sí solos cuarenta y nueve mil voluntarios.

Franklin Pierce había sido elegido presidente en 1852, y un comentarista, no exento de ironía, le asigna como sus únicos méritos, su "sonrisa atractiva", y "una excelente hoja de servicios en la guerra de México". Pero Pierce era hombre que además de su sonrisa atractiva poseía otra para seducir a los del Sur. Era un presidente a propósito para las aventuras de Walker. Y cuando éste se lanzó a Nicaragua, con sus cincuenta y ocho aventureros y su vapor *Vesta*, ya la guerra entre el Norte y el Sur se cernía en el ambiente. Un año antes se había dado en el Senado la ley de los nuevos Estados, clave de las comunicaciones centrales de la Unión, Kansas-Nebraska, habiéndose conformado sus viejos habitantes, los indios, con recibir en cambio su "plato de lentejas". Fue un gran triunfo para el esclavismo. Pero se hicieron célebres las palabras del senador Sumner cuando anunció que a cambio de ese triunfo, la transacción de Clay y Webster quedaba rota. Toda transacción anterior entre los del Norte y el Sur

Una vista del castillo de San Carlos, que señalaba el lugar donde las aguas de gran lago de Nicaragua salen hacia el Atlántico por el río San Juan. El castillo es célebre, no sólo en la guerra contra los filibusteros, sino en las del Reino de Guatemala, en la época colonial, contra los ingleses.

El 30 de Diciembre de 1856, Spencer al mando de una fuerza costarricense logró la proeza de tomar la fortaleza de San Carlos lo que hizo exclamar al General Mora: "El veneno que daba vida a la siempre renaciente hidra del filibusterismo, está cortado".



quedaba anulada Ninguna componenda futura con el esclavismo, "de suerte que esta ley pone frente a frente libertad y esclavismo, obligándolos a pelear ¿Quién puede dudar del resultado?"

Esta era la pregunta inquietante Bien estaba en labios de un político y un orador, pero en el fondo de las conciencias la pregunta temblaba en todos los labios ¿Quién puede asegurar el resultado de esa lucha?

En tal estado las cosas, Walker se lanza a su aventura centroamericana, para jugar su parte en la respuesta de esa duda Y por eso se apresura a inscribir en el estandarte de la temible "Guardia Roja", comandada por el capitán John P. Waters, el santo y seña de la primera etapa de la guerra "O los Cinco o Ninguno" ("Five or None") Y por eso, al arengar a los dragones de tez rubia ya empezándose a broncear por los vengadores soles del trópico, y que montaban los más briosos potros robados en las haciendas del río Tipitapa, cinta de plata entre los dos grandes lagos, y lucían blusas azules y anchos sombreros con escarapela escarlata, les dijo, sacando fuerzas de flaqueza de su vocecita nada hombruna "Nuestros esfuerzos no propenden solamente a cimentar el orden en Nicaragua nuestra labor se extiende a fundir en uno solo los cinco Estados de Centro América" Es decir, el sueño de los grandes centroamericanos, sólo que al revés de lo que habían soñado los grandes centroamericanos la unión de los cinco en una sola gran patria Walker invocaba y quería lo mismo, pero para poner a los cinco bajo una misma esclavitud, bajo una dominación extranjera, militar y despótica y al servicio de una sola causa la de los Estados esclavistas y separatistas del Sur

XV

Ideas de Walker sobre la esclavitud

Interesantísimos resultan para la historia centroamericana los análisis que hace Walker de sus ideas y doctrinas sobre la bondad y necesidad de la institución de la esclavitud Para los centroamericanos sus ideas son poco conocidas o, mejor dicho, conocidas solamente de oídas, ya que el propio libro donde el jefe de los filibusteros las consigna no es fácil de obtener en nues-

tros días Por lo demás, las nuevas generaciones, de suyo tan indiferentes y desinteresadas en materias "que no están en el comercio de los hombres", como dirían los juristas, tienen que conocer tales doctrinas siquiera para encender en su cabeza, ya que no en el corazón, si esto no es posible, una pequeña llama de gratitud nacional, hacia aquellas ignoradas y anónimas legiones que se llamaron los contingentes centroamericanos y que a pesar de sus pobreza y miserias de toda clase, supieron arrancar nuestra patria, nuestra historia y nuestro honor, de las terribles garras de Walker y su falange, que parecían todopoderosas e imposibles de ser vencidas por nuestros soldados

Empieza Walker por condenar con las más duras frases las formas de la colonización española que en vez de mantener la pureza de la raza, como lo hicieron los ingleses, "echaron sobre sus dominios la maldición de una raza mestiza"

Dice así "Si las robustas y claras inteligencias de la convención constitucional de 1787 no pudieron resistir del todo a las opiniones que dominaban en Francia y en Inglaterra sobre la esclavitud, ¡cuánto menos capaces de oponerse a las prevenciones del mundo europeo eran los pobres seres imitadores que la política española dejó en pos de sí en sus colonias americanas después de la independencia! En realidad, la esclavitud que les dejó España era demasiado poca para preservar su orden social En vez de mantener la pureza de las razas, como lo hicieron los ingleses en sus colonias, los españoles echaron sobre sus dominios continentales la maldición de una raza mestiza Por lo tanto habría sido casi milagroso que los Estados hispanoamericanos hubiesen resuelto mantener la esclavitud al emanciparse Tan sólo en los últimos años se ha empezado a apreciar en los Estados Unidos el carácter realmente beneficioso y conservador de la esclavitud de los negros "

Más adelante, analiza "Después de la independencia, los Estados hispanoamericanos aspiraron a establecer repúblicas sin la esclavitud, y la historia de cuarenta años de desorden y crímenes políticos es fértil enseñanza para quien tiene ojos para ver y oídos para oír Extraviado por su imaginación o más bien por su sensibilidad, Mr. Clay defendió la causa de la independencia hispanoamericana y pronosticó un buen gobierno como resultado del movimiento La política preconiza-

da por él fue indudablemente juiciosa para los Estados Unidos, así como para Inglaterra, toda vez que abrió las puertas de las antiguas colonias españolas a otras naciones comerciales, pero los efectos de la independencia no han sido provechosos para los pueblos de las colonias. España mantenía cuando menos el orden en sus dominios del Nuevo Mundo, y el orden acompañado de la exacción y algunas veces hasta de la extorsión, era preferible a la anarquía del llamado régimen republicano. En Nicaragua había regiones enteras cultivadas bajo la dominación española después de la independencia, y el añil del Istmo, que hace apenas diez años era un valioso artículo de exportación, casi ha desaparecido del comercio.

"Pues bien, si España no pudo legar a sus colonias la fuerza interna o un sistema capaz de reorganizar la sociedad independiente, debía seguir en el acto y automáticamente el plan de aplicar en ellas las leyes que han formado una civilización sólida y armoniosa allí donde el angloamericano se ha encontrado en el mismo suelo con alguna de las razas de color. La introducción de la esclavitud negra en Nicaragua suministraría una cantidad de mano de obra constante y segura para el cultivo de los productos tropicales. Teniendo como compañero al negro esclavo, el hombre blanco llegaría a arraigarse allí, y juntos el uno y el otro destruirían el poder de la raza mestiza que es la perdición del país. El indio puro no tardaría en caer dentro de la nueva organización social, porque no aspira al poder político y sólo pide protección para el fruto de su trabajo. El indio de Nicaragua se parece mucho al negro de los Estados Unidos en lo fiel y dócil, así como en su aptitud para el trabajo, y pronto se asimilaría los usos y costumbres de este último. En sus modos de ser para la raza que gobierna, el indio es ahora realmente más sumiso que el negro americano respecto de su amo.

"En Nicaragua el negro parece estar en su clima natural. Los que de Jamaica han ido allí, están sanos, fuertes y pueden hacer un trabajo penoso. La Compañía Accesoria del Tránsito los emplea mucho en el río de San Juan y La Virgen, y aun en los bongos del lago y del río soportaban la faena y el sol tan bien como los naturales del país. Es más, la sangre negra parece afirmar su superioridad sobre el indio natural de Nicaragua. Algunos de los oficiales negros y mulatos del ejército legitimista, descollaban entre sus compañeros por su valor y energía, aunque estas cualidades iban generalmente acompañadas de crueldad y ferocidad.

"Por consiguiente, la esclavitud negra tendría en Nicaragua una doble ventaja. A la vez que proporcionaría mano de obra para la agricultura, tendería a separar las razas y a destruir los mestizos, causantes del desorden que ha reinado en el país desde la Independencia".

Hasta aquí Walker, no sin advertir que en la palabra mestizos (los causantes del desorden eterno) quedan comprendidos los criollos, por más ascendencia española que trataran éstos de invocar o atribuirse. Para éstos el filibustero hacía sus leyes de confiscación general de las haciendas, a fin de empezar su destrucción por la destrucción de sus intereses. Y como se ve, las teorías y doctrinas esclavistas de Walker tienen su faz de apariencia lógica y hasta deslumbradora.

Tan deslumbradora que la inmensa mayoría de los terratenientes y algodoneros del Sur de Estados Unidos, las profesaban como artículos de fe. En 1849, la división sembrada por tales ideas había llegado al punto de que la Cámara de Representantes de la Unión tuvo que hacer hasta sesenta y tres votaciones para poder elegir a su presidente. Y es que la respuesta a los argumentos de los esclavistas no pertenecía tampoco a aquel orden de cosas que acabo de citar y "que no están en el comercio de los hombres". El senador Seward, de Nueva York, a quien Walker cita en su libro señalando sus grandes talentos y diciendo que por esto mismo los partidarios de la esclavitud deben estar siempre en guardia y redoblar cada vez más sus esfuerzos, había dicho un discurso, que se hizo célebre, al oponerse a la transacción de Henry Clay y Daniel Webster, para calmar a los esclavistas. "Existe, había dicho, una ley más alta que la constitución que regula nuestra autoridad sobre el territorio, y es la ley de Dios, única capaz de sancionar las leyes humanas. El proyecto de ley sobre el rescate de los esclavos fugitivos puede causar más daño a la Unión que cualquier medida esclavista. Todas las medidas que puedan fortalecer o extender la esclavitud inducen a la comisión de actos de violencia todo límite de su extensión y que debilita su fuerza tiende a su pacífica extirpación". Y el gran Emerson, el célebre y sereno filósofo que tanto había aconsejado a los abolicionistas amar más a sus compatriotas y vecinos del Sur y un poco menos a sus hermanos negros, había escrito en su diario en aquella misma ocasión "Este repugnante decreto (el del referido rescate) ha sido redactado en el siglo XIX por personas que saben leer y escribir ¡No me someteré, a él, vive Dios!"

Los argumentos, pues, de Walker no tenían ni tienen respuesta en el plano de los intereses humanos. Ya desde 1854, Abraham Lincoln había empezado a forjar las palabras del Nuevo Testamento de la política norteamericana. "La esclavitud tiene por base el egoísmo de la naturaleza humana, la oposición a ella se basa en el amor a la justicia. Estos principios están eternamente en pugna, y cuando llegan a encontrarse con la fuerza como la que provoca la extensión de la esclavitud, no pueden menos de producir incesantes choques, espasmos y convulsiones".

XVI

Walker y la ruta interoceánica

Los banqueros amigos y enemigos de Walker

Desde San Francisco el jefe de los filibusteros había entrevistado y esbozado sus vastos proyectos, pero al llegar a Nicaragua y apoderarse tan fácilmente de ella por la torpe guerra entre "demócratas" y "legitimistas", o sea entre los feroces localismos de León, contra los no menos feroces de Granada, pudo tranquilamente convencerse de que, como ya lo había imaginado y se lo habían dicho sus amigos Byron Cole y William V. Wells, conocedores del terreno, la ruta del Tránsito entre el Atlántico y el Pacífico y viceversa, personificada en la Accessory Transit Co. del multimillonario neo-

yorquino Vanderbilt, encerraba la clave del porvenir, la clave de su estrategia, para defenderse en el interior, y de su estrategia para el desarrollo de sus vastos planes en el exterior. Y por eso buscó de toda preferencia entronizarse en la ciudad de Granada, sobre el gran lago, el eterno y grandioso depósito de agua que tiene su salida al Atlántico por medio del poderoso río San Juan, el cual, a pesar de sus muchos "rápidos", venía a resultarle al fin y al cabo, nada menos que el Mississippi fecundante y fertilizador de sus sueños.

Dueño del lago de Nicaragua con su puertecito de La Virgen, por donde se salía al Pacífico a través del corto camino terrestre del istmo de Rivas, y al mismo tiempo dueño de San Juan, quedaba Walker árbitro absoluto de las salidas al Pacífico y al Atlántico. Estratégicamente ello serviría para recibir los incesantes refuerzos de hombres y armas, ya fuera de California, ya de Nueva York, con lo que su "falange" se multiplicaría hasta el infinito. Y disponiendo de las salidas a ambos mares, respaldadas a su vez por el río y el lago, se aseguraba, además, para cuando llegara el caso, la libre acción y la posibilidad de ocultamiento de una segura escuadra que pudiera maniobrar en el Caribe. En suma, tal estrategia representaba para Walker haberse creado una casi inabordable isla, rodeada de agua por los tres lados, por la derecha el mar Caribe, por la izquierda el Pacífico y por la retaguardia el gran lago y el gran río.

Pero fuera de la importancia referida, la ruta del Tránsito por Nicaragua constituía para Walker algo más cercano, perentorio y preciso: la Accessory Transit Co tenía que ser la fuente inagotable de todo el dinero que hiciera falta para traer y pagar reclutas, soldados sin empleo, coroneles y generales de la guerra de México, de las guerras carlistas y demás de la convulsionada Europa de la época, y armas antiguas y ultramodernas. Por eso precisaba, además, tener en sus propias manos el control absoluto de esa ruta, ya que Mr. Cornelio Vanderbilt no era el hombre a propósito: tenía toda la plata y la pasta necesarias para cualquier empresa pirática en Centro América o en cualquier otra parte del mundo, pero le faltaban los sentimientos de la gente del Sur. En concepto de Walker, era demasiado "yanqui" o gente marcadamente del Norte. Le faltaba el hondo pensar, sentir y actuar de los esclavistas y separatistas del Sur. ¡Y el dinero no era todo!

Por eso buscó gente más a propósito, y antes de salir de California ya la tenía: la firma "C. K. Garrison e Hijos", amiga de Pierpont Morgan, multimillonario también de Nueva York. Pero antes que de Morgan, amiga íntima de dos de sus mejores amigos personales, Edmund Randolph y Parker Grittenden, a quien Walker había dado carta blanca desde Nicaragua para tratar con Garrison como quisiera, siempre que éste se comprometiera a enviarle en el acto quinientos hombres armados. "La amistad que había entre los tres (escribe Walker refiriéndose a Randolph, a Grittenden y a él) era de carácter tal que no puede expresarse en palabras." Hasta ese momento, añade, la mayor parte de los norteamericanos llegados a Nicaragua habían sido enviados por cuenta de Garrison. En el acto se sintieron los beneficios de la nueva propuesta. Y en el propio vapor en que Randolph se fue para Nicaragua,

otros cien americanos "desembarcaron para el servicio de la república". Esto, fuera de la promesa de seguir enviando cuantos hiciera falta. Garrison pagaba los pasajes, el fusil y municiones de cada "pasajero" y el gobierno de Nicaragua le abonaba aquellas sumas a cuenta de las futuras ganancias de la compañía. ¡Así iba el mundo centroamericano!

Luego vino, como procedía, la anulación del contrato de Vanderbilt. Las razones no faltaban, pues son las de siempre. La compañía se llamaba Accessoria porque la principal debería ser una que se ocupara realmente de la apertura del canal, y la construcción de éste ni siquiera se había comenzado. Cuando ya se habían contado peso sobre peso las ganancias de la compañía por los servicios de la ruta acuático-terrestre existente, se cayó en la cuenta de que el canal "era impracticable". Por otra parte la compañía no había construido ni ferrocarril o tranvía, ni la carretera a que se había comprometido si no se construía el canal. Bajo la partida de pérdidas y ganancias, mal podían haberse pagado al gobierno los diez mil dólares anuales acordados ni mucho menos el diez por ciento sobre las ganancias.

La concesión fue anulada en su totalidad a Vanderbilt y "embargados" o "confiscados" los bienes de la compañía, pues sobre el particular trata Walker de hacer distinción. Pero hay que decir en descargo de éste que si le hubiera dejado a Vanderbilt la concesión, los resultados no hubieran sido menos funestos para los centroamericanos. Baste con decir que acabándose de anular la concesión, pero cuando Mr. Vanderbilt aún no lo sabía, éste despachó a Nicaragua doscientos cincuenta hombres armados para el mismo "servicio de la república". El vapor en que iban pertenecía a la Compañía del Tránsito, aún controlada por Vanderbilt y había salido de Nueva Orleans el 27 de febrero de 1856, antes de la anulación. En el camino se encontró con el barco de la misma compañía, que llevaba la anulación. Walker se complace en señalar la jugareta.

De consiguiente, según puede verse, en la Guerra Nacional contra Walker hubo de por medio y tuvo que luchar Centro América no sólo contra la famosa "falange de los inmortales", que llegó hasta cinco mil hombres como total de los contingentes que sucesivamente se le despacharon desde California y Nueva York, al decir de la prensa norteamericana que más tarde lo combatió a muerte, sino con los grandes financieros que costeaban el reclutamiento y los embarques. Y este fue factor principalísimo.

XVII

La venganza de Vanderbilt La ruta interoceánica arrancada de las manos de Walker

El profesor norteamericano William O. Scroggs en su magnífica obra sobre los filibusteros y sus financieros (en parte traducida al castellano por el ilustre costarricense Ricardo Fernández Guardia), refiere con interesantes detalles la manera como el multimillonario

Vanderbilt logró vengarse del hombre que le había despojado de la concesión del tránsito de pasajeros a través del territorio de Nicaragua

Scroggs relata los hechos de la manera siguiente "Si bien la situación de Walker seguía siendo crítica, las probabilidades que tenía a mediados de diciembre de 1856 eran mejores que en ningún otro tiempo desde que comenzó la guerra con la coalición centroamericana. El enemigo se había sostenido en Masaya con un costo tremendo, sin haber podido evitar la destrucción de Granada ni infligir a sus destructores el castigo que se proponía. Sus pérdidas en la lucha eran por lo general tres veces mayores que las de los filibusteros, le faltaba buena dirección, lo destrozaban las disensiones y lo azotaba la epidemia. Cañas y sus costarricenses se hallaban tan desalentados desde su encuentro con Walker el 11 de noviembre, que poco después dejaron que ochenta reclutas desembarcasen en San Juan del Sur y marcharan sin molestia hasta la bahía de La Virgen, pasando por su frente, no obstante que el número de los recién llegados era diez veces menor que el de la tropa que Cañas pudo haber traído contra ellos. Las fuerzas aliadas estaban a punto de disolverse cuando vino en su ayuda un nuevo poder

"Durante muchos meses había estado Vanderbilt en correspondencia con los presidentes de las repúblicas centroamericanas, instándolos para que se uniesen contra el enemigo común, y ahora que ya todos los gobiernos habían salido al campo de guerra y los filibusteros se encontraban fuertemente estrechados, comprendió que había llegado la hora de su venganza. En el otoño despachó a San José dos agentes suyos, el inglés William Robert C. Webster y un americano llamado Spencer, para hacer al gobierno costarricense el modo de asestar un golpe mortal al filibusterismo. Spencer y Webster llegaron a la capital el 28 de noviembre y en el acto celebraron una conferencia secreta con el presidente Mora. Este se entusiasmó con los planes de ambos, prometiendo la cooperación de sus tropas. Vanderbilt sabía que un tránsito abierto era el eje de la fuerza de Walker, que si los costarricenses lograban apoderarse por cualquier medio de los vapores del río San Juan, los filibusteros ya no podrían recibir ni reclutas ni pertrechos de los puertos del Atlántico, y que como el paso de los pasajeros por el Istmo quedaría cortado, los vapores del océano tendrían que ser retirados y no llegarían más refuerzos de California. Ya se podría contar entonces con las enfermedades, el hambre y los aliados para obtener un rápido derrumbamiento del régimen filibustero. Además, bloqueando el paso del río, Vanderbilt no sólo se vengaría de Walker, sino que iba a tener la satisfacción adicional de acabar con Morgan y Garrison que lo habían suplantado en el negocio. De modo que abrigaba la esperanza de que por gratitud al auxilio prestado por él para el exterminio de los invasores, el gobierno de Nicaragua le otorgaría una nueva concesión de la ruta del Tránsito, siendo así su triunfo completo."

Todo le salió a las mil maravillas, menos esta última esperanza. Spencer, que había sido maquinista en uno de los barcos del Tránsito y que conocía a las tripulaciones y como a sus propias manos los meandros, bancos y rinconadas del río, sirvió de guía ideal a los

costarricenses, quienes provistos ya de rifles *Minie*, como los de Walker, fueron limpiando el río desde Grey-Town o San Juan del Norte hasta el fuerte de San Carlos, y luego todo el lago, hasta cortar por completo las comunicaciones de los filibusteros por el Atlántico. Así quedó embotellado precariamente Walker en Rivas. Los planes del rudo y poco simpático Spencer se habían realizado y "su amo de Wall Street —añade el historiador— ya no tenía más que sentarse a saborear la agonía de los filibusteros y el total descalabro de sus rivales en el negocio de los vapores"

Pero con "el último filibustero", como también llaman a Walker algunos de sus compatriotas escritores, había acabado al igual la época de los comodores, árbitros y dictadores de las rutas interoceánicas que fueron el sueño dorado de aquél. Había pasado la época del "gran negocio" de Inglaterra en Centro América, justo era que pasara igualmente la de los "comodoros", y que fueran los Estados Unidos, como gobierno, los herederos de ambos "intestados" sobre el futuro canal.

XVIII

El papel que jugó la prensa norteamericana Ironías y anatemas de la prensa neoyorquina

Nada podrá dar a los lectores idea mejor de la clase de pensamientos y argumentos de que echaban mano los amigos, partidarios y admiradores de Walker en los Estados Unidos, como la crónica de uno de los principales *meetings* llevados a cabo en Nueva York para estimular los nuevos reclutamientos de gente para la lucha que se libraba en Nicaragua y las nuevas ayudas con dinero para sostenerla. Los periódicos neoyorquinos de la época daban cuenta de ellos unos en tono zumbón y la mayor parte acre y decisivamente agresivos, sobre todo desde que los verdaderos designios separatistas del filibustero se hicieron públicos, gracias a las enérgicas declaraciones de Goicouría que pronto detallaré. En realidad la gente que promovía los mítines era toda o en su inmensa mayoría procedente del Sur: exgenerales de la guerra de México y "héroes" de la pintoresca aventura de la anexión de Texas. Para convencerse de una y otra cosa no hay sino leer tales pensamientos y argumentos, todos ellos de la más tosca extracción y calidad. Y luego los conoceremos.

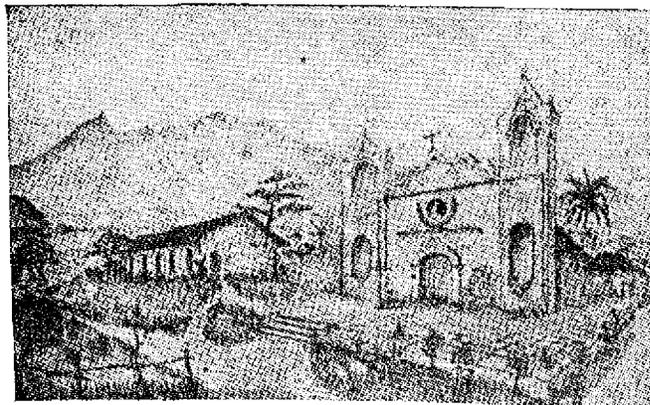
Pero entretanto, tomemos al ocaso dos diarios neoyorquinos de la época, *The Tribune*, del 22 de diciembre y *La Crónica*, en español, del 27 del mismo mes y año (1856). En ambos, de los más importantes de la gran metrópoli del Este, se advierte el odio que sentían ya contra el médico, abogado y periodista de Nashville, que al sur de los Estados Unidos quería fundar un imperio militar y esclavista y asegurarse la línea interoceánica en provecho futuro de los Estados del Sur. Tomándolo sin duda de sus colegas en inglés, que no puntualiza, *La Crónica* ironiza en la siguiente forma: "Bajo el aspecto moral y económico y aun dejando enteramente a un lado el estribillo de la regeneración de Nicaragua, sostenemos que Walker es una buena institución. Desde que él ocupa aquel país,

unos cinco mil voluntarios han salido ya a alistarse bajo sus banderas, desde San Francisco, Nueva Orleans y Nueva York, y es un hecho innegable que casi todos han sido de tal calidad que el desembarazarnos de ellos debe considerarse como un beneficio de la mano de Dios. Y por buena suerte será así y quedaremos en efecto desembarazados de tan perniciosa plaga, pues de más de cuatro mil de aquel total voluntario darán buena cuenta las balas de los costarricenses, los trabajos de la campaña, la vida disipada y los rigores del clima tropical. Por ahí puede verse cómo el país de Nicaragua, bajo la ocupación del general Walker, ha hecho y sigue haciendo el importantísimo servicio de absorber y consumir a nuestros convulsivos filibusteros y a nuestros bandidos salteadores de caminos.

Hubo un tiempo en que Texas hizo este buen oficio, y nuestro grito de salvación era "¡Se han ido a Texas!". Más tarde California fue el "corrincho" de nuestros pendencieros estafadores y de nuestra gente perdida, hasta que finalmente, gracias a la energía de la Junta de Vigilancia de San Francisco, la corriente de estas aguas corrompidas ha sido dirigida por el general Walker hacia Nicaragua, a donde acuden como último recurso todos los desterrados "hijos de la libertad" de California y de otras partes del mundo. Afortunadamente, la tierra de Nicaragua es como hecha a propósito para satisfacer a las necesidades de semejante emigración. Los blancos se dan allí tanta prisa para morir (pues el solo Walker consume seiscientos por mes), que no hay peligro de que se agote la oportunidad para nuevos y continuos reclutas, de suerte que bien pueden acudir allá por millares los pícaros y descamisados de todas partes del mundo bajo la seguridad de que siempre encontrarán allí un lugar vacío que ocupar y hermanos difuntos a quienes suceder."

Y en seguida, refiriéndose directamente a los mitines que se celebraban de preferencia en el San Carlos Hotel y el Club de El Tabernáculo, ambos célebres por aquel tiempo tanto en Nueva York como en Nueva Orleans, hace los cálculos siguientes: "Supongamos que por el efecto de esos mitines se alistén voluntariamente y salgan para Nicaragua en ayuda de Walker unos dos mil pájaros más "de las tumbas", mozos rateros, pendencieros de taberna y demás incorregibles vagabundos de esta ciudad, ¿cuál sería el resultado de su salida? Según los cálculos que hemos apuntado, de estas dos mil alhajas, antes de muy poco unas mil seiscientas quedarán enterradas en los cementerios de la república de Walker, de manera que de los dos mil voluntarios sólo unos cuatrocientos podrán volver a darnos que hacer, y aun es probable que de éstos lo menos trescientos habrán de irse a otras tierras a sentar el modelo de sus fechorías. ¿No sería esto una bendición para Nueva York y muy digna de que se hagan sacrificios para realizarla? Además de que esos voluntarios, si se les manda a Nicaragua, tendrán con ello el consuelo de morir "por una buena causa", de lo cual no les queda ni asomo de esperanza si permanecen en Nueva York. Así, pues, manos a la obra. ¡Aquí de la libertad y la liberalidad! Ya no hay que escasearles los medios de marcharse cuanto antes."

The Tribune adopta un tono serio y no menos duro que el de las ironías de *La Crónica*. Refiriéndose a las



Iglesia de San Juan de Dios, que no pudo ser reconstruida después del incendio de noviembre de 1856. La portada estaba frente a la casa que era de Manfredo Cuadra Soto, próxima al actual Parque Colón. Al sur se ve el Hospital y entre éste y la iglesia, un cementerio.

reuniones del Hotel San Carlos y El Tabernáculo apellida a sus iniciadores y animadores "Los viejos calaveras de la joven América, sabios en la especulación de la patriotería". Y después de una exégesis cruentísima del participio de toda esa clase de gentes en la revolución de Texas y la guerra contra México termina su preámbulo con la afirmación de que el general Jackson, a la sombra de cuyos laureles decían vivir los amigos y protectores de Walker, había sido "el principal sostén de la conspiración que arrebató Texas a México y convirtió a Texas en un estado de esclavitud y en principio de otros muchos del futuro". Y entra en materia diciéndonos "El mal que hacen los hombres vive después de ellos. Un crimen afortunado engendra siempre otros crímenes, con frecuencia más imprudentes e inicuos que su progenitor. Prescindiendo de la guerra mexicana y de sus despojos, nuestro país ha sido por espacio de muchos años el teatro de una conspiración crónica para arrebatarse Cuba a España, a pesar de nuestras obligaciones de paz y buena vecindad. Las excursiones de Walker en la Baja California y en Sonora no fueron más que otras tantas demostraciones de ese espíritu inmoral de aventura y de adquirir oro sin méritos ni trabajo, de que está tan profundamente infestado todo nuestro país. Millares y millares de nuestros jóvenes creen que es insoportable esperar diez o quince años para tener una humilde casa de labranza, siendo así que en México y en la América Central hay "ranchos" y "haciendas" de que pueden apoderarse con sólo matar a sus dueños o echarlos de ellas. El odio al trabajo y el amor al botín forman la base del filibusterismo en el corazón de las nueve décimas partes de sus sectarios."

Prosigue "La reunión en El Tabernáculo, el sábado último, es una manifestación notable de ese espíritu. La mayoría de los hombres que la convocaron y la dirigieron se compone de funcionarios y empleados públicos federales o de la ciudad, y los que no lo son quieren serlo. Los antiguos filibusteros de Texas se hermanaron amorosamente con hombres que habrían sido filibusteros si tuviesen valor para ver un fusil sin encogerse de nervios, pero que prefieren dormir y

engordar en las oficinas de una aduana al ruidoso estruendo y las rudas raciones de un campamento Al-dermanes y empleados de distrito, así pasados como presentes y futuros, diputados, sherifes, agentes de policía, comisarios de puerto, etcétera, fraternizaban tiernamente con excónsules y toda la turba charlatana de Tammany Hall, al paso que se leían cartas del senador Jones, por Tennessee" (el Estado de cuya capital era Walker, oriundo, añadimos nosotros), etcétera

Entre estos generales eran dos los principales Se les daba el mitológico sobrenombre de dos héroes de las tragedias de Eurípides, pues eran por su amistad y comunidad de pensamientos y miras el Orestes y Pylades de la aventura filibustera de Nicaragua. El uno era el general Cazeneuve, que blasonaba de su origen francés y el otro el general Green, que no blasonaba sino de tejano purísimo

XIX

La oratoria de los filibusteros

Curiosa, cuando menos, ha de resultar la exhumación de estos discursos que los partidarios, amigos y más que nada interesados en la aventura de Walker pronunciaban durante las reuniones públicas que provocaban en hoteles y clubes de Nueva York Hacia la gran metrópoli del norte y del este de dirigían los más selectos dardos de la propaganda filibustera Tal metrópoli, con su fenomenal desarrollo, se hallaba en el foco de las ciudades históricas, donde mejor se conservaban las antiguas ideas del republicanismo de Jefferson, Boston, Nueva York, Filadelfia Nueva York comenzaba a soñar con la estatua a la libertad, que mejor sirviera para pronunciar su bienvenida a los millones de emigrantes procedentes de todas partes. Si se lograba que estas reuniones públicas tuvieran allí éxito y resonancia, las causas del Sur, que representaba Walker, se abrirían paso en las arenas prohibidas, y las reuniones análogas de Nueva Orleans, Florida, Mississippi y Estados adyacentes cobrarían imponderables estímulos Por ello los grandes diarios neoyorquinos vivían alertas, y sus críticas, al comentar tales reuniones y tales discursos, son tan ásperamente acerbas A la cabeza de esas críticas, al comentar tales reuniones y tales discursos, figuran las de Tribune, un respetable diario del siglo XIX, cuya fecunda vida sólo se rindió a los golpes de la competencia, medio siglo más tarde, al refundirse en el más antiguo, pero menos respetable *Herald* (una forma heroica de morir que acostumbra- ban los grandes diarios, como los grandes ríos)

Iré interpolando mis comentarios, al margen de los del *Tribune*, cada vez que haga falta, y así comienzo por decir que el presidente de los famosos mítines era uno de los tantos generales que no se sabía de qué lado habían recibido el título, si del de Texas, del de la guerra con México o del de la actual guerra de Nicaragua Pero en todo caso un corazón de filibustero ciento por ciento Lo llamaban "el general Ward B. Burnett" Era sumamente considerado entre sus camaradas y ponía gran énfasis en sus discursos cuando destacaba ciertas palabras y frases: por ejemplo, la

de designar a los filibusteros como "sus conciudadanos de la América Central" y a los otros cuatro países de Centro América que luchaban contra ellos "cuatro naciones extranjeras" Oigamos ahora la forma en que abrió la sesión, según el diario neoyorquino "El presidente anunció el objeto del mitin, diciendo que éste tenía por finalidad preparar otro más numeroso. El fin que se persigue es el de procurar socorros materiales a nuestros conciudadanos de la América Central y hacer comprender a los estadistas de esta Unión (los Estados Unidos) que éstos simpatizan con los americanos residentes en el extranjero Añadió que él (el general Burnett) tanto o más que nadie se identificaba con alma y corazón con sus conciudadanos a quienes invitó para que fueran a Nicaragua, de cuyo territorio se les expelía ahora no por los ciudadanos nicaragüenses sino por los de otras cuatro naciones extranjeras"

Como se ve, el general Burnett poseía una tajante espada con la cual arreglar el mundo en menos de un año los nicaragüenses, que a esas horas peleaban bravamente y casi unánimes contra el enemigo común, habían pasado a ser sus conciudadanos; y los otros cuatro países de Centro América, que estaban derramando su sangre en defensa de Nicaragua y de la suya propia, pasaban a la categoría de naciones extranjeras Y después de esta lógica no es de extrañar la falta de sentido común de los demás discursos. Sigamos transcribiendo los párrafos del *Tribune*

"El juez Gilbert Morton que, según dijo, simpatizaba con Walker, cuando respaldaba sobre su frente un rayo de sol brillante, y no menos simpatizaba con él en este momento en que densas nubes ofuscan su horizonte", propuso que se nombrara una comisión de cinco miembros, los cuales sugiriesen los medios prácticos más convenientes para realizar cuanto antes la deseada ayuda que tanto necesitan los "conciudadanos de la América Central".

Se nombró en efecto la comisión y el *Tribune* nos da aquí los nombres de seis tejanos, de sombrero de ancha ala y manga más ancha aún. Y prosigue "Mientras estos señores maduraban su proyecto de socorro, Mr Appleton Oaksmith, pretendido Ministro de Walker en Estados Unidos, obtuvo la palabra y principió su discurso con una verdad como un puño "Walker se encuentra terriblemente apurado y en imperiosa necesidad de hombres y dinero"

Para comprender mejor estas palabras que sirvieron de exordio a una amplia petición, recordaré que este caballero había sido el secretario e intérprete del padre Vigil, el famoso sacerdote leonés cuyos grandes talentos reconocen los historiadores; pero que bajo el lema de "paz ante todo" y sin tomar en cuenta que la frase se ha hecho sólo para los hombres de buena voluntad, tuvo la debilidad de plegarse a Walker, proclamándolo un pacificador Y el gobierno de Pierce, que a toda costa necesitaba contar con los votos del Sur y no obstante la valiente y tenaz resistencia de su secretario de estado Mr. William L. Marcy, de Nueva York, tuvo la debilidad a su vez de reconocer al padre Vigil como ministro de Nicaragua Harto pagó el gobierno de Pierce esta debilidad, repudiada por todo el mundo antiesclavista y en primer e inmediato término, por el núcleo enérgico de los diplomáticos hispanoamericanos

de Washington, encabezados por los centroamericanos. Y harto con la pública censura de sus verdaderos conciudadanos centroamericanos y la de la historia, el padre Vigil

Pero continúa el *Tribune* "Hasta aquí el orador tenía razón (refiriéndose a la desesperada situación que Walker empezaba a enfrentar), y no hacía sino decir una perogrullada. Pero añadió luego, y lo echó todo a perder, que Walker necesitaba hombres y dinero "para conservar lo suyo". Y lo dijo sin citar a ninguna autoridad en tan importante materia siquiera fuese Proudhon, quien nos dice que la propiedad es un robo y el robo es una propiedad"

Mr Oaksmith prosiguió "No debemos hacernos ilusiones. Existe en realidad un sentimiento seccional con respecto a esta cuestión. Es innegable que el Norte no simpatiza realmente con Walker, mientras que en el Sur el pueblo le es afecto, pues Walker representa sus intereses. Debemos por consiguiente nombrar una comisión que recorra los Estados del Sur y obtenga medios pecuniarios de aquellos capitalistas, al mismo tiempo conviene hacer que se decidan los miembros del Congreso que representan a los Estados del Sur a interponer en las cámaras su influencia a favor de la causa de Walker. De treinta a cincuenta mil pesos en dinero y unos pocos miles de hombres que por este medio se consiguiesen del Sur, bastarían para Walker, para hacer algo más que conservar lo suyo, en vez de correr el inminente peligro que ahora está corriendo"

Como se ve, no se pueden ocultar en estos discursos los sentimientos contrapuestos entre el Norte y el Sur, ni mucho menos el duelo a muerte que entre las dos mitades de la Unión estaba ya planteado y próximo a entablarse. Pero los oradores que imprudentemente se atreven a levantar el velo como el citado Mr Oaksmith, son rarísimos. La consigna viene del Sur: silencio, discreción, secreto, mientras llega la hora. La da el gran partido de la Estrella Roja, y sus rutilantes destellos alcanzan lo mismo a Walker en la América Central que a sus amigos y partidarios en las ciudades del Norte de los Estados Unidos. Nueva York no podía escapar, sino todo lo contrario. Una especie de mafia inexorablemente siciliana se ha regado por todas partes y busca sus oportunidades en las salas y antecámaras de los hoteles, los teatros y los clubes. Pero su enemigo número uno es no menos tenaz, o sean los diarios de mayor circulación y prestigio de Nueva York, quienes después de las revelaciones del exfilibustero de Nicaragua y mártir por fin de la libertad de Cuba, Domingo Goicourría, están más alertas que nunca contra el caudillo de "los ojos grises" de Nicaragua. Nadie más peligroso en esos momentos para las causas más amadas del Norte: la abolición de la esclavitud y el mantenimiento a toda costa de la Unión Federal.

XX

Truenos en El Tabernáculo Monsieur Soulé, consejero áulico de Walker

Dejo transcritos los más elocuentes párrafos de los discursos con que se inició el gran mitin filibustero

de El Tabernáculo, célebre club neoyorquino de la época, y sus fermentos expansionistas. El flamante general tejano Burnett, que presidió la sesión, había llamado "sus conciudadanos" a todos los nicaragüenses, y a los otros cuatro países centroamericanos que se habían unido contra Walker, "cuatro naciones extranjeras". Entretanto, el no menos flamante exsecretario de Nicaragua en Washington, Mr Appleton Oaksmith y ahora pretendido ministro, había hecho la revelación de que con treinta o cincuenta mil pesos y unos pocos miles de hombres habría bastante para que Walker "hiciera algo más que conservar lo suyo". Es decir, para que hiciera algo más por conservar lo ajeno, como donosamente interpretaba en su crónica el *Tribune*. Conforme a Proudhon, padre de economistas, la propiedad de los otros, había comentado el alegre cronista.

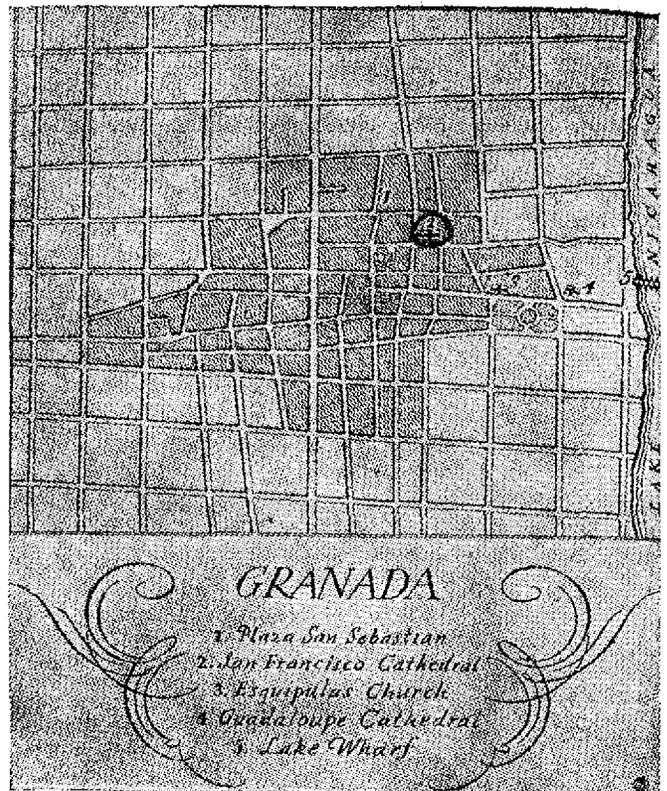
Pero estos son los aspectos que podemos llamar jocosos de la oratoria de El Tabernáculo, padre a su vez cariñoso de todos los filibusteros que habían merodeado y merodeaban por esa época en las turbias aguas del Caribe. Había en cambio una oratoria fuerte, tozuda, montada en cerriles potros como la Guardia Roja que al lado de Walker en Nicaragua echaba a todos los vientos la bandera de "o los cinco o ninguno". De esta oratoria era modelo la del Mariscal Isaiáh Rynders, filibustero de filibusteros, e íntimo de prohombres y senadores esclavistas como el honorable John van Buren, quien dejó esperando con su discurso a la concurrencia en aquella ocasión. Rynders llamó en el suyo, recargado de bilis, gente medio india, medio negra y medio rana a la de Nicaragua, añadiendo que era imposible que gente así supiera apreciar lo que era la libertad (la que les brindaba Walker, desde luego). Hace la historia de la guerra de Nicaragua a su modo y se muestra tan ayuno de noticias que afirma que el presidente don Patricio Rivas sigue firme en su puesto, al lado del ídolo. El *Tribune*, que se va burlando de él a medida que glosa el discurso, le recuerda que hace tiempo don Patricio había rectificado y se hallaba ahora en las filas de los centroamericanos que se unieron como un solo hombre contra Walker. "En lo único que ha acertado el orador, sigue diciendo el reportero, es al afirmar que fue Walker "quien hizo que se eligiese" a Rivas. No hay, añade, ni la sombra de un partido nacional en favor de Walker, ni un solo nicaragüense notable, etcétera. La libertad de aquel país que la gente de Walker está defendiendo es la libertad que tienen unos hombres nominalmente libres para acatar los decretos de Walker y la que tienen los esclavos para trabajar las haciendas de cacao de Soulé".

Viene al caso decir quién es este nuevo personaje de nuestra historia, el célebre senador norteamericano Pierre Soulé, consejero áulico de Walker y la institución esclavista. El fue uno de los tres embajadores de Estados Unidos en Europa que inventaron la no menos célebre conferencia diplomática de Ostende, en la que por sí y ante sí declararon casi que si España no cedía Cuba por las buenas, Estados Unidos debería anexársela por las malas. La tal conferencia, ridiculizada por los propios historiadores norteamericanos contemporáneos, le causó al gobierno de Pierce tantos dolores de cabeza como los que le costó al prestigio de los Es-

tados Unidos y su diplomacia, en Inglaterra, España y Latinoamérica Sin embargo, Buchanan, otro de esos tres embajadores, fue luego presidente, al paso que el señor de Soulé, se convirtió en el más decidido protector del filibusterismo en Centro América Walker hace grandes elogios de su noble, hermosa y atrayente figura Era natural Lo que desde luego tiene buen cuidado de ocultar, pero no así la prensa de Nueva York, es que el magnífico pastor de la esclavitud obtuvo una no menos magnífica concesión de tierras para un "rancho" en las fértiles márgenes del Tipitapa

Y proseguimos con el *Tribune*, quien lanza su sorna al capitán Rynders, devolviéndole la pelota "¿Cómo sería posible esperar que semejante pueblo, como el de Nicaragua, compuesto de gente medio india, medio negra y medio rana, pudiera apreciar esa libertad que les brinda el genial orador? Se necesita la agudeza y la sagacidad de hombres como el capitán Rynders para ver allí más "libertad" que la que hoy gozan los negros del general Quitman y del gobernador Wise Somos, pues, de opinión que el capitán Rynders, compadecido de la densa ignorancia que reina en Nicaragua, se vaya a hacer por allá algunos de sus discursos, llevando su destacamento de filibusteros para que le den los aplausos en que no dejarán de tomar parte de todo corazón las ranas de Nicaragua Ahora que Buchanan ha sido gloriosamente elegido no dudamos que nuestra ciudad podrá pasarse algunas semanas sin el capitán Rynders Cualquiera compañía de seguros, bien enterada del exquisito cuidado que el valiente capitán pone en la defensa de su propia vida, lo asegurará por una friolera, estamos convencidos, aun en Nicaragua No menos convencidos estamos de que cualquiera expedición en que este valiente se meta podrá también considerarse asegurada contra las balas mientras él sea el dirigente de las operaciones "

Pero, sin duda creyendo que esta clase de oratoria así como de la que le precedió, no convencerían al auditorio, otro militar de no menos renombre se pone en pie y lanza su bilis Y ésta no pudo ponerse en mejor camino "Quiso excitar, dice el diario de que estoy extractando, el patriotismo americano, dando a la lucha de Nicaragua el carácter de combate entre ciudadanos de los Estados Unidos y extranjeros, instrumentos de los déspotas de Europa (Inglaterra, sin duda) y de la América Central" Transcribiré párrafos del discurso del nuevo orador, que era el no menos filibusterísimo mayor John P. Heiss, de pura cepa sureña, diplomático y aventurero de minas "Si el general Walker no hubiese tenido más enemigos que el pueblo de Nicaragua, hoy dominaría en paz a toda aquella República Pero los déspotas vecinos trataron de arrojarle del país, instigados para esto y sostenidos por los déspotas de Europa No se trata ya de una cuestión de Walker se trata de decidir si nuestros conciudadanos americanos han de ser o no expulsados de aquel territorio por aquellos déspotas y por los bárbaros naturales del país que han inscrito por lema en sus banderas "Guerra a muerte a todo americano del Norte" No vamos a resolver la dictadura, o la caída de Walker, sino el asesinato de nuestros conciudadanos, o su defensa y protección El pueblo de Nicaragua está por Walker yo he tenido ocasión de persuadirme de ello y lo he visto con mis



Plano de la antigua ciudad de Granada. En el círculo queda la iglesia de San Francisco, en cuyos muros fueron fusilados los dos ilustres oficiales de las tropas guatemaltecas, el coronel Valderrama y el capitán Allende. Su inicuo fusilamiento, por afán de represalia nada más, mereció la condenación de los propios soldados de Walker. Hasta ahora permanecen sus nombres completos ignorados del todo.

propios ojos y está por él, porque Walker no le obligaba al trabajo opuesto a su natural indolencia "

Pero aun pareciéndole poco convincentes estas razones para un auditorio como el que tenía enfrente, desciende a argumentos más persuasivos y que irían más derecho a corazones tan sensibles "Además, no hay un solo hombre de negocios en esta ciudad a quien no hubiesen de resultar grandes beneficios del establecimiento de Walker en la América Central, pues de su gobierno sería necesaria consecuencia un aumento considerable de tráfico entre ambos países nuestros comerciantes serían entonces los que saldrían más gananciosos " Y apoderado en esa forma, súbitamente, de la buena voluntad de su auditorio, ya pudo rematar su discurso plañidamente "por lo que hace a nosotros, los filibusteros, no somos más que unos pobres diablos, sin influencia alguna, sin consideración y tratados como parias por nuestra patria Nuestras fatigas sólo aprovechan a los ricos del comercio y justo sería que ellos se interesaran en nuestra causa y nos tendieran la mano a la hora de la necesidad "

La limosna no podía ser más oportunamente pedida Y por si acaso no se consigue, después de los pobres diablos sin influencia vienen los rayos del Sinaí filibustero "Los naturales de aquel país (Nicaragua) no nos son adversos. Lo repito la lucha es entre

ciudadanos americanos y déspotas de Europa y de la América Central. El grito de guerra que éstos han levantado es el de "muerte a todo americano del Norte" ¿Dejaremos que esto se realice? (Gran griterío; No, no, no!) Fuimos un día ayudados en nuestros

combates para conseguir nuestra libertad y nuestro republicanismo. ¿No iremos hoy a ayudar a los que combaten por la misma causa en la América Central? ¿Tal la grandilocuencia del futuro representante diplomático de Walker en Inglaterra!

CUARTA PARTE

XXI

Ecós de la batalla de San Jacinto

La declinación de la "Estrella Roja" en Centro América

El mayor Heiss había dado la tónica a los nuevos discursos de El Tabernáculo, el gran club neoyorquino de los esparcimientos esclavistas y separatistas. Nada de eufemismos. Se necesitaba poner en la raíz misma de las palabras la roja tea incendiaria con el mismo ardor con que el general Henningsen le había prendido fuego a la ciudad de Granada, la más antigua, blasonada y orgullosa ciudad nicaragüense, para clavarle sobre las cenizas el *inri* del "Aquí fue Granada". La hora gravísima porque pasaban los filibusteros exigían echar mano de todos los recursos de la oratoria, y entre ellos el de levantar y exaltar el fácil sentimiento de la patriotería. Había que hablar del peligro que corrían en Centro América el orgullo y el honor nacionales de los Estados Unidos. Lo mismo que dos años más tarde se vociferaría en el Sur, para compactar a los Estados esclavistas contra Abraham Lincoln. Oratoria "de taberna" alegre y barata, comenta el *Tribune*. Y sin embargo ello no impedía que los oradores bajaran luego de sus alturas para besar la mano de los negociantes, de los financieros, de los comodores, todas aquellas manos que había que abrir a la fuerza para que soltarán sus migajas de oro.

Para entender mejor la índole y calidad de tales discursos hay que saber quiénes eran los oradores, lo que cada cual quería y buscaba. He tratado de ir presentándoselos a los lectores a medida que aparecen en la escena. Pero me falta decir algo más de Heiss. Tenía grandes vinculaciones con los militares de la guerra de México y con los políticos derivados principalmente de ella. La memoria del general Jackson alumbraba su hogar, como los dioses Penates. Creía a pie juntillas en Walker y en el credo de Walker, esclavista, militarista, arrasador de las razas mestizas, sin desdeñar por ello el oro. En este último rasgo se parecía también al héroe, quien a pesar de ser sobrio de cuerpo y alma, enemigo del tabaco, de la copa y de las mujeres, puritano por los cuatro costados, había tenido buen cuidado, según escritores nicaragüenses contemporáneos, de enterrar su tesoro momentos antes del incendio de Granada. En este particular parece que le aventajaba Henningsen, el que le sugirió la idea del incendio y quien al efecto había tenido buen cuidado de llevar consigo a Nicaragua entre las cajas de municiones, pólvora y rifles *Minie*, toda la brea y material combustible necesarios para su nefanda hazaña. Con ella Henningsen y sus mentores y empresarios del ferrocarril interoceánico de Panamá, quisieron asegu-

rarle un éxito sobre Walker mismo al par que el más terrible y decisivo golpe contra los centroamericanos.

El mayor Heiss había ido a Nicaragua llevándole un misterioso mensaje oficial, quizá una buena reprimenda, al ministro norteamericano John L. Wheeler, a quien, por sus inmoderadas simpatías hacia Walker, los centroamericanos le apellidaron el "ministro filibustero", sin que la historia haya rectificado el sobrenombre. Sintiendo cada día crecer sus entusiasmos hacia Walker y Nicaragua, a medida que mejor conocía a uno y otro, es decir las ambiciones ilimitadas del primero y las riquezas *idem* de la segunda, no vaciló en ponerse al servicio de la causa filibustera en cuerpo y alma. Se sintió muy honrado cuando Walker le confió la delicada misión de gestionar el canje del tratado de paz, navegación y comercio con Estados Unidos, del 20 de junio de 1855, y no menos honrado en hacerle compañía al padre Vigil en su viaje a los mismos. Pero, naturalmente, ninguno de esos entusiasmos podía compararse con el que el mayor Heiss sintió al comprar la mina de oro del padre Sosa. Su consocio en el negocio fue el no menos famoso Joseph W. Fabens, a quien luego investiría Walker con uno de los cargos más importantes en las finanzas de la república y quien más tarde fue procesado en Nueva York por sus actividades para enviar a Nicaragua reclutas, armamento y dinero. Me referiré más adelante a este incidente, que dio motivo a un gran escándalo en el *Herald* de Nueva York, pues Fabens, para defenderse, acusó al secretario privado del presidente Pierce, Mr. Seward, de estar implicado en las concesiones de tierras de la Mosquitia. Fabens trataba de enrolar en el proceso el nombre del presidente mismo. Tal era el socio del mayor Heiss en la compra de la mina del padre Sosa, y juntos viajaron a Boston llevando las muestras del mineral, lo que produjo zozobra entre los filibusteros financieristas entregados a negociaciones parecidas. En suma, por encima de todos los entusiasmos filibusteros del mayor Heiss, el principal radicaba en la convicción de haber descubierto en Nicaragua "El Dorado" de los fantásticos tiempos de la conquista española.

Este era, pues, el puritanismo de los oradores del club de El Tabernáculo que ahora trataban de esgrimir como su última y mejor arma. La de que sus "conciudadanos nicaragüenses" tenían que habérselas con los déspotas de Europa y de las otras "cuatro naciones extranjeras de Centro América". Y que juntas ambas

clases de déspotas luchaban contra los intereses y el honor de los Estados Unidos

Pero en el fondo había algo más, y eran los rumores confirmados que habían llegado a Nueva York y a todas partes de Estados Unidos, de los primeros serios reveses de Walker. Vanderbilt, que vivía excitando a los otros países de Centro América para intensificar la lucha de Nicaragua, propalaba la próxima caída de los vapores del río San Juan y el lago en poder de los costarricenses. El propio día de Christmas, en la víspera misma de estos mitines del hotel San Carlos y el Tabernáculo, había publicado un anuncio en el *New York Herald*, previniendo a los antiguos accionistas de la Compañía del Tránsito estar preparados para la recuperación de sus derechos "tan injustamente usurpados". Se sabía que Guatemala, la más fuerte de aquellas "cuatro naciones extranjeras", estaba dispuesta a enviar más tropas, si hacía falta, y aun a ponerse al frente de ellas el presidente Carrera, al paso que en El Salvador el general Gerardo Barrios, que gozaba del más alto prestigio, organizaba otra expedición de mil ochocientos soldados.

Pero había sido la Batalla de San Jacinto del 14 de septiembre, la que más había desmoralizado a los partidarios de los filibusteros. Se decía, no sin razón, que tal batalla marcaba el comienzo de la declinación de la Estrella Roja que flameaba en sus estandartes. De escasa importancia en cuanto al número de combatientes, la había tenido inmensa en lo que hace a la parte moral. Los historiadores difieren en el número de combatientes, pero están acordes en que las tropas nicaragüenses, las más fogueadas de la vieja guerra civil entre León y Granada, a quienes les cupo íntegramente la gloria de esa jornada, estaban en número que no llega al doble, ni con mucho, a la de los atacantes filibusteros.¹ Los oficiales que mandaban a los nicaragüenses habían dado tales ejemplos de arrojo y sacrificio, que bien merecían un lugar en las más recias páginas de Esparta o de Atenas. Las bayonetas, los cuchillos y hasta las piedras habían cumplido su parte heroica, desesperada y definitiva. Del lado de los filibusteros las bajas eran sin precedentes. Habían tomado parte en la acción oficiales del calibre de Calvin O'Neal, excepcionalísima flor entre el fango filibustero. Y había otras noticias aún más desconcertantes: la fuga completa y dispersión de los atacantes y la muerte de su propio jefe Byron Cole. Este era nada menos que el autor de la gran aventura walkeriana. El que había contratado con Castellón, el que había convenido a Mr. William Chapman Ralston, fundador del Banco de California, para que ayudara a organizar y financiar la gran aventura.

¹ Respecto al número de combatientes por cada parte, difieren los historiadores de la Batalla de San Jacinto. Aquí hemos preferido seguir la opinión de Jerónimo Pérez, uno de los mejor informados, por haber escrito sus Memorias a raíz de los acontecimientos, y quien afirma que fueron 120 rifleros norteamericanos contra 160 granadinos. Esta es además la cifra más equitativa admitida por la mayor parte de escritores. En la última, voluminosa y erudita obra sobre "La Guerra Nacional", de Ildofonso Palma Martínez, escrita como digna conmemoración del primer centenario de la guerra (Edición del Centenario, 1856-1956, Imprenta "Aldina", Rossell y Sordo Noriega, Managua, Nicaragua), se hace subir el número de los combatientes norteamericanos a 300, fundándose, probablemente, en el aserto del "combatiente Alejandro Eva". Pero "el relato de Manuel Borge, veterano de la Guerra Nacional", transcrito a continuación del otro, repite lo de los 120 rifleros, al paso que el propio "parte oficial" de la batalla, del coronel Dolores Estrada, el heróico jefe que la ganó, sólo se refiere "a más de doscientos hombres" como total de los que lo atacaron. (Ver la misma obra aludida de Palma Martínez)

La Batalla de San Jacinto, en suma, había invertido los papeles. Al paso que los entusiasmos por Walker se congelaban en el corazón de sus compatriotas, los centroamericanos empezaban a cobrar formas respetables.

XXII

El amigo número uno y el enemigo número uno

El *New York Tribune* aquilata perfectamente el momento porque pasan los amigos y admiradores de Walker reunidos en el club de El Tabernáculo. "Al desmayar la causa de la piratería en Nicaragua —dice al hacer su crónica de las sesiones—, no era posible que los cofilibusteros de Nueva York y otras ciudades de la Unión dejaran de intentar un último y desesperado esfuerzo. Había que salvar, si aún fuere posible, los últimos restos de esperanza. En ello les van las "haciendas", las "isletas" y los "territorios" que por un precio nominal les vendió Walker como parte de la propiedad robada a los nicaragüenses, y a cuenta de "simpatías" y en pago de mitines, agencias, proyecto de expediciones y demás servicios prestados a la causa. Para estos activos y desinteresados agentes del "bienestar" de Nicaragua, el triunfo de Walker es un asunto vital, es cuestión de bolsillo. Tras tanto trabajar en los corredores del Capitolio, en los ministerios, más o menos simpatizantes, de la capital federal, y en los hoteles y demás lugares *ad hoc* de enganche y reclutamiento, no habían de desistir y entregarse a la inercia en el momento más crítico. El resultado sería la súbita desaparición de esas perspectivas de colosales especulaciones y de lucros enormes que desde la conquistada república de Nicaragua (si a conquistarse llegara) sonríe a los desprendidos fabricantes de regeneración y ventura nicaragüenses. Llegó, pues, el caso de jugarse el todo por el todo. "Nada de vergüenza", dijeron los compradores de la América Central. "No finjamos lo que no tenemos". Y de aquí los mitines de simpatía y socorro para Walker que acaban de celebrarse en Nueva York en las noches del miércoles y el sábado de la última semana."

En tales mitines no habían faltado, como era natural, los vivos y los muertos cada vez que los fogosos oradores mentaban el nombre de algún héroe ausente o de algún réprobo. Entre esos primeros héroes destacábase, desde luego, el nombre de Mr. John L. Wheeler, el ministro norteamericano en Nicaragua, destituido por fin en esos días. Y entre los réprobos, para quienes la sátira de los oradores y el odio no reconocían fronteras, el primer lugar lo ocupaba Mr. William L. Marcy, de Nueva York, el secretario de Estado en el gobierno de Mr. Franklin Pierce. En la odisea walkeriana, ambos, el ministro diplomático y el secretario de Estado, representaban los términos extremos de un binomio absurdo, mejor, si se quiere, dos puntos antitéticos de un dualismo diplomático imposible. Wheeler representaba al amigo número uno de Walker y Marcy al enemigo número uno. A la larga, había podido más Marcy, aunque ya Wheeler les había hecho a los centroamericanos todo el daño que le había sido posible. Pero sobre todo, fueron los acontecimientos y la his-

toria los que le dieron la razón a Marcy, por más que Walker le llame en su libro a cada rato "viejo" e incapaz por ello de comprenderlo. En efecto, Walker no llegaba a los treinta y tres años y Marcy pasaba de los sesenta, y por eso aquél defendía sus derechos al monopolio de las ideas y el saber, con lo cual cultivaba mejor su verdadera y única ambición, que era el monopolio indisputado del poder. Pero como a la larga prevalecieron la madurez política, la sagacidad y la experiencia de Marcy, a pesar de "su vejez", la América Central no cayó en la esclavitud, ni sus razas fueron barridas, ni sus propiedades confiscadas, como pretendía el joven de los treinta y dos años cumplidos. Tampoco los Estados Unidos se dividieron en dos naciones, que a estas horas competirían entre sí y serían pasto de las maquinaciones europeas, sino por el contrario, hicieron pedazos para siempre la institución de la esclavitud, lograron salvar su unidad y la unión de todos sus Estados y todos sus ciudadanos, y Abraham Lincoln, otro viejo, es hoy la figura más amada, admirada y venerada de su pueblo.

Pero naturalmente, los filibusteros y oradores de El Tabernáculo no entendían nada de esto. Walker representaba la juventud y Centro América la vejez prematura, irredenta y en plena caducidad. Sólo la esclavitud podía salvar al mundo, tal como lo habían proclamado Walker y Mr Wheeler. Y Mr Marcy, el secretario de Estado, no era más que "una patata jacksoniana", según proclamó en su discurso de clausura el general Green, de Texas, universalmente reconocido por sus amigos como "el Pylades de la Odissea filibustera" y quien con el General también tejano Cazeneau, el Orestes de la misma y flamante organizador del reclutamiento llamado por Walker y sus amigos "Colonización", compartía el trono de los mitines del Hotel San Carlos y El Tabernáculo. Habló poco, pero bueno, comenta el *Tribune*. Y he aquí el discurso de Green: "Señores: más se acomoda mi condición a pelear que a echar discursos. (Grandes vivas y aplausos). La acción, no la palabra, es el deber del soldado. Nos hemos reunido para excitar un ardiente espíritu público de simpatía en esta ciudad, es decir, para desbaratar los planes de Marcy o de cualquier otro pastelero político de librea blanca que se ponga a Walker. (Grandes mueras y aplausos). Siempre he estado por que se proteja a los americanos en sus derechos. Bajo el régimen del viejo Jackson fui a Texas, y allí presté la ayuda de mi brazo para conquistar aquel Estado en favor de la libertad, a despecho de todas las leyes de neutralidad que existían entonces como existen ahora. El general Jackson era un hombre de corazón grande y desafiaba aquellas leyes para ver si eran capaces de levantarle suficientes obstáculos como para impedirle llevar a cabo aquella empresa gloriosa. Pero en lugar de Jackson tenemos ahora, según yo creo, a un hombre que no es sino una insignificante patata jacksoniana. (Grandes risas). Ese hombre nos quiere impedir que enviemos socorros a los hombres, a las mujeres y a los niños que están padeciendo en un país no protegido con su pabellón. Deseo que se declare un sentimiento público de simpatía, el cual pueda hablar así "aqueel hombre" y a los demás que piensan como él, para que cuando menos nos permita a nosotros ir al rescate de

nuestros conciudadanos que sufren en Nicaragua". (Aplausos y más aplausos)

Después de lo de "la insignificante patata", arremetió todavía el orador contra el presidente Pierce. Al terminar declaró "que ni el presidente Pierce ni el secretario Marcy han seguido la política trazada por la doctrina de Monroe, como debieran haberlo hecho si hubieran querido ser fieles al Mensaje inaugural del actual presidente"

Y muchos más oradores, unánimes todos en alabar a Mr Wheeler y denostar al secretario Marcy, desde el general Duff, quien según el *Tribune*, representaba a la parte piadosa de esa asamblea y cuyas palabras transcribe y comenta en la forma siguiente: "El orador fue del todo concluyente y no creemos que el fraile Tuck lo hubiera hecho mejor. Pero, ¿cómo recibirán estas suaves medidas de cristianización y civilización sugeridas en su provecho por tan eminentes santos como Duff, Rynders y Green, los medio indios, medio negros y medio ranas de la América Central, según los llaman estos oradores?" Desde el general Duff, decía, hasta el general Wheat, no menos flamante y cuyo apellido en inglés marcaba la orientación de lo que efectivamente iban persiguiendo los oradores. Todos arremetían contra Inglaterra, llamándola la peor despota de Europa y de la cual eran fieles vasallos los déspotas de Centro América en su lucha contra Walker, el Ángel de la Regeneración centroamericana. El *Tribune* se divierte con los trocitos de su discurso: "Sus palabras de amor selladas en los labios de su digna madre cuando ésta daba el beso de despedida al hijo en cuyas venas corre la sangre bulliciosa del Sur y la pura y noble de la caballerosa Escocia. El alma de Walker tiene un gran temple, bien lo sabe el orador, y por ello en ningún tiempo ese capitán osado y magnánimo cejará un punto de su propósito. Jamás retirará un pie de la tierra de sus conquistas hasta haber afirmado en ella su dominación. Allí establecerá una república, allí civilizará a aquella raza degenerada. Y si esto no lo consigue, sabrá parecer víctima de una causa heroica." Y terminó: "Cuan el valiente Henningsen nos llama en la hora del peligro haciendo ondear desde Nicaragua la bandera que heroicamente defiende, ¿habrá un solo americano que deje de acudir a su socorro?" "Oyéronse repetidas voces —dice el *Tribune*— que gritaron "¡No, no, no!", y hasta una que echó el terno de "¡No, by God!", que es el más solemnemente tabernario, pero que fue considerado por el respetable auditorio como una confirmación quintiliana de la grandeza parenética del orador"

Sin embargo, y a pesar de este triunfo sin precedente del general Wheat —concluye el referido diario neoyorquino— "ni uno solo de los del mitin salió de la sala a embarcarse para Nicaragua"

XXIII

Héroe en Cuba y verdugo en Nicaragua

Se ha necesitado casi un siglo para que los primeros entusiasmos biográficos sobre Walker en Estados Unidos empezaran a enfriarse. La serenidad histórica

es un río que corre con dificultad, pues necesita vastas llanuras, que sólo proporcionan la lenta depuración y cauces mejores. Los jordanes para rebautizar a los héroes que se formaron entre las altas y brumosas cimas, que es el reino de las tempestades, son tardíos y escasísimos. Obras como las de Laurence Green sobre Walker y los filibusteros, han requerido ser escritas setenta y tantos años más tarde de la muerte de Walker. Y sólo así se van haciendo cosa juzgada y hundida en las sombras eternas del pasado las ardientes apologías de los amigos y partidarios, y sobre todo interesados en la obra de Walker, de aquellos tiempos. Los discursos de los clubes walkerianos de Nueva York (llamémoslos así, en recuerdo y onomatopeya de los clubes jacobinos de la Francia de la revolución) clamaban por acudir al socorro de los pocos héroes que aún quedaban con vida en Nicaragua, y sobre todo a vengar a los miles de muertos. Walker a cada rato lanzaba la voz cantante: "Mis muertos, los valientes muertos que dieron su vida en defensa de la esclavitud". Pero ni en esto habían sido valientes sus muertos, ni siquiera en ser libres, por lo menos al escoger la lucha por la esclavitud. Extrañas pero reales antinomias que casi resultan cabalísticas para nuestros tiempos. Aquel autor contemporáneo nos dice al respecto de tales muertos: "Esa es una engañifa. Aquellos valientes muertos habían sido reclutados en los campamentos de mineros de California, en las tabernas de todo el país y el arroyo de las calles del mundo entero. Siendo incapaces de ganar, procuraban arrebatar" (Laurence Green, *The Filibuster*, Nueva York, 1937).

Pero aquel levantarse del telón de boca tras un siglo, para descubrir por fin la escena macabra, imponderablemente macabra y nefasta, de la obra de Walker en Nicaragua, y la cual no dejó para perpetuidad de la historia sino una cosa buena: la demostración paladina y elemental de que los centroamericanos no pueden valer nada mientras quieran permanecer en calidad de miembros arrancados de un solo cuerpo físico y una sola alma nacional: ese levantar del telón para restaurar la figura de Walker y sus planes —aparentemente grandiosos— tal como eran, tuvo lugar en menor escala y en forma puramente parcial en sus propios días. El héroe y mártir cubano Domingo de Goicouría, que murió en el cadalso por la libertad de su patria (émulo de tantos centenares de cubanos más) y quien en Centro América peleó al lado de Walker, creyendo en él, y que al terminar su obra en Nicaragua enderezaría sus planes libertarios hacia "La Isla de la Estrella Solitaria", fue el primero que lo conoció y el primero en abandonarlo. Harto costó a su fama póstuma ese tardío conocimiento, porque mientras estuvo en Nicaragua, al frente de su falange no mayor de cuarenta cubanos reclutados por él mismo en Nueva York, unidos y fervorosos creyentes todos en el santo y seña de "libertad a Cuba a toda costa sacándola de las manos de los españoles", ganó repetidas veces un nombre que nada tiene que ver con el de mártir de la libertad: el de sátrapa, tirano y verdugo para con los centroamericanos. Al punto de que el escritor delicioso y conocedor a fondo del tema, Calderón Ramírez, le dedica en su anecdotario de Walker un capítulo bajo el rubro

que registra en letra lapidaria el casi inconcebible dualismo de la odisea de Goicouría: "Héroe en Cuba y verdugo en Nicaragua".

Y pinta las dos tragedias antitéticas de su vida. Cuando ya hacía diez años Walker había sido pasado por las armas en Trujillo, en su tercera y última intenciona sobre Centro América, Goicouría hallaba la muerte en el cadalso en La Habana. Había logrado llevar a la Isla, por fin, una expedición organizada en Nueva York para la lucha por la independencia: ¡El sueño dorado de toda su vida! Fue hecho prisionero y condenado a la pena de la estrangulación por el ominoso instrumento del "garrote", pena que a petición de su defensor le fue rebajada a la de "simple" fusilamiento.

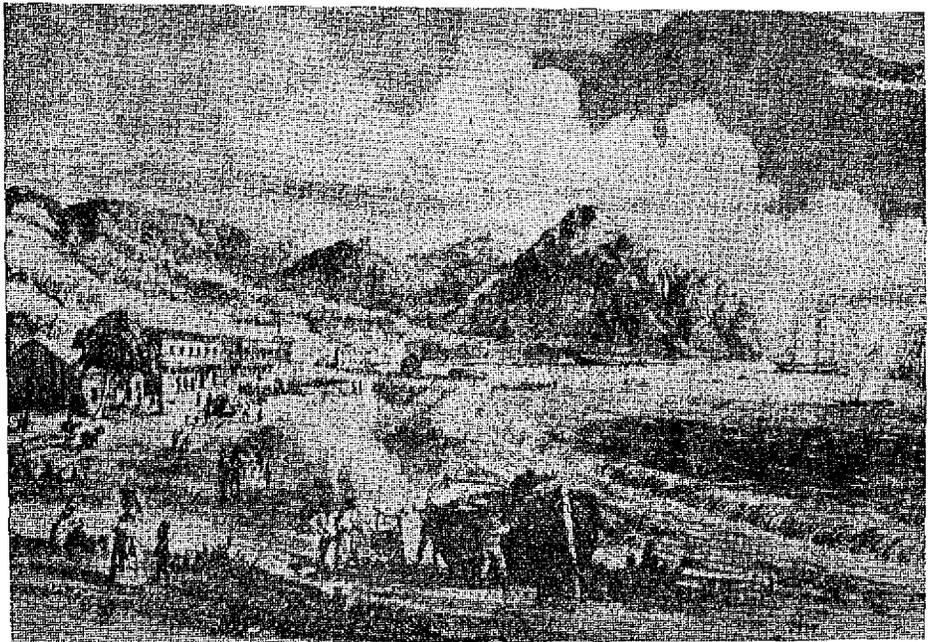
Hasta el último momento conservó en su luminoso rostro la imposibilidad que le había caracterizado toda su vida, y sus últimas palabras fueron, como en los labios de todos sus compañeros de ideal: "Muere un hombre, pero nace un pueblo". Y sin embargo, aquel hombre hermoso de alma y cuerpo, al lado de Walker se portó como una fiera cruel y sin entrañas. ¿Acaso el poder de las malas compañías? ¿O la letal influencia implacable de la guerra sin cuartel? Ello es que —cuenta Calderón Ramírez— al debelar la revuelta contra Walker armada por los chontaleños de Nicaragua, Goicouría quedó dueño del campo. "Cayó un infeliz soldado en poder de este jefe y allí, en la plaza de Juigalpa, dio la orden de que fuera pasado por las armas. Llamábase Juan Luna el prisionero, y su madre, una anciana enferma, de rodillas suplicábale que perdonara a su hijo. Impasible escuchó el ruego y ni un soplo de piedad agitó el espíritu de aquel hombre. Se efectuó la cruel orden, mientras la anciana corría por la plaza, hecha una loca, mesándose los cabellos. De su pecho salían gritos lastimeros, que vibraban pidiendo al cielo castigo y reparación por tan espantosa iniquidad." Refiere en seguida el autor cómo Goicouría fusiló a otro oficial y a otro soldado poco más tarde y luego a un tercero "quien fue ejecutado por la espalda por haber incurrido en el crimen de defender la libertad de su patria." "Los pueblos, caseríos, valles y villorios de Chontales se estremecieron de pavor mientras duró aquel viaje de pacificación de subalterno de Walker. Multiplicó las ejecuciones con el propósito de intimidar a los rebeldes, y poco después, cuando retornó a San Ubaldo con ánimo de embarcarse, en el muelle del puerto apareció ante él, como un espectro fatídico, la madre de Juan Luna, lanzando imprecaciones contra el verdugo de su hijo. Ordenó que la apartaran sin hacerle daño y él continuó en la operación del embarque de su tropa. Erguido en la popa del buque, el jefe cubano parecía profundamente pensativo: fijaba la vista en la ribera y observaba cómo corría por la playa la infeliz madre, arrancándose las blancas guedejas, oprimida por el dolor, profiriendo rugidos de ira contra él." Y todavía, cuando el barco empezaba a perderse en la lejanía, llegaba como un eco a sus oídos la imprecación de la anciana: "¡Maldito, maldito, maldito!"

Jamás ha de haber olvidado estas palabras Goicouría, sobre todo a la hora de su muerte en el cadalso. ¿Cómo puede haber tales desdoblamientos en un alma fuerte y heroica como la de aquel hombre,

La retirada de los costarricenses.

Fue ésta una de las páginas más crueles de la guerra. El cólera morbus empezó a diezmar el ejército costarricense y éste tuvo que abandonar la campaña precipitadamente.

Dos golpes como los de Santa Rosa y Rivas hubieran acabado con la moral de los filibusteros, aunque lo más probable es que mientras Walker pudiera disponer de la ruta interoceánica y dado el estado de ánimo en que aún estaban los norteamericanos, fieles a la inflexible política de "retorcerle todo lo más posible la cola al león inglés", las correntadas constantes de reclutas hubieran acabado con el ejército costarricense.



cuya vida en plena florecencia oscila entre estas dos grandes tragedias contradictorias? Por mi parte, me atrevo a pensar que, obsesionado y apasionado el héroe en Cuba y verdugo en Nicaragua por su idea fija, no tenía ojos para más. Quería que la empresa de Walker terminara cuanto antes para que comenzara la otra soñada por él. Por otra parte, había que mantener en alto la bandera, conservar la confianza de Walker y sobre todo mantener en Walker la seguridad de que Goicouría era el hombre que en aquel momento se necesitaba para la aventura de Cuba.

Sea de ello lo que fuere, lo que importa principalmente es saber que en la tragedia de Walker, o sea en la rápida declinación de su estrella en los horizontes de su tierra natal, Goicouría, que había vivido de ilusiones con respecto al filibustero, desempeñó un papel imprevisto, rotundo y definitivo. Su ruidoso rompimiento con Walker, que halló su más apropiada caja de resonancia universal en las páginas del *Herald* de Nueva York, y sobre todo la publicación de la carta de Walker que guardaba el más recóndito de sus secretos y la última y más vasta de sus ambiciones, vinieron a significar para el capitán de los piratas y sus amigos y partidarios, algo así como el *Mane, Thécél, Phares* del bíblico festín. Sólo que esta vez, a falta de buenos intérpretes como Daniel el profeta, los buenos y malos diarios de Nueva York tradujeron los días de tu soñado imperio están contados, y más aún los años de tu corta vida. En mayo de 1857 se cumplió la primera parte de la profecía, y el 12 de septiembre de 1860 la segunda en las playas de Trujillo, bajo el sol rutilante del trópico.

XXIV

La "Justicia" de Zavala El fusilamiento de Alejandro Lainé

"Día malo", pero de veras muy malo, como dirían los viejos mayas de nuestra tierra al designar los cinco días últimos, sueltos y sin santo patrón, del año solar, debe ser considerado el 11 de enero de 1855. Peor

no pudo ser en los anales de la buena amistad y mejor comprensión que debió haber siempre reinado entre nuestros países de la América Española. En los libros de historia los retratos de Simón Bolívar deben haber fruncido el ceño ante esa fecha. Y ya no digamos los propios próceres centroamericanos que por excepción fueron verdaderamente hombres superiores: entre ellos don José Cecilio del Valle, que fue el inspirador y redactor del decreto que convocaba a reunirse en una confederación general de amistad íntima y estrecha interdependencia a todas las naciones del continente. Y don Pedro Molina que llevó la nueva buena de este decreto por todas partes, llegando en su entrevista de Nueva Granada con don Pedro Gual, el ministro de relaciones exteriores de Bolívar, hasta sacrificar la primacía de sus gestiones diplomáticas ante los demás países de Sudamérica con tal de dejar el campo libre a Bolívar y a su Congreso de Panamá, de 1826, que ya éste tenía planeado.

Si la invasión de los filibusteros en Centro América es un hecho lastimoso y nefasto en la historia de las buenas relaciones continentales, la fecha referida del 11 de enero, en que Walker pactó con el cubano Francisco Alejandro Lainé, enviado y apoderado especial de don Domingo Goicouría, el "Mártir en Cuba y verdugo en Nicaragua" de que he hablado anteriormente, la activa y decidida cooperación de su falanga de cubanos con la de los filibusteros de Nicaragua, viene a resultar un hecho doblemente execrable. Como que él vino a significar la cooperación de hermanos de sangre, de idioma y de raza en la matanza de los hermanos de Centro América.

El pacto entre Walker y Lainé estipulaba que los cubanos revolucionarios que habían recaudado fondos para luchar por la independencia de su patria, los cedían, a fin de cooperar en la obra de consolidación del gobierno de Walker en Nicaragua. Y en seguida, que Walker se comprometía bajo su palabra de caballero a contribuir con su persona y con hombres y dinero a la liberación de Cuba en cuanto terminara su campaña de Nicaragua.

Como lo veremos en este estudio, Walker acari-

ciaba grandes proyectos sobre Cuba. La posición estratégica de la Isla, que podía y puede llamarse la puerta de oro de entrada a la Florida y por ende a los demás Estados del Sur de los Estados Unidos, venía a ser en sus sueños y experiencias, algo así como el Golden Gate, la llamada "Puerta de Oro" que da entrada a la hermosa bahía de California, en el extremo sudoccidental de los mismos. Entre ambos puntos corría una línea imaginaria maravillosa del Atlántico al Pacífico. Sin duda de eficacia más inmediata y positiva que el ferrocarril con que soñaban los del Norte y que repelían los del Sur. Eje, en fin, perfectamente trazado entre el Este y el Oeste de la gran nación cuyo crecimiento gigantesco estaba abocado a la crisis inevitable de una guerra civil a muerte. Por lo demás, los aristócratas del Sur eran insaciables en su deseo de conseguir nuevos territorios esclavistas para compensar la fuga del Estado de California entre las manos de los antiesclavistas del Norte.

Walker, como la inmensa mayoría de los sureños, abrigaba el temor de que la Isla pudiera caer en poder de Inglaterra o convertirse en una república negra como Haití. Había en ella una numerosa población esclava y el presidente Polk había propuesto desde 1848 que España se la vendiera a los Estados Unidos por cien millones de dólares. Ante el rechazo rotundo y desdenoso, se habían armado las expediciones filibusteras contra la Isla, que algunos, como el presidente Taylor, condenaban, pero que otros, como los presidentes Fillmore y Franklin Pierce (el del tiempo de Walker) veían con ojos de tolerancia. Un año antes de la aventura de Walker en Nicaragua estuvo a punto de suscitarse la guerra con España (el caso del "Black Warrior"), pero la prudencia del ministro de Estado William L. Marcy, el mismo a quien hemos visto forcejeando contra William Walker y contra el ministro americano en Nicaragua, salvó la situación. La conferencia de Ostende, a que ya también me he referido, entre tres embajadores de los Estados Unidos en Europa, vino a rematar el proceso de la cuestión de Cuba, que Walker había soñado hacer virar en redondo a su favor. No en vano Mr. Pierre Soulé, el senador esclavista de figura patriarcal y uno de aquellos tres embajadores, soplaba a sus oídos: "En el progreso de los acontecimientos humanos —había proclamado a grandes voces el "Manifiesto de Ostende"— ha llegado ahora el momento en que los intereses vitales de España dependen tan estrechamente de la venta de Cuba como los de Estados Unidos de su compra". Con el dinero de esa venta —añadía— España podrá convertirse en un centro de atracción para el mundo de los viajeros y sus viñas podrán producir "una cantidad mucho mayor de excelentes vinos". Y terminaba: Si España es tan poco razonable que se niegue, "todas las leyes humanas y divinas justificarán que se la arrebatemos si contamos con fuerza para ello". Todos estos argumentos y sobre todo el último, sonaban bien en los oídos de "El Rey de los Filibusteros", como ya el *Picayune* y otros diarios de Nueva Orleans y de otras partes apellidaban a Walker.

De suerte que su sueño era profético. Cuba es un punto clave en la geografía de los Estados del Sur. Cuba, en una guerra entre el Norte y el Sur, y en com-

binación con una poderosa escuadra en el Caribe, con todo el oro de California pasando por la vía del Tránsito a través de Nicaragua, no con destino a Nueva York, como ahora sucedía, sino a Nueva Orleans, ítem más, para coronamiento de todo lo anterior, con una alianza, o por lo menos las simpatías de Inglaterra, de Francia, de Rusia y de todas las demás naciones europeas que querían atajar a toda costa las desenfrenadas expansiones de los yankees (así llamaban Walker y los del Sur a sus odiados "enemigos" del Norte, "destazadores eternos de cerdos y cantores eternos de salmos") completaban el cuadro del inmediato porvenir lleno de sol, alegre como las milagrosas noches del bíblico Josué, que él, Walker, había aprendido a admirar allí en los místicos claustros de la universidad de Nashville. Sólo hacían falta las trompetas de Jericó, y ellas estaban en sus manos.

Tal la visión que bajó a los ojos grises y fríos del Rey de los Filibusteros al firmar el pacto con Francisco Alejandro Lainé, enviado de Goicouría, en aquella caliginosa tarde del 11 de enero de 1856. En virtud de ese pacto, en marzo siguiente llegó a Nicaragua el propio Goicouría, con sus doscientos cincuenta reclutas, pagados aún por Vanderbilt, entre ellos unos treinta o cuarenta cubanos. ¿Qué extraño fenómeno de transmutación de valores se había verificado en el alma de estos últimos, como para hacerles "héroes en Cuba y verdugos en Centro América?"

Sólo adelantaremos que cuando Lainé, ya hombre de toda la confianza de Walker y su primer edecán, fue cogido en una trampa por los soldados guatemaltecos del coronel Víctor Zavala, en octubre de 1856, éste les preguntó, según se cuenta:

—¿Habla el prisionero español?

—Sí, mi coronel, perfectamente.

—Pues, entonces, que lo amarren a un árbol y lo fusilen por la espalda. ¡Su traición es doble!

XXV

Héroes centroamericanos anónimos

Si el jefe de la falange cubana Domingo de Goicouría no se llevó bien con Walker, debido a la oposición de caracteres e ideas fundamentales, en cambio los hombres de la falange le fueron muy útiles a éste. Desde su arribo, en marzo del 56, como acabo de decir, el "Rey de los Filibusteros", que ya se creía tal, escogió a dos de ellos para sus principales edecanes. Ellos fueron Alejandro Francisco Lainé, el mismo que había celebrado con él el convenio a nombre de Goicouría, y Manuel Francisco Pineda, ambos de la flor y nata de los jóvenes oficiales cubanos que más habían trabajado y conspirado por la Independencia de su patria. Otro cubano que recibió puesto de primer orden en la administración filibustera fue el teniente Francisco Agüero, hecho prefecto del departamento oriental nicaragüense y que había nacido en Puerto Príncipe, uno de los distritos de la Isla de más fervorosa devoción revolucionaria contra la dominación española. Así Walker se preparaba, seleccionando sus mejores colaboradores, para cuando llegara el momento de lanzarse sobre Cu-

ba, comenzando la segunda etapa después de la conquista de los cinco países centroamericanos

Con el tiempo, todos estos cubanos fueron reduciéndose en número. Algunos, los menos, entre ellos José Machado, apodado *Luis French*, murieron en el campo de batalla, y muchos más cayeron víctimas del común devorador insaciable de ambos campos combatientes: el cólera morbus. El rompimiento entre Goicouría y Walker, en agosto de 1856, desanimó al resto de la falange, muy pocos de cuyos miembros llegaron con los filibusteros hasta el fin. La mayor parte o se pasaron al campo aliado o se apresuraron a regresar a Nueva York, al lado de su verdadero jefe Goicouría.

En cuanto a Lainé, joven, arrogante y primer edecán de Walker, y a quien éste profesaba la más sincera admiración por su temeridad y arrojo en los trances más peligrosos de la ofensiva —estrategia equivocada que los filibusteros siguieron como sistema—, su referido fusilamiento por Zavala está íntimamente unido al de los dos heroicos oficiales guatemaltecos casi anónimos hasta ahora: el teniente coronel Valderrama y el capitán Allende, hechos prisioneros en los alrededores de Jalteva, en una de las tantas escaramuzas que siguieron a la desocupación de Granada por parte de los aliados. Fueron mandados fusilar por el sombrío e impasible jefe de los filibusteros, sumarisimamente y sin más razón que la de la represalia, según él mismo no tiene empacho en confesar con su acostumbrado laconismo. Otra prueba, y una de las más históricas, de la falta de tacto y conocimiento de los secretos resortes de la naturaleza humana, por parte del pretendido Rey de los Filibusteros. Ya en otra parte me he referido al sobrehumano estoicismo con que ambos oficiales recibieron la muerte, pronunciando frente a ella y casi en el momento mismo de recibirla, frases de serenidad tales que bien merecerían ponerse al lado de las más célebres de la antigüedad heroica. “¿No es la Muerte una dama? —había dicho Allende a su compañero al negarse a que se les vendaran los ojos y a sentarse en el fatal banquillo— Pues recibámosla con toda la cortesía que se debe a una dama, de pie y mirándola.”

Si Walker hubiera tenido un poco de tacto político, ya no digamos tacto diplomático, no hubiera fusilado a esos dos dignísimos oficiales, que no habían cometido más delito que defender el honor de su bandera y la libertad de su tierra. Los mismos biógrafos y escritores filibusteros condenan a Walker por esa injustificada muerte: entre ellos, el padre Ross, testigo ocular, que es quien refiere la anécdota salvando del olvido la frase aquella.

Jamison, otro testigo ocular, nos dice: “En toda mi vida nada me ha emocionado más que este tristísimo suceso. El coronel Valderrama y el capitán Allende eran caballeros de superior cultura, indudablemente acaudalados, y de modales corteses y delicados. La impecable corrección de ambos prisioneros habían ganado la buena voluntad de sus custodios, al grado de que detenidos y carceleros cantaban y bailaban juntos. Cuando el general expidió la orden de ejecutarlos, ardieron nuestros corazones y todos nosotros derramábamos lágrimas, oprimidos por el dolor.”

El Rey de los Filibusteros era incapaz de tener inspiraciones geniales, como se exige en un rey. Obedecía ciegamente a la rutina de su pensamiento rígidamente disciplinario. ¿Cómo iba a entender de la magnanimidad de un Valderrama o de un Allende? Ni hacía análisis fuera del cartabón con que medía sus prejuicios. Refiriéndose en general a los soldados guatemaltecos y su estoicismo, otro filibustero recordaba: “Entre los aliados, los guatemaltecos siempre dieron muestras de disciplina y valor. En los muchos encuentros que tuvimos con ellos en Masaya y Granada mostraron cierto fatalismo oriental que los hacía indiferentes a las fatigas, a los peligros y a la muerte. En tiempos posteriores confirmé mis juicios sobre la oficialidad guatemalteca: los más humildes unían a su fortaleza de ánimo y a su serenidad una modalidad cortés y caballeresca. Mostraban dones de buena crianza y formas gentiles, sobre todo entre los oficiales de superior cultura que cayeron en nuestras manos en calidad de prisioneros.”

Y después de estas citas del filibustero Livy Lewis, que le hacía entre sus numerosos recuerdos de la guerra de Nicaragua, muchos años después, a Salvador Calderón Ramírez, nos dice éste: “Las noticias sobre Allende y Valderrama vienen del campo americano y eso consagra la imparcialidad de la narración.” En su bello anecdótico Calderón Ramírez exalta con frecuencia a los héroes anónimos o medio anónimos, de que pueden gloriarse, sin distinción, lo mismo los costarricenses de Juan Santa María que los nicaragüenses del chontaleño Dionisio Chávez, o los hondureños de Lucio Alvarado y José María Medina; lo mismo los salvadoreños del anónimo sargento salvadoreño que prefirió morir de sus heridas antes que dejarse tocar de los médicos filibusteros, que los capitanes Francisco Iraheta y Francisco Galdámez, estoicos y sublimes, o como los guatemaltecos de Valderrama y Allende. De suerte que recogiendo la exclamación final de Calderón Ramírez y extendiéndola a todos estos héroes, diremos con él: “Son héroes todos ellos de Centro América. son nuestros muertos; deberían vivir en la conciencia de la vieja Patria, destacados sobre las rojizas llamas del bronce, sobre las alburas del mármol y con el viejo laurel verde, encendidos de gloria.” Pero Walker no entendía nada de esto.¹

A pesar de toda su simpatía por los cubanos, de quienes tanto esperaba en la futura etapa de su gran aventura, Walker les encuentra un defecto como soldados: “Esas fogosas inteligencias, dice, pensaban más en el día en que podrían embarcarse para la Isla a vengar la muerte de su gran héroe López, que en las negras y penosas escenas que hicieron notable su ejecución. Y es que esa repugnancia que las imaginaciones del mediodía sienten para considerar el lado triste de los negocios, hace que no sean aptos para los trabajos reales de una revolución, como los robustos hijos del Norte, cuya imaginación no se aparta de la tumba y sus alrededores.”

¹ Tanto la cita del padre Ross como la de Jamison (James Carson Jamison, *With Walker in Nicaragua*) acerca de la muerte de Valderrama y Allende, como esta última del estoicismo de los guatemaltecos, las trae Calderón Ramírez en su precioso opúsculo citado *Alrededor de Walker*, y quien a su vez las tomó de las confidencias y recuerdos personales que le hiciera, muchos años más tarde, de la guerra de Nicaragua, uno de los filibusteros que más apasionadamente admiraron a Walker: Livy Lewis.

En esta forma el Rey de los Filibusteros condena el exceso de imaginación de los hijos del mediodía. Pero él, que lo era del robusto Norte, ¿no acariciaba ilusiones y sueños aún mayores, que muy pronto la triste realidad se encargaría de desbaratar con más facilidad que a un castillo de naipes?

Y esa triste realidad le andaba muy cerca; cuando en junio de ese mismo año de 1856 nombró a Goicouría como su plenipotenciario ante el Gobierno de la Gran Bretaña y para que gestionara en Estados Unidos un empréstito por 250,000 dólares

XXVI

Walker no conocía a los hombres y menos a los centroamericanos

Los vastos planes de William Walker para ir formando un imperio esclavista y férreamente militar al Sur de los Estados Unidos, comenzando por las cinco repúblicas de la América Central y la isla de Cuba, como base y centro nuclear de tal imperio, se delínean en el texto completo de la segunda cláusula del convenio provisional entre el "Rey de los Filibusteros" y el enviado de Goicouría, el joven capitán cubano Francisco Alejandro Lainé. "El general Walker, decía esa cláusula, propone y admite la idea de que los recursos materiales y pecuniarios de Nicaragua, lo mismo que los que están en poder del partido revolucionario de Cuba, se amalgamen haciendo causa común para derrocar la tiranía española en la Isla y asegurar la prosperidad de Centro América, identificando de este modo los intereses y los propósitos de ambos países"

Como se ve, no podía estar más claro el pensamiento del nuevo imperio a base de la integración de los intereses nacionales de Cuba y Centro América. Respecto a la amalgama de los cinco países centroamericanos nunca había cabido duda. Para eso estaba el batallón de los húsares de la Guardia Roja, preferida de Walker, en cuyos estandartes flameaba el lema de "o los cinco o ninguno". Walker, pues, pensaba realizar elementalmente el sueño de los próceres del 15 de Septiembre de 1821 que es el mismo que aún cubre, como el velo del templo salomónico, la tumba de Morazán. Sólo que al revés no para la grandeza y dicha de los centroamericanos, sino para su último aniquilamiento y final desaparición del mapa del continente. La amalgama de Cuba venía a añadir un segundo escalón, quizá más sólido que el primero, al trono ascendente del soñado imperio. Más tarde vendría lo demás, por añadidura: México, alguna de las otras Antillas. En aquellos momentos el Rey de los Filibusteros estaba en toda la euforia de sus sueños, y tenía razón. Solamente un mes más tarde, el 25 de febrero de 1856, comenzaron sus sueños a tiznarse de terrores nocturnos, con el inusitado y legendario gesto del presidente de Costa Rica, Juan Rafael Mora, decretándole la guerra. Luego vendrían las increíbles batallas de Santa Rosa y de Rivas a traerle la mala nueva de que los centroamericanos no eran lo que él se había imaginado. Walker conocía a fondo la historia de Europa y aun los grandes monumentos de la literatura

greco-latina, seguramente Batres Jáuregui nos cuenta, verbigracia, en su tercer tomo de *La América Central ante la Historia*, que agradecido al general Zavala por la forma caballerosa como éste lo escoltó hasta San Juan del Sur en su última derrota de mayo del año siguiente, le había obsequiado un curioso y bello ejemplar de *La Eneida*, de Virgilio, con eruditas anotaciones del mismo Walker. Y también sabía, sin duda, de todo lo que era capaz la raza anglosajona, la pura raza anglosajona como la suya y la de sus compatriotas de los Estados del Sur, su verdadera patria. Sabía igualmente de la forma en que los indios pieles rojas habían defendido a sangre y fuego sus territorios contra el no menos tenaz avance del anglosajón. Pero de lo que no sabía Walker era de los antiguos indios de Centro América y de Hispanoamérica. Sabría, sin duda, de la muerte de Atahualpa, a manos de la codicia de los conquistadores españoles. Y probablemente del cruento martirio de Cuauhtémoc, pero con seguridad no habría leído nada de las hazañas de Lautaro, el indómito araucano que, según se ha descubierto, ha sido uno de los más grandes estrategas del mundo; y mucho menos sabía del cacique Urraca, de Costa Rica, quien durante diez años supo mantenerse en sus montañas, defendiendo la libertad de su suelo nativo. Ni de Lempira, ni de la heroica defensa de Cuscatlán. Ni de que el jefe de los ejércitos quichés de Guatemala, había sabido morir de cara al sol en un desafío personal con el terrible centauro don Pedro de Alvarado, quien llevaba en su rostro el sol y en su lanza el rayo. Ni mucho menos que los grandes señores del Quiché habían muerto en cruz y entre las llamas por la defensa del terruño.

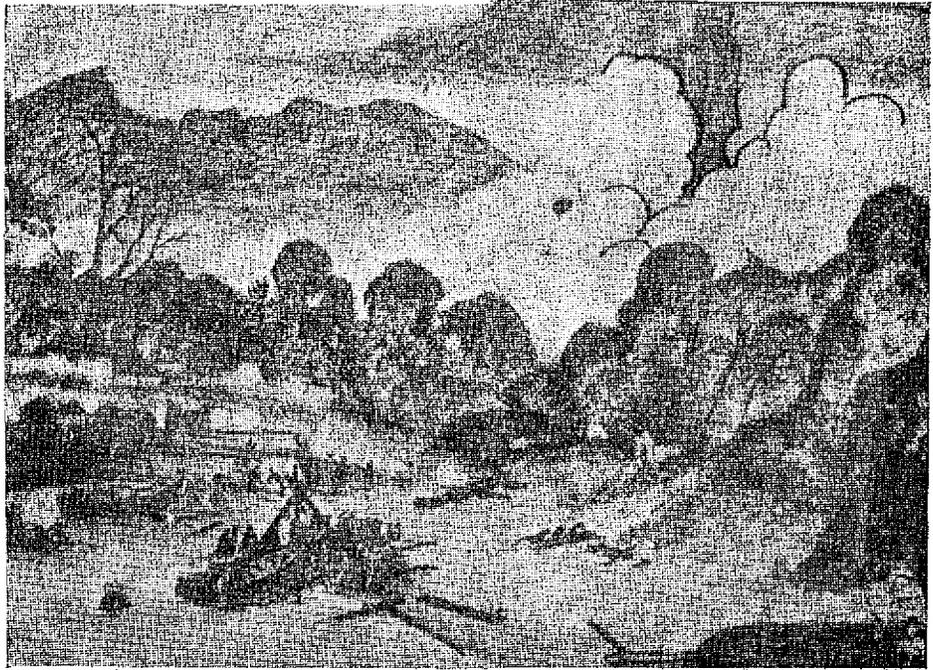
De suerte que Walker no conocía nada de estas cosas seguramente, ni que todo ello había tenido lugar cuando los indios desconocían la pólvora, los caballos y los cañones, en lo cual estaban en peor condición que los pieles rojas. Partía de la base de que en Centro América los odios localistas entre ciudad y ciudad, como los de León contra Granada y viceversa, podrían más que la tradición libertaria y filosófica del chorotega Nicarao, en cuyas venas ardía algo de los viejos mayas, constructores y creadores de una estupenda civilización en medio de las selvas. Partía de la base de que los indios no sabían más que de esclavitud y los centroamericanos, descendientes de ellos y con fuertes gotas de sangre de los siempre individualistas españoles, refractarios a toda idea de unión y solidaridad colectiva. Ellos, los centroamericanos, que habían convertido en cinco parcelas la herencia patria, se habían mantenido bajo la eterna división de "liberales" y "conservadores", no sabrían sino repetir el caso de los "demócratas" y "legitimistas" de León y Granada.

¡No conocía a los centroamericanos! Y este fue su primer error en los sueños de su imperio esclavista y militarista. Después de Santa Rosa y Rivas, que lo llenaron de furia, para hacer mayor su sorpresa, vino la terrible noticia que su secretario, Mr. Charles Thomas, le espetó al oído, a guisa de postre amasado con hiel y acibar, al final del bien mojado banquete en que Mr. Wheeler, el "ministro diplomático filibustero", lo había proclamado futuro presidente de Centro América. Estaban ya a las puertas de la ciudad de León, y

Una alegoría reproducida en muchas revistas de cómo quedó Granada, después del incendio.

Henningsen y sus filibusteros salen embarcándose y alejándose a todo remo, pero los filibusteros no se olvidaron del detalle de clavar sobre un poste el letrero de "Aquí fue Granada".

El General Tomás Martínez en su parte de la batalla dice: "El jefe de los vándalos, el bucanero William Walker, de cuya audacia se ha dicho tanto, no tuvo valor para saltar a tierra. Quedó en el vapor y y mandó a los torpes e infelices que lo siguen que expusiesen la vida por sus locos e infames proyectos".



sin duda rumbo a Granada, en donde el festín de Baltasar se realizaba, los primeros ejércitos que enviaban Guatemala y El Salvador

Pero tampoco Walker, cegado por su orgullo y su audacia, conocía a los hombres. Este grave defecto le disciplinaron unánimes sus biógrafos modernos, a la cabeza Scroggs y Green. Y así, no conoció a Goicouría. Y lo quiso hacer instrumento de planes que el jefe cubano tenía por fuerza que rechazar. Y así llegó para Walker, como antaño para Baltasar, su *Mane, Thécél, Phares*.

El doctor Lorenzo Montúfar, apóstol que consagró su juventud y toda su vida a predicar a los centroamericanos el evangelio de un alto centroamericanismo sin pequeñeces ni miserias, y quien tanto hizo como ministro de relaciones exteriores de Costa Rica desde septiembre de 1856, por mantener viva en toda Centro América la llama de la defensa común contra los filibusteros, nos describe así a Goicouría y sus ideas en su obra fundamental sobre *Walker en Centro América*. "Era uno de los hombres que más deseaban la Independencia de la Isla de Cuba, que más esfuerzos habían hecho por obtenerla y más habían sufrido por realizar aquel proyecto. El no podía olvidar que Bolívar no creía concluida su grande obra sin la Independencia de Cuba y Puerto Rico. A su pensamiento venía a cada instante que la emancipación no tuvo completo triunfo por la guerra de partidos y por la muerte prematura del libertador. Las guerras intestinas de las repúblicas centroamericanas y la prosperidad asombrosa de los Estados Unidos habían llamado vehementemente su atención, y juzgaba, con razón o sin ella, que no era conveniente a Cuba seguir la suerte de Haití y Santo Domingo sino poseer un gobierno sólido, liberal y progresista. Todo esto, a juicio de Goicouría, podrían encontrar los cubanos anexándose a los Estados Unidos de América".

Y ahora los lectores calcularán si Goicouría podría participar de las ideas esclavistas e imperialistas de Walker y de su sueño dorado de una guerra civil entre el Norte y el Sur de los Estados Unidos, en que el segundo saliera triunfador, humillado el Norte, divididos

los Estados Unidos en dos grandes fragmentos rivales o enemigos, enseñoreada sobre el mundo la esclavitud y dado el primer golpe de muerte a la raza hispanoamericana y sus repúblicas. El gravísimo error de Walker estuvo esta vez en creer que Goicouría podría ser instrumento adecuado de semejantes proyectos.

XXVII

La diplomacia de Walker

Dos fueron siempre los únicos objetivos diplomáticos de Walker en el exterior. Washington y Londres, y como una derivación de este último, París. Todo lo demás se le daría por añadidura. El problema de a quien nombrar para Londres y París estaba resuelto. Domingo de Goicouría, el jefe de la falange cubana, de cincuenta y seis años de edad, distinguidos modales y vasta experiencia. Sobre todo, su origen cubano, infatigable luchador por la causa de la independencia de su patria, le hacían más a propósito para tratar con la corte de Saint James sobre los asuntos fundamentales de la Isla que un norteamericano. Para mayor abundamiento, se había educado en Inglaterra y se había impregnado allá de las doctrinas más avanzadas y hasta enterado de los adagios más conocidos, como aquel de los tiempos de la primera diplomacia hispanoamericana de Rivadavia e Irisarri de que el diplomático en Londres, para que se le tome en cuenta, necesita ante todo mucho oro y saberlo gastar.

El problema del candidato para Londres lo había resuelto, pues, el jefe de los filibusteros en forma que le resultaba ideal, pues además aprovechaba deshacerse del diario contacto de una persona tanto o más orgullosa que él y tanto o más apegada que él a sus propias ideas. Algo más, alejaba así a un hombre que se permitía darle consejos, a él, que a nadie se, lo pedía ni los necesitaba de nadie, porque el plan de su vida y de su obra nada ni nadie podrían torcerlos. Walker creía a ciencia cierta que su predestinación databa de antes de la cuna misma. Había nacido

para regenerador de un pueblo caduco, prematuramente, sin raza propia y sin atributos para triunfar en la vida, y para fundador de un imperio pequeño, como el puño de una espada, pero férreo, abroquelado en una raza nueva y situado por la Providencia en un punto del planeta que los destinos del comercio universal y de los continentes tenían que tomar muy en serio.

Lo que no había resuelto era el problema de la representación diplomática en Washington. Desde la derrota moral sufrida por su primer e ideal plenipotenciario, el padre Vigil, a manos de los diplomáticos europeos del grupo "reaccionario" aliado de España, y de los diplomáticos hispanoamericanos bajo la habilísima incitación de Irisarri y Luis Molina, ministros infatigables de Guatemala y El Salvador, el primero, y de Costa Rica el segundo, Walker estaba taciturno. El rompecabezas de cómo hacer para que se reanudara sus relaciones con Washington, que el padre Vigil no había ni siquiera planteado, se le había vuelto una negra pesadilla. Menos mal si sólo hubiera tenido que luchar con las incertidumbres del presidente Pierce, que tenía que seguir con vacilación las marchas y contramarchas de la maquinaria electoral, aún influida por la lucha de esclavistas y antiesclavistas. Pero lo grave es que estaba allí Mr. William L. Marcy, el secretario de Estado, tenaz, inflexible, en su misma actitud del primer día de enemigo número uno de Walker en los Estados Unidos. Y ¡qué enemigo!, que al mismo presidente Pierce metía a veces en cintura, y, por otra parte, ¿dónde hallar otro padre Vigil, tan lleno de talentos y tan sincero creyente en la posibilidad de que bajo Walker, su mano de hierro y sus elevados pensamientos de regeneración efectiva, podría Nicaragua alcanzar la paz social y asistir al milagroso enterramiento, por fin, de la implacable lucha de granadinos y leoneses?

Desde luego, antes de pensar en un verdadero y legítimo nicaragüense como el padre Agustín Vigil, Walker había pensado, cuando llegó a Nicaragua, que debería enviar como ministro a Estados Unidos a un norteamericano. A éstos correspondía mejor que a nadie tal honor, fuera de que el jefe de los filibusteros creía contar de antemano con que el reconocimiento por parte de Estados Unidos tendría que ser una cosa fácil y rápida, cual competía a los sentimientos de una gran nación que cada día se agigantaba más, al paso que sus vecinos centroamericanos se achicaban cada día más bajo la pesadísima compresora de sus divisiones y sus odios. Pero aquella primera vez, Walker no había podido escoger diplomático peor. Parker H. French, fichado en el departamento policíaco de San Francisco, California, habilísimo correveidile entre banqueros que aspiraban a quitarle a Mr. Vanderbilt su concesión de la ruta interoceánica de Nicaragua y William Walker, el aventurero audaz y sin escrúpulos. French había sido, además, el verdadero responsable de lo que Walker llama en su libro hinchando su vocesita femenil todo lo más que pudo, "la masacre de la Virgen". Se refiere al episodio en que por una inconcebible imprudencia de French, que a toda costa quería destacarse en primera línea y por cuenta propia cuando hizo su arribo a Nicaragua con una barcada de filibusteros. Quiso apoderarse por sorpresa de la for-

taleza de San Carlos, en el punto en que el lago de Nicaragua desagua en el río San Juan, valiéndose de un barco de pasajeros. Varios de los pasajeros norteamericanos que esperaban inocentemente el momento del reembarque en el puertecito de la Virgen, perecieron a manos de los nicaragüenses legitimistas, entre ellos una señora y su pequeño hijo, a quienes alcanzó un cañonazo disparado desde la fortaleza amenazada por French y sus secuaces. Este episodio le costó la vida al ministro de relaciones del gobierno legitimista, que se hallaba "asilado", como diríamos ahora, en la Legación de Estados Unidos desde la entrada de Walker a Granada. Como Walker no quería castigar al filibustero, con quien mantenía tratos a regañadientes, descargó sus iras sobre el joven e inocente ministro don Mateo Mayorga, haciéndolo fusilar en el acto, como responsable de aquella masacre en que no había tenido la más pequeña parte. ¡Y French, de quien a toda costa quería deshacerse Walker, fue el primer enviado como ministro a Washington. El secretario de Estado lo había rechazado despectivamente, y hasta el tal pretendido ministro sufrió el arresto que ordenó el *attorney* general o procurador del gobierno, por sus actividades para reclutar gente para Walker. Este había aprovechado el incidente para deshacerse definitivamente de French, a quien le negó la entrada de nuevo a Nicaragua, y para declarar rotas las relaciones con el gobierno de Washington. Todo esto había sido perfectamente aprovechado, a su vez, por los enemigos de Walker dentro de Centro América, cada día más numerosos y compactos.

Sobre aquel antecedente de French, primer ministro fracasado de Walker, y el del fracaso final de Vigil, tenía Walker que construir sus nuevas relaciones con Washington.

Puso nuevamente los ojos en un norteamericano o filibustero, de esos que se llamaban "nicaragüenses naturalizados" por una antojadísima interpretación de la constitución de 1838. El elegido fue Appleton Oaksmith, a quien ya los lectores conocen por la cita que he hecho de sus febricitantes discursos en los mitines filibusteros del club de El Tabernáculo, en Nueva York, y a quien no le quedó sino el título de "ministro in partibus" de Walker, con que lo cosquilleaban los diarios neoyorquinos que se burlaban donosamente de tales reuniones.

Pero Walker cometía además un grave error de anacronismo cuando pretendía ser reconocido por Washington y al mismo tiempo seguía presentándose como el caudillo máximo del esclavismo ante el mundo. Por aquellos mismos días (septiembre de 1856, declaraba nulos y sin ningún valor los actos de la Asamblea Federal Constituyente de Centro América y restablecía la odiosa institución de la esclavitud en Nicaragua. De una plumada deshacía lo que de una plumada también, pero con mejor sentido idealista y más acierto del momento del mundo, había consagrado aquella Asamblea. "En Centro América no hay esclavos, todo esclavo queda libre con sólo poner el pie en ella, no puede ser esclavo el que se acoja a sus leyes ni ciudadano el que trafique con esclavos". Esto era lo que decía aquella constitución en esencia. Y si para sus fines diplomáticos con respecto a Inglaterra y Francia la ar-

diente profesión de fe esclavista de Walker continúa "algo más que un crimen una tontería", recordando la célebre frase atribuida a Talleyrand o a Fouché, para los Estados Unidos en aquellos momentos venía a resultar una cuestión un tanto pasada de moda y una espada de dos filos. La porfía de Walker en la defensa de la esclavitud —en la que también hay razones para no creerlo demasiado convencido— no podía ser más impolítica. Unos años antes hubiera estado bien para levantar prosélitos aun en el Norte, cuando la disputa entre esclavistas y antiesclavistas constituía el meollo de la división nacional. Pero desde la prudente transacción ideada por Henry Clay y Daniel Webster, de que ya en otra parte he hablado, la lucha capital entre el Norte y el Sur había derivado más claramente hacia el verdadero problema de fondo: el mantenimiento de la Unión o la destrucción de la Unión. Algo como lo que miniatura, sólo que sin rasgos de grandeza, había ocurrido en Centro América contra Morazán y los unionistas. El himno con que iba a entrarse en las batallas de la inevitable guerra civil que se aproximaba, ya no iba a ser, para los del Norte, el viejo canto de la libertad y la república, sino el nuevo de

La Unión para siempre, ¡hurra, hurra, muchachos!
Abajo los traidores, arriba la estrella
Unámonos, muchachos, en torno a la bandera.

Walker reconoce su equivocación en su libro de Memorias, escrito dos o tres años después, ya sólo con el objeto de mantener la llama del entusiasmo en sus compatriotas del Sur y poner exclusivamente en manos de ellos el destino de su aventura final en Nicaragua. "Verdad es que el autor del decreto (Walker mismo) estableciendo la esclavitud no estaba enterado, cuando éste se emitió, de la fuerte y universal hostilidad de los Estados del Norte contra los del Sur. No sabía cuán profundos son los sentimientos antiesclavistas que reinan en los Estados partidarios del trabajo libre, ni que estos sentimientos se enseñan en la escuela, se predicán en el púlpito y se inculcan por las madres a sus hijos desde la infancia". Y esta ignorancia era coadyuvada admirablemente por sus enemigos en el Departamento de Estado de Washington y en todo el Norte. Era sólo un furibundo esclavista que quería a toda costa anexar Nicaragua a los Estados Unidos para sumar un Estado esclavista más a la política de los del Sur. De tal manera se explotó la situación, que aún en nuestros días esa interpretación se consagra en la historia de Estados Unidos —equivocada al respecto— como el objetivo último de la aventura de Walker en Centro América. ¡Walker se equivocó en cuanto a Centro América y además (lo más imperdonable) en cuanto al propio sentimiento en Estados Unidos!

QUINTA PARTE

XXVIII

Diplomacia con Inglaterra

A pesar de los cien años transcurridos desde el drama de Walker en Centro América y a pesar de los veinticinco o treinta libros escritos en el extranjero acerca del "Último Filibustero", "El Predestinado de Ojos Grises", "El Hombre de Suerte de Ojos Grises", "El Rey que soñó un Imperio", etcétera, los historiadores norteamericanos contemporáneos incurren en el mismo error de asignarle a Walker como su último objetivo el de anexar Nicaragua a los Estados Unidos en beneficio de la política esclavista. Véase, si no, el siguiente ejemplo. Samuel Elliot Morrison y Henry Steele Commager han escrito una excelente historia filosófica de los Estados Unidos, en tres gruesos tomos, que lleva ya tres ediciones en inglés y una en castellano hecha por el Fondo de Cultura Económica de México, 1951. Allí se lee (tomo II, página 42) "Y William Walker, 'el hombre de suerte de ojos grises', jugó también la carta del filibusterismo en Nicaragua, con el fin de hacer de este país un nuevo Estado esclavista de la Unión".

Grave error, ya lo he dicho, y esto que en medio de tanto volumen y tanto título más o menos romántico, han aparecido también libros severos como el de Laurence Green (*The Filibuster*, Nueva York, 1938), en que se reducen a cenizas con cortante frialdad los contornos de "el héroe legendario"; y mejor aún, libros profundos como el del profesor William O. Scroggs, tantas veces citado, en que los verdaderos móviles de Wal-

ker de formar un pequeño pero compacto y poderoso imperio del Caribe, con los cinco países de Centro América y Cuba, quedan ampliamente descubiertos. En tales móviles la institución de la esclavitud ocupa sólo un plano accidental, y en cuanto a la pretendida anexión queda postergada como simple posibilidad del futuro. En cambio, se echa de menos en Scroggs (*Filibusters and Financiers*, Nueva York, 1916) el último corolario de sus premisas tan perfectamente concatenadas: ¿Y para qué ese imperio? Por un imperio así, desde luego. Pero también (y esto no lo dice Scroggs) para ponerlo al servicio de los Estados del Sur en los momentos en que éstos más van a necesitar la ayuda del exterior: la benevolencia o la alianza, pero nunca la neutralidad de Europa, una vía rápida de comunicación entre el Sur y el Oeste, como la que sólo podría depararles la Accessory Transit Company, de Nicaragua y una escuadra en el Caribe que pudiera ayudar a romper un posible bloqueo de sus puertos.

Casi profetiza Walker en su libro todas estas cosas, bajo su lenguaje alegórico de la apoteosis de la esclavitud. "Con el decreto de 22 de septiembre (el del restablecimiento de ésta) se quiso desvanecer el error de los hombres públicos de Estados Unidos acerca de que Nicaragua deseaba la anexión". Y sus argumentos no pueden ser más convincentes. Prohibiendo como prohibían las leyes federales de la Unión el ingreso al país de individuos comprometidos a trabajar durante

determinado número de años, mal podría pretenderse que los Estados del Norte admitieran la anexión de un nuevo Estado esclavista en que sus habitantes estuvieran bajo la obligación de un compromiso semejante. Y por otra parte, siendo cada vez más escasa la mano de obra para las faenas del campo en el Sur, que ya no contaba con todo el número de esclavos indispensable a pesar del progreso de la maquinaria agrícola, mal podrían esos Estados aceptar ni ver con buenos ojos una anexión que lejos de aliviarlos les traería la complicación de tener el nuevo Estado también necesidad de importar trabajadores de otras partes.

Y se desgañitaban proclamando tal lógica los grandes diarios amigos y partidarios de Walker, como el *Sun*, en Nueva York y el *Picayune* en Nueva Orleans.

El "hombre de suerte de ojos grises" expone sus doctrinas esclavistas (de las que se había mostrado enemigo cuando combatía por la prensa en California y Nueva Orleans las candidaturas de diputados y senadores esclavistas) como un llamamiento a la cordura de los del Norte. "Los Estados partidarios del trabajo libre verán tal vez cuando sea ya demasiado tarde que la única manera de evitar la revolución y un conflicto armado entre los del Norte y los del Sur, es seguir la política propuesta en Nicaragua". Tal les advierte a los del Norte al paso que les profetiza a los del Sur. "Para evitar la invasión que lo amenaza, el Sur necesita romper las vallas que lo rodean por todos lados y llevar la guerra entre las dos formas de trabajo más allá de sus límites. *Un ejército sitiado que carece de aliados por la parte de afuera habrá de rendirse por hambre cuando menos, salvo que pueda hallar una salida o abrirse paso por entre los enemigos que lo asedian*"¹

Y por eso, mientras hace alegóricamente bajo los símbolos de la institución de la esclavitud su profecía a los del Sur sobre el porvenir que les aguarda si no cuentan con poderosos aliados desde afuera cuando se encuentren rodeados, estrechados y asediados por los del Norte, trabaja rápida y calladamente sus proyectos para ganarse la amistad cuando menos, las simpatías y mejor si la alianza de Inglaterra y Francia. "El sueña y pone toda su confianza y el porvenir de los del Sur, sus verdaderos compatriotas de alma, espíritu y sangre impetuosa y romántica de caballeros andantes o de cruzados de la Edad Media, en su república propia, independiente, al sur de los mismos Estados del Sur, muy cerca de ellos, muy íntimamente ligada a ellos, esclavista, militarista, férreamente imperial. Dice, repite y consagra en su libro, para ello. "Lo que Nicaragua necesita es una república basada en principios militares. Y una república de esta clase era a todas luces impropia para ser admitida en la Unión".

Su visión respecto a ese problema de la amistad de Inglaterra tiene sus aspectos geniales, sin duda. Hasta para hacerse perdonar de ésta su decreto de 22 de septiembre, restableciendo la esclavitud, tiene argumentos. Pero entre tanto, he aquí la visión de conjunto. Inglaterra, a pesar del Tratado Clayton-Bulwer de 1850 y del que luego pretendió aclararlo y más lo

enredó, el Dallas-Clarendon, persistía en la interpretación de ambos a su modo. "Ni uno ni otro Gobierno —decía ella— ocuparán, fortificarán, colonizarán, asumirán o ejercerán ningún control o dominio sobre Nicaragua, Costa Rica, la Costa de Marquitos o parte alguna de la América Central". Pero estos verbos estaban en futuro, no en presente ni en pasado, es decir, que se trata de prohibiciones que nada tienen que ver con lo ocupado, fortificado, colonizado o asumido en el pasado. (Una salida, como otra cualquiera, del que se niega a toda costa a desocupar la casa). Cuando Walker emprendía la aventura de Nicaragua, la cuestión centroamericana estaba a punto de causar la guerra entre Inglaterra y Estados Unidos. Gracias, de una parte, a que el Gobierno de Washington había adoptado la política de "reforcerle la cola al león inglés", como medio de *tangenciar* la atención pública sobre el problema de la esclavitud y la separación calentado al rojo vivo, y gracias a que Lord Palmerston se mantenía en sus trece haciendo de aquel juego de palabras de su cláusula un irrecusable axioma. Cuando Walker estaba seguro de que vencería sobre Nicaragua y sobre toda Centro América en unos pocos meses más (en cuanto pasara la estación lluviosa), Inglaterra se hallaba firme en continuar y llevar hasta sus últimas consecuencias la política tradicional que venía de Canning, pasando por Aberdeen y desembarcando en el propio Palmerston, de establecer un contrapeso británico en la América Latina.

Y Walker venía a ofrecerle la oportunidad única para establecer tal contrapeso, lo que Inglaterra había venido buscando en vano desde la independencia de Texas, según he explicado. ¿Qué ventaja podría ofrecerle a Inglaterra una república férreamente militarista y aliada suya en medio del mar Caribe? Cuba, el camino de entrada al Sur de los Estados Unidos, a sólo mil kilómetros de Mobile en línea recta, los cinco países de Centro América, el puente entre el Norte y el Sur, la llave de los dos océanos, la ruta transoceánica de Nicaragua en manos de un aliado de Inglaterra, la completa seguridad de atajar para siempre cualquier proyecto de futura expansión de los Estados Unidos del Norte.

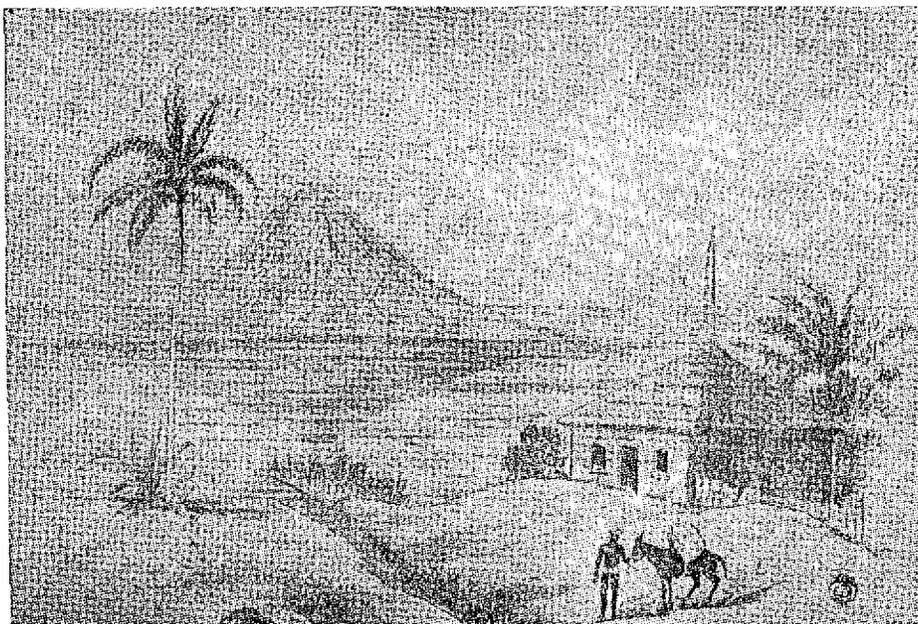
Debo decir que ya en aquellos momentos, pasaban por la vía del Tránsito unos trece millones de pesos oro, en polvo, barras y pepitas, de California a Nueva York, y unos setenta por el reciente ferrocarril interoceánico de Panamá. ¿Por qué no poder hacer llegar ambas ingentes sumas multiplicadas con el tiempo por la vía de Nicaragua y no con destino a Nueva York sino a Nueva Orleans, el gran puerto del Sur? Por otra parte, en aquellos momentos el tonelaje de buques mercantes de Inglaterra superaba en más de cuatro veces al de los Estados Unidos. ¿Qué no podría lograr Inglaterra con un aliado como Walker, dueño de una pequeña pero activa escuadra, como la que se proponía formar?

En mi tantas veces aludido próximo libro sobre Walker contra Lincoln, se verá cómo Inglaterra sonrió a los planes de aquél, cuando Walker nombró como su nuevo representante ante ella a nuestro ya conocido John P. Heiss, diplomático, filibustero, etc.

¹ William Walker, *La Guerra de Nicaragua*. Obra publicada en inglés en Mobile, 1860 y admirablemente traducida al castellano por el ilustre historiador costarricense, licenciado Ricardo Fernández Guardia, San José de Costa Rica, Imprenta de María y de Linares, 1924.

Durante la guerra de los filibusteros, la isla de Ometepe fue convertida en cementerio de cadáveres muchas veces insepultos, hospitales de agonizantes abandonados y foco de peste, tifus y cólera morbus.

La suerte de los heridos y enfermos llevados a Ometepe después del incendio de Granada fue adversa. Un patriota, el cura Francisco Tijerino, levantó a los indios de la isla y comandando a cien de ellos, se lanzó sobre el hospital; los enfermos y heridos perecieron y el cura y los indios se retiraron a la montaña.



XXIX

Walker, su hermetismo, su falta de tacto político El abismo que lo separaba de Goicouria

Entre los muchos libros publicados sobre William Walker durante la segunda mitad del siglo pasado y primeras veintenas del presente, hay uno bellamente escrito bajo el título sugestivo de *Soñadores del Imperio*, en que la romántica y compleja personalidad del jefe de los filibusteros está bien definida. El libro, en inglés, pertenece a dos autores de fama, Achmed Abdullah y T. Compton Pakeham, quienes han escogido seis vigorosas figuras del siglo XIX de una y otra parte del mundo, que soñaron en grandes cosas que jamás pudieron realizar y que dentro de nues tro mundo, y sobre todo el de nuestros días son imposibles de realizar. Uno de ellos, por ejemplo, Cecil John Rhodes, sueña con un continente africano, todo él para los africanos, y con un redentor ferrocarril que recorriera desde el Cabo de Buena Esperanza hasta El Cairo, metá de esa esperanza africana. Otro, Richard Francis Burton, quien "soñó en diecisiete idiomas". Otro, Henry Montgomery Lawrence soñó con el imperio de la justicia sobre el mundo. Nuestro William Walker, cuya figura e historia trazan en unas setenta páginas, soñó con un imperio de aventuras.

El jefe de los filibusteros "nicaragüenses naturalizados" no es en efecto, al fin y al cabo, sino un gran soñador de aventuras. El mismo Imperio del Caribe que creía estar forjando se le deshizo entre las manos como una campana de reloj deshace esos sueños gloriosos en que el que sueña para volando sobre los más hondos precipicios. Walker tenía grandes sueños, pero le faltaban alas. No conocía a las gentes ni a las sociedades. Sabía mucho de libros y poco de vida mundana. Tenía exceso de juventud y falta absoluta de experiencia. Su alma vivía arrollada por el ímpetu de la sangre ancestral, el bisabuelo, que rifle en mano y cuchillo en la bota traspasó más allá de las trece colonias norteamericanas, o sean las fronteras de Kentucky, el abuelo, explorador del territorio de Kansas, cuando ésta era "la sangrienta Kansas", y que dio la

vuelta por Panamá para ir a conocer California, y su padre mismo, minero, ranchero que sabía poner su tienda donde más le venía en gana desde Alaska a la Sierra Nevada, para contar sus ahorros, jugarlos en una noche al póker y beber el verde licor de la aventura eterna.

La sangre con su torrente despeñado desde tan lejos pudo más que su ciencia de médico, sus códigos de abogado y sus cuartillas de periodista. ¿Sus tres cualidades excelsas? Valor, audacia y supremo estoicismo ante el sufrimiento. La serenidad suya, cuando recibió la muerte "contra el paredón" llega a la santidad. ¿Defectos supremos que hacen imposible que el soldado de fortuna llegue a mediano estadista siquiera? Falta de conocimiento de los hombres para saber de quiénes rodearse, de quiénes recibir buen consejo. Exceso de confianza en sus propias ideas, falta de tacto político y diplomático. Por eso la biografía "civil" de Walker es una serie de fracasos. Ni siquiera supo conocer el momento porque atravesaba la política internacional de los Estados Unidos. Ni entendió que la lucha sorda entre ellos e Inglaterra por la primacía sobre el futuro canal estaba ya balanceándose en forma que acusaba un próximo armisticio definitivo. Creyó primero que un diplomático de condiciones tan negativas como Parker H. French podría hacerlo fácilmente amigo del Departamento de Estado de Washington. No conocía a éste. Después escogió a un nicaragüense de pura raza y alta coturno, nada menos que el padre Agustín Vigil, "el Bossuet" de Nicaragua. No conocía la fuerza de resistencia de la diplomacia centroamericana, hispanoamericana y europea en Washington. Después, ante el fracaso de Vigil, volvió a sus "nicaragüenses naturalizados", con Appleton Oaksmith, y ante el fracaso de éste volvió a sus nicaragüenses legítimos, don Fermín Vicente Ferrer, a quien había hecho presidente cuando quiso, y quien, ahora, curado de espantos, ni siquiera se atrevió a intentar la presentación de sus credenciales.

¿Y en la propia Centro América? Si hubiera tenido un poco de conocimiento de sus hombres y sus pueblos, no hubiera tratado, como trató, al general Trinidad Cabañas, que, bien o mal, era el nato heredero

de la tradición morazánica. Y por su mal trato a Cabañas, se echó encima a Máximo Jerez, que no es poco decir, y se acabó de concitar el odio de los demócratas y unionistas centroamericanos. En cambio fusiló, sin ápice de razón, a don Mateo Mayorga, fusilamiento que sus propios biógrafos amigos le reprochan. Y si tenía razones de política para fusilar luego al ministro de la Guerra, don Ponciano Corral, debió pensar que esa política era nada más que la suya, la de su dogma militarista, pero no la política que no olvida la equidad, ni mucho menos la que convenía a un verdadero político. Y así se echó contra él a la otra mitad de Centro América, desde los legitimistas de Granada hasta los Dueños, dueños de El Salvador y a los conservadores dueños de Guatemala.

Y todas estas consideraciones, a propósito de uno de sus últimos y más grandes errores, uno más en la cuenta sin fin. ¿Cómo no tuvo oportunidad de conocer a don Domingo de Goicouría, el jefe de la "Falange Cubana", en los largos tres meses que estuvo bajo sus órdenes y lo hizo general en Nicaragua? ¿Cómo no fue capaz de comprender que era el hombre menos indicado para su diplomático en Londres, cuando se trataba de negociar un tratado que si por una parte le aseguraría la independencia a Cuba, por la otra iría contra los más fundamentales intereses e ideales de los Estados del Norte de los Estados Unidos? Y si pensaba dar su famoso decreto restableciendo la esclavitud, ¿cómo mandaba a Londres a un diplomático de la talla de Goicouría, educado en los principios más liberales de la Inglaterra, enemiga número uno de la institución de la esclavitud y del tránsito de esclavos?

¿Y cómo enviaba para negociar en Londres a un hombre enamorado de la libertad y la democracia de los Estados Unidos, que soñaba en ver a su patria anexada a ellos para hacerla gozar precisamente de tales libertades, y a quien jamás podría pasarle por la cabeza la idea de que se dividiera en dos partes esa gran nación y se convirtiera en dos grandes fragmentos rivales o enemigos y se hundiera en los horrores de una larga y desastrosa guerra civil?

Bien es verdad que también hay que preguntarse cómo a don Domingo, a su vez, no se le ocurrió estudiar más a fondo a Walker antes de celebrar con él un pacto de la clase, trascendencia y proporciones del que firmó su lugarteniente Alejandro Francisco Lainé. Goicouría era hombre de admirable experiencia, al punto de que le había profetizado al general español-caraqueño Narciso López el fracaso completo de su expedición libertadora sobre Cuba y hasta su probable captura personal y su muerte en el cadalso. De suerte que resulta inconcebible que antes de entrar en tratos con Walker no procurara indagar mejor acerca de su carácter, íntimos objetivos y garantía moral de que era el hombre a propósito para llevarlos a cabo. Pero a Goicouría lo devoraba su obsesión. Se cuenta que usaba una luenta y ondulada barba gris que casi le llegaba al pecho, lo que resultaba un tanto anacrónico en un activo habitante de una ciudad que ya empezaba a convertirse en hormiguero humano y de rascacielos renegridos por el constante hollín de las jadeantes fábricas. Y cuando sus muchos amigos se burlaban de su barba, él contestaba impasiblemente. "Ya me la quitaré. ¡Esperen

que mi patria sea libre!" Y la impaciencia es, según se dice, un poco hermana de Cupido, o sea un poco o demasiado ciega.

En cuanto a Walker, se explica, dado su carácter y lo que llevo dicho de sus cualidades y defectos, que guardara su eterna hermetismo ante Goicouría. Lo creía un general a su servicio, y nada más. El militar mata al hombre pensante, creía él, y a pesar de que con sus actos, Goicouría trataba de probarle que era más general que él, al punto de que se ha hecho acreedor al veredicto histórico que ya he apuntado y que le adjudica Calderón Ramírez al apellidarlo "Héroe en Cuba y verdugo en Nicaragua", su jefe nunca simpatizó con él. Goicouría, a pesar de su machete y sus furibundas pistolas, era un gran pensador. Un soñador, pero de ilusiones posibles. Y como para que su convenio con Walker, un sueño, resultara realidad, se veía obligado a aconsejarle, ya que si su empresa en Nicaragua no tenía éxito, no se llegaría a la de la liberación de Cuba. Resulta que aconsejaba a un hombre que había nacido para no recibir consejos. Y esto naturalmente alejaba y desapegaba a los dos hombres más fuertes que figuran en la terrible tragicomedia de los filibusteros en Nicaragua.

XXX

Duelo epistolar entre general y brigadier

Entre los escasos talentos de Walker como político y aún más escasos como diplomático, había, sin embargo, uno de poca altura pero de gran utilidad práctica. La astucia. Cuando la astucia va unida, como un detalle más, a los talentos superiores del guerrero, se produce un Hernán Cortés, a quien se le ocurrió inventar, por ejemplo, que sus capitanes mandados a ahorcar por él, a causa de una conspiración, se habían tragado antes de morir el pliego con la lista completa de los conjurados. De otra suerte hubiera tenido que ahorcar a dos terceras partes de su ejército. . . Cuando los talentos del caudillo son de bajo vuelo, la astucia lo ayuda mucho a defenderse por de pronto, pero a la larga sirve para hundirlo más . . .

Tal parece el caso de Walker con su astucia, que no le faltaba, y de la que él se jactaba más de la cuenta, allá para sus adentros. Con Goicouría usó de este don. Todo se lo había dado Goicouría: dinero, cuanto se había podido coleccionar en Nueva York para la futura expedición sobre Cuba, asunto que era el que en realidad interesaba a la gente y en que estaba metido tan gran número de personajes: doscientos cincuenta reclutas, entre ellos unos treinta o cuarenta jóvenes cubanos fogueados en las escaramuzas por la independencia de la Isla. Con éstos había formado Walker su guardia de honor, y con dos de ellos, bizarros y capaces de cualquier sacrificio, Francisco Alejandro Lainé y Manuel Francisco Pineda, había fabricado para sí mismo su brazo derecho y su brazo izquierdo. Además, Goicouría le había abierto las puertas de "El Dorado", es decir, del más dorado sueño de Walker: el camino más corto y directo para marchar, después de sus hazañas en Centro América, sobre "la Perla de las

Antillas", sin el obstáculo de Norte América y sus leyes sobre neutralidad antifilibusteristas. Y aun robustecido sin quererlo, el sueño que era también el de muchísima gente del Sur formar una república esclavista, militar, de raza pura y bajo los destinos de "Los Caballeros" del Sur desde Cuba, Florida, Nueva Orleans y Mobile, bordeando todo el Golfo de México hasta darle la vuelta por Centro América y Panamá, para cerrar el círculo de hierro otra vez en las Antillas. Realmente, todo un imperio del Mar de las Antillas, con las dos rutas entre el Atlántico y el Pacífico, las únicas cortas y fáciles para hacer pasar todo el oro de California hacia Nueva Orleans.

Pero a pesar de todo lo que Goicouría había dado, cuando salió para Estados Unidos e Inglaterra, a fines de junio, no sabía nada en concreto acerca de los planes futuros de Walker. Ni cómo pensaba éste organizar su gobierno en Nicaragua para poder pensar en el resto de Centro América, ni qué iba a ofrecerles él en definitiva a Inglaterra y Francia. Recibiría, es verdad, las instrucciones junto con sus credenciales. Pero entre tanto, ni una palabra definitiva: ciego hermetismo, astucia, armas preferidas de Walker. Para éste, Goicouría le resultaba un hombre del pasado, viejo, incapaz de comprender las nuevas ideas de la juventud. ¿Podría acaso Goicouría comprender las ideas nuevas sobre la necesidad de volver a la institución de la esclavitud para salvar a la humanidad? ¿O la de la separación de los Estados del Sur para formar dos Estados Unidos? ¿O la de destruir a la raza mestiza de los llamados hispanoamericanos? ¿O (la peor de todas prácticamente) la de haber "robado" a Vanderbilt sus concesiones? La gran astucia de Walker era guardarse muy escondido todo esto. Ninguno entre sus propios camaradas pudo ni siquiera sospecharlo. Así se deduce de los brindis archimojados con que los filibusteros celebraron el cumpleaños de Frank Anderson, uno de los "cincuenta y seis inmortales" que formaban el ejército de Walker cuando éste llegó a Nicaragua, y uno de sus oficiales de más confianza. Se brindó por el general Walker "y porque viva lo bastante para ver a Nicaragua anexada a Estados Unidos". Y también "por el águila americana y porque ésta deje caer sus plumas sobre Nicaragua". Y esto era el 12 de agosto, cuando ya Walker estaba enviando sus credenciales a Goicouría, repudiando enérgicamente toda posibilidad de aquella anexión.

Pero Goicouría estaba devorado por su idea. Y con tal de que Walker cumpliera su palabra y marchara sobre Cuba, para libertarla de España y anexarla a los Estados Unidos bajo los signos de la democracia, todo podía perdonarse. Inclusive aquel necio hermetismo. Ya lo iría obligando a hablar y convenciéndolo de que sus consejos eran los mejores. Walker estaría domado antes de que él (Goicouría) saliera para Inglaterra. Por de pronto, lo único que urgía era saber cómo organizaría a Nicaragua y hacerlo desistir de la gran torpeza de haberle quitado a Vanderbilt la concesión de la ruta interoceánica. Al respecto, ya he aludido a la otra astucia que Walker encuentra magnífica en sus Memorias. Había hecho que el decreto en que les traspasaba tal concesión a los antiguos socios del multimillonario no se publicara sino después de que

hubieran desembarcado en Nicaragua los doscientos cincuenta reclutas con que había llegado Goicouría y que habían sido reclutados por cuenta de Vanderbilt. Cuando los giros que éste había extendido para el pago de los pasajes ya estaban cobrados y aplicados a la deuda de Vanderbilt con Nicaragua, dio publicidad al decreto. De suerte que a aquél se lo habían llevado todos los demonios cuando supo la última jugarreta que su colega en filibusterismo le había hecho. Pero Goicouría pensaba ponerlos en paz y que la compañía volviera a manos de su antiguo dueño. De lo contrario, con semejante enemigo, no había para qué pensar más ni en Nicaragua ni en Cuba. Si Walker era el Rey de los Filibusteros, Vanderbilt era el de las finanzas con que éstos se pagaban.

Desde Nueva Orleans, en donde el brigadier de Walker no pudo conseguir el dinero que buscaba para el empréstito, y había tenido que salir en seguida para Nueva York dejando a dos agentes encargados de ver si podían colocar los bonos, le escribió al "general de todas las Nicaraguas". Debería fundar en Nicaragua una dictadura ilustrada compuesta de quince nicaragüenses electos popularmente. El voto tendría que restringirse a los que supieran leer y escribir. Había que imponer métodos científicos en la administración, y un cinco por ciento sobre las importaciones. Las mercaderías en tránsito deberían pagar un dos por ciento. Con estos impuestos podría garantizarse de sobra el empréstito. Y recalaba, al final, la necesidad de devolver al magnate de Wall Street su concesión.

Pero como en aquel tiempo no había televisión ni cosa parecida, el buen brigadier no tuvo oportunidad de darse cuenta de la cara que ha de haber puesto el general al verse perseguido por los consejos de Goicouría aun desde alta mar. Lo menos que Walker pensaría es que ¿quién volvía a meter en camisa de once varas a ese "chapetón del diablo", que era el calificativo que daba a los que según él, siendo españoles de pura raza, querían hacerse pasar por cubanos. A nosotros los centroamericanos se limitaba a llamarlos "esos diablos de tez amarilla".

Ya en Nueva York, lo primero que hizo el enviado fue indagar a ciencia cierta del estado de la nueva Compañía del Tránsito. Se le había ofrecido a Edmond Randolph, el verdadero diablo que andaba metido en todas esas cosas, una cuantiosa comisión. La nueva compañía no ofrecía seguridad alguna de continuar trabajando, porque le faltaba dinero. Por otra parte, Vanderbilt estaba hecho una fiera. Pero Goicouría encontró forma de amansarlo. El lograría que Walker volviera sobre sus pasos y le devolvería la concesión. Todo podría allanarse. Vanderbilt ofrecería por de pronto ciento cincuenta mil dólares y en el curso del nuevo año entregaría otros doscientos cincuenta mil, con lo que el general tendría lo suficiente para sus nuevas empresas.

Conmovido Vanderbilt, autorizó a su amigo para que le escribiera a su enemigo proponiéndole todo esto. Y si no aceptaba, ¡ay de Walker!

La carta fue despachada con fecha 2 de agosto y la respuesta no se hizo esperar. A bordo del vaporcito "La Virgen", sobre el lago de Nicaragua, a 21 de agosto de 1856. El general de todas las Nicaraguas, re-

cordando sin duda a su émulo Julió César después de la batalla de Zela, le dirige a Goicouría su *Veni, vidi, vinci* "General Tenga Ud la bondad de dejarme en paz Lo de la Compañía del Tránsito ya está definitivamente arreglado Lo que Ud dice de Mr Randolph me toca exclusivamente a mí Pero es muy importante para Ud mismo que tenga presente lo que he dicho Y como el Gobierno no lo ha autorizado a Ud para nada, puede prometer en su nombre —De Ud Obediente Servidor, W Walker "

XXXI

Goicouría rompe definitivamente con Walker Duelo a muerte fracasado, y un enorme escándalo echado a volar

Fácil les será a los lectores, dado lo bien que conocen el carácter de Goicouría, calcular el efecto que en éste produjo la respuesta de Walker el colmo de la grosería, el desagradecimiento y algo peor, la estupidez ¡Y teniendo él en su poder una carta que con sólo publicarla se vendría al suelo el falso ídolo ante la complaciente opinión de algunos círculos de Washington y la mayor parte de la gente del Norte!

Además, ya por aquel tiempo (noviembre de 1856) las noticias que llegaban de la situación de los filibusteros en Nicaragua, no eran nada satisfactorias Los "centrales", o sean los centroamericanos, o sean "los diablos de tez amarilla" que decía Walker, "pegaban" duro y sin descanso ¡Enorme sorpresa en Nueva York y en todas partes! ¡Los centroamericanos uniéndose para algo que no fuera pelear entre ellos mismos! ¡Unirse en defensa de una de sus republiquitos y en defensa de todas ellas! Pero las informaciones habían resultado exactas primero Santa Rosa y Rivas, ahora, en la segunda mitad del año, Masaya, San Jacinto, Granada y la tarjeta de Navidad de Vanderbilt en que éste les había ya anunciado a sus amigos y antiguos tenedores de bonos de la Compañía del Tránsito, que les haría saber la próxima fecha en que ésta volvería a sus manos

Pero Goicouría aún se resistía al rompimiento definitivo, por aquello que les decía a sus íntimos porque estaba montando el mismo caballo de Walker Y eso que ya comprendía que la suerte de "mi general" iba para abajo, según lo demostraba el nuevo rechazo del Departamento de Estado a aceptar a Mr Oaksmith como diplomático del pretendido presidente de Nicaragua Ni a don Fermín Ferrer ¡Tercero y cuarto rechazo! Y a todos los demás que fueren necesarios ¡Mr Marcy, el secretario de Estado, era también hombre de hierro! Optó, pues, Goicouría por escribir a su examigo y exjefe, dándole largas a su proyectado viaje a Londres Y en tono zumbón, agregaba que las noticias recibidas de Nicaragua eran muy malas, y había que esperar mejores Walker montó de nuevo en su acostumbrado jinete del Apocalipsis y como Júpiter tonante le disparó estos rayos a Goicouría "He nombrado a otro en su lugar, para Londres Es el momento de negociar" Y luego "Su negativa me hace creer

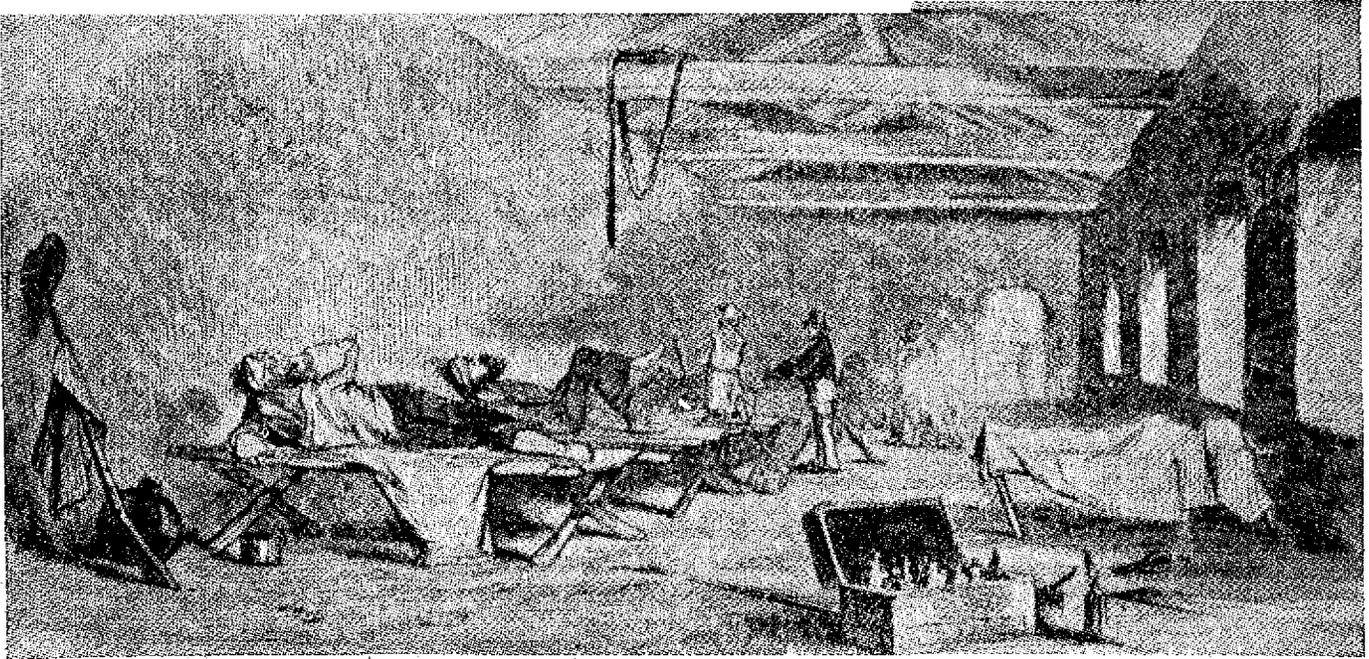
más de lo que quisiera en ciertos informes que sobre la conducta de Ud he recibido de los Estados Unidos"

La alusión no podía ser más punzante Randolph, el mayor Heiss y todos los demás compinches del "general de todas las Nicaragua", le tenían bien informado de que Goicouría estaba vendido a Vanderbilt Todavía el cubano trata de silenciar el rompimiento "La ropa sucia se lava en casa" Sobre todo entre filibusteros, que la tienen a montones Mientras el brigadier peleaba por cartas con el general, se había dedicado a preparar una expedición de mil hombres a Cuba, directamente y por su propia cuenta y riesgo, precisaba cumplirles la promesa a los amigos "de rasurarse la barba" Esto era más práctico que las cartas a Walker

El siempre activo y risueño corresponsal del *Diario de la Marina*, el más leído e importante órgano de prensa de la Isla en aquel entonces, comenta así la carta con que Goicouría había puesto punto final a sus relaciones con Walker "Apagado así Goicouría por las respuestas de Walker" según la pintoresca expresión inglesa, todavía humeó Le dolía el modo como había sido tratado y que no hubiera prestado la menor atención a sus observaciones "Lejos de eso, insiste Ud —le decía al jefe de la aventura nicaragüense— en que se le tenga una obediencia ciega a sus ideas, como si tuviera derecho para dirigirse a hombres de carácter independiente como yo en tono de mando, en lugar del de la persuasión y el raciocinio" Y comenta el *Diario* para final "Goicouría, pues, termina diciéndole a Walker con el viejo refrán. Pues ya se acabó el ahijado de quien éramos compadres Y así supo el señor Goicouría que cuando dos montan un mismo caballo es fuerza que uno de los dos vaya en las ancas"

Seguramente si esta definitiva controversia entre los dos hombres más fuertes del filibusterismo de la época no hubiera traspasado los límites de una correspondencia particular, Goicouría hubiera optado por la lavada de la ropa en casa Pero la prensa, siempre ansiosa de golosinas, acudió con el ruido de las diez mil moscas al panal de rica miel Sólo que fue Walker el que ahora quedó preso de patas en él A la bulla, Edmond Randolph, que guardaba lenta cama por una especie de "paludismo" que había traído de Nicaragua junto con las últimas instrucciones de Walker, pidió las medias y los zapatos para vestirse y salir del encierro de su estrecho cuarto en el Hotel Washington, en busca de Goicouría, para "cantarle las del barquero" Pero como no pudo vestirse, pidió papel y pluma Y tras una nerviosa exposición de los hechos, a su modo, de las glorias, virtudes y proyectos del presidente de Nicaragua, dirigida al *Herald*, el periódico más leído y más amarillista de la época, como es sabido, concluye "En el asunto del Tránsito don Domingo de Goicouría es un intruso con mala y traidora intención, y como tengo conciencia del lenguaje que empleo estaré en el Hotel Washington, N° 1, Broadway, hasta mañana a la una y hasta más tarde si así le place a don Domingo de Goicouría"

En el acto Goicouría escribe una carta aún más dura (27 de noviembre) y envía sus padrinos a Randolph, quien, como más ofendido, escoge armas y condiciones pistola y a seis pasos de distancia Por



Uno de tantos hospitales improvisados y desprovistos de los más elementales medios de asistencia.

En uno de esos hospitales de Granada murió de cólera morbus el general Mariano Paredes, comandante en jefe de los contingentes guatemaltecos Heroico en el sitio de Granada y sobre todo en la batalla en que fue recuperado el muelle, lo fue aún más en sus esfuerzos por lograr el convenio de reconciliación entre granadinos y leoneses, sin el cual no hubiera sido posible que las fuerzas centroamericanas aliadas y reunidas en León, emprendieran la campaña conjunta contra los filibusteros, cuya fuerza principal se concentraba en Granada.

esta distancia asesina, sin duda recuerda Randolph el famoso desafío entre los coroneles Sanders y Piper, allá en Nicaragua. El segundo había ofendido y desafiado al primero, y Sanders, el ofendido y desafiado, escogió rifles y distancia de seis pasos. Un doble suicidio Walker intervino, y le ordenó a Piper abandonar en el acto Nicaragua, saliendo él garante de su honor. Porque el coronel Sanders era utilísimo al ejército y no podía ser sacrificado como Isaac, hijo de Abraham. Aunque en el caso de que se trataba, tanto Isaac como su padre Abraham hubieran sido sacrificados por igual. ¡Reminiscencias de las lecturas de sus días de colegial en la bíblica universidad de Nashville, la ciudad nativa de Walker!

En el caso presente, eran Randolph y Goicouría sin duda aquél contaba con su cama, que lo retendría por enfermo, y con el tiempo apaciguador de las tormentas. El *Herald*, que se bañaba en agua de rosas con todo esto, comenta: "Se trata de un hombre enfermo (Randolph) e incapacitado de andar si no cuenta con una persona que lo ayude. Si se bate, sus amigos tendrán que llevarlo cargado al puesto y sostenerlo durante el combate. Es muy probable, pues, que el desafío se aplace para mejor ocasión". Y al día siguiente "El desafío no tuvo lugar ayer porque no hubo acuerdo sobre la distancia y el modo, aunque se convino en que las armas serían pistolas. Mr. Randolph insiste en que la distancia no debe ser mayor de seis pasos, lo cual no ha merecido aún la aprobación de su antagonista".

El *Herald* no vuelve a hablar del asunto, por lo que tenemos que atenernos a la versión del profesor Scroggs, quien afirma en su obra que a causa de la enfermedad de Randolph el duelo nunca pudo tener lugar.

Pero entre tanto el famoso mayor John P. Heiss, a quien los lectores conocen ya de sobra por sus mensajes de "correvidile" entre los esclavistas y separatistas del Sur a Walker y viceversa, por sus bien ganadas concesiones mineras de Nicaragua y más que nada por sus incendiarios discursos del club de El Tabernáculo, modelos de la "oratoria de taberna" a que se refería el *Tribune*, saltó a su vez a la palestra. Goicouría no era más que un traidor del ilustre general Walker. Allí andaba armando secretamente una expedición contra él. 1,100 hombres marcharían contra Walker a bordo de "El Dorado".

Y mientras todo esto acontecía, ya por su parte Vanderbilt y Morgan habían saltado a su vez, cada uno por su lado, aunque con saltos un tanto comedidos, dado lo largo de sus colas. Vanderbilt, negando que Goicouría fuera o hubiera sido jamás su agente. Morgan, atestiguando que "El Dorado" y su cargamento humano y de material bélico estaban dirigidos contra Walker. Se había vuelto aquello una merienda de negreros y financieros de carne negra y carne de "medio indios, medio negros y medio ranas", como se había bautizado en El Tabernáculo a los centroamericanos.

Fue entonces cuando Goicouría, que había ido publicando sus cartas poco a poco, como un malicioso jugador de poker que cuando tiene cuatro ases en mano los alarga uno por uno, ante los atónitos ojos de sus cofrades, para mejor disfrutar de la desdicha ajena, lanzó sobre el tapete su carta final. ¡Y qué carta! Todo el relumbrón y prestigios de ese gran ídolo reluciente que se llamaba William Walker, caudillo de la democracia, futuro y seguro regenerador de un pueblo sin regeneración posible como era el de Centro América, caía por los suelos ante sus propios compatriotas.

y alentadores. El era un secreto maquinador contra la unidad de Estados Unidos. El suyo era un despreciable castillo de naipes venido al suelo por una providencial ráfaga de viento. Un viento ligerísimo, pero que refrescaba las mentes llenas de un contaminado e inexplicable fuego tropical. ¡Fuegos fatuos, al fin y al cabo!

XXXII

Estupefacción que producen las revelaciones de Goicouría

La carta-cartel de desafío del más íntimo de Walker, el mayor Edmond Randolph, había aparecido en el *Herald*, de Nueva York, el 22 de noviembre del año de gracia (y de las mayores desgracias para Centro América) de 1856. Y dos días después aparecía en el mismo diario, y además en el *Sun*, para que nadie en la gran metrópoli del ruido y el humo se quedara sin leerla, la carta o explosión final de Goicouría. ¡Y riase usted de los efectos de una bomba de hidrógeno de nuestros cristianísimos días!

Hela aquí en sus pasajes conducentes. "Señor Director: la carta de Mr. J. P. Heiss (le rebajaba así sus dos primeros nombres y su título de mayor) publicada en el *Herald* de hoy, no puede quedar sin contestación. — Mr. W. Walker, actual presidente de Nicaragua, ha cometido conmigo una injusticia, se ha conducido de una manera descortés y brutal, y los viles agentes (*underlings*) que aquí tiene, llevan su locura e insolencia hasta acusarme de haber hecho traición a la causa de Nicaragua. Mi contestación será corta, y creo también que satisfactoria, al menos en cuanto concierne a mi honor personal, que es todo lo que ahora quiero defender. Hago esta exposición, no por ninguna idea de venganza, sino simple y únicamente para defender mi reputación contra una acusación inmerecida.

"Es bien sabido que hace muchos años estoy entregado con alma y corazón, vida y fortuna, a la causa de agregar a Cuba a los Estados Unidos. Pueden llamarme filibustero y atribuirme ideas soeces, no me importa. Solamente aquellos que como yo saben las atrocidades del gobierno colonial español, solamente aquellos que conocen como yo los elementos de la Isla de Cuba bajo un gobierno bueno y libre como el de la Unión, pueden juzgar mi conducta con exactitud. Con respecto a esto no tengo para qué defenderme: mi corazón, mi sangre y mi fortuna pertenecen a la causa de Cuba. Nicaragua era para mí un objeto secundario, un simple escalón para subir a Cuba. Me alegré, por supuesto, al ver aquel hermoso país libre de un gobierno miserable e imbécil, y mientras consideré a Mr. W. Walker hombre honrado y sagaz, me alegré de ver el poder en sus manos. Pero mi primero y principal objeto era Cuba, y con ese fin mandé un agente, en el invierno de 1855 a 1856, a Nicaragua, y allá, el 11 de enero de 1856, celebró el siguiente tratado con Mr. Walker, en que se obligaba a trabajar por la emancipación de Cuba, tan pronto como se estableciera el gobierno de Nicaragua. (Omito la repetición del con-

venio Walker-Lainé, citado varias veces y comentado en el curso de estas pláticas)

"Cuando esto se hizo y yo hube obtenido su palabra y como creí en la cooperación de Walker, fui a Nicaragua en marzo último y allá trabajé con toda la energía de mi carácter en la causa de aquel país. Por más que diga ahora W. Walker, ha confesado antes con placer la importancia y extensión de mis servicios. Pero mi objeto, al entrar a examinar las operaciones de Walker, es con respecto a la anterior contrata, a las obligaciones que le impone y al auxilio y cooperación que de él esperaba.

"Permanecí en Nicaragua hasta el 21 de junio de 1856, en que regresé a este país, llegando el 13 de julio a Nueva Orleans. Entonces se creyó que podía ser útil como ministro en Inglaterra, pero había algunas dificultades en el gabinete de Rivas, y en agosto recibí una carta de Walker fechada el 25 de julio, que no tiene importancia, excepto en cuanto que en ella me dice que espere hasta que reciba mis credenciales. Al fin, en los últimos días de agosto recibí de Mr. Walker mis credenciales con la siguiente carta: "Granada, agosto 12 de 1856. — Mi querido general: Mando a Ud por conducto del general Cazeneuve, sus credenciales para la Gran Bretaña. Son amplias y espero que tengan buen resultado. Si Ud puede abrir negociaciones con Inglaterra y asegurar para Nicaragua el puerto de San Juan del Norte, Ud hará una gran cosa, y será un paso que nos conduzca luego al fin. Sin San Juan del Norte no podremos tener lo que nos es muy indispensable, una fuerza naval en el Mar Caribe. Las consecuencias comerciales de esta posesión son nada en comparación con los resultados políticos y navales.

"Con su versatilidad, y si puedo decir así, su adaptabilidad, espero que Ud hará mucho en Inglaterra. Ud puede hacer más que ningún americano, porque puede hacer ver al Gabinete británico que no estamos empeñados en ninguna empresa de anexión. Ud puede hacerles ver que el único medio de cortar la creciente y expansiva democracia del Norte es establecer una Confederación del Sur, compacta y fundada en principios militares.

"Mientras más pronto pase Ud a Inglaterra, tanto mejor será para nosotros. Si es posible haga Ud el tratado antes de mediados de noviembre. Para entonces se habrá concluido la estación de lluvias y podremos comenzar la próxima campaña. Debemos tener nuestras relaciones establecidas con Centro América, a fines de abril, y entonces nada será más fácil que el arreglo de la cuestión de Mosquitos. Sobre todo esta parte es necesaria para el trabajo que tenemos entre manos después de haber arreglado los negocios de Centro América.

"Es inútil que insista con Ud sobre la importancia de esta misión, porque no dudo que Ud la comprenda tan bien como yo.

"Espero que me escriba Ud por cada correo. ¿No puede Ud hacer que . . . (aquí el nombre secreto que tampoco Goicouría reveló) me escriba una carta?

"Diga Ud a . . . (idem, idem) que me mande noticias y me diga "si Cuba debe ser libre", y será libre. . . pero no para los yankees. ¡Oh, no! . . .

Aquel hermoso país no lo merecen los bárbaros yankees ¿Qué haría con la isla esa raza de cantadores de salmos?

"Mis expresiones a su familia, y créame Ud su sincero, W. Walker —Al General don D. de Goicouría"

En los párrafos subrayados el lector habrá visto en síntesis el programa completo de los verdaderos y últimos propósitos de Walker. Contaba que Centro América estaría totalmente dominada para abril de 1857. Pensaba en una indispensable escuadra en el Caribe. Odiaba a los yankees, palabra con que los del Sur designaban exclusivamente a su odiados parientes judaizantes del Norte. Marchaba directamente a la formación de una república que, llegado el caso, pudiera sumarse a la Confederación del Sur. La cuestión de la Mosquitia se arreglaría amigablemente con Inglaterra y ésta debía aliarse a aquella nueva república si quería poner término a la expansión hacia el Sur de los del Norte. .

Estos eran los íntimos secretos de Walker. Quizá los conocería solamente su más íntimo amigo de juventud y de los tiempos de sus primeros y únicos amores con Helen Martin, Edmond Randolph, su eterno animador en la aventura de Nicaragua. O tal vez el bizarro jefe de la corbeta filibustera "Granada", Callender Irvine Fayssoux, antiguo oficial de la marina de guerra de Texas, de familia patricia, y quien además había tomado parte en una de las expediciones filibusteras para la liberación de Cuba. Walker se enorgullece de él a cada rato en su libro, y sin duda lo destinaba para un alto puesto en aquella futura escuadra del Caribe. Fayssoux, hombre de sólida cultura, legó a la Universidad de Tulane, casi en calidad de secreto, un copioso archivo, y algunas cartas de Walker, que hasta ahora han permanecido ignoradas, y en que se confirman sus hondos móviles en la aventura centroamericana, que no era sino el paso preliminar.

Volviendo al tema, lo demás de la muy extensa carta de don Domingo de Goicouría que el doctor Montúfar inserta íntegramente aunque no comenta en su libro sobre "La Guerra en Nicaragua" (una edición por separado del tomo VII de su "Reseña Histórica"), se contrae a demostrar, y por cierto en forma que no deja lugar a la menor duda, la absoluta corrección con que Goicouría había procedido y su actual y absoluta abjuración de su antigua amistad y asociación con Walker. Hace ver cómo por primera vez aquella carta había revelado "el odio que éste sentía contra los principios democráticos y sus designios de establecer un despotismo del Sur como contrapeso a los Estados del Norte." "No tengo para qué decir que no afecto una falsa filantropía con respecto a los negros, pero el restablecimiento de la esclavitud en el actual estado crítico de los negocios de Mr Walker me parece la quintaesencia de la estupidez." "Mientras le creí fiel a la causa de Cuba y de la América fui su amigo sincero." "Metería antes mis manos al fuego que publicar estos papeles, si hubiera la más leve esperanza de que cumpliera con su palabra." "Sienta principios directamente hostiles al engrandecimiento y esplendor de este país" (los Estados Unidos). "Lo denuncio como traidor a los intereses de Cuba y de los

Estados Unidos", etc. Termina explicando y demostrando que "El Dorado" y su cargamento bélico iban dirigidos, como siempre, a su eterno objetivo. la liberación de Cuba.

El profesor Scroggs da cuenta de la estupefacción que en todos los Estados Unidos, y de manera especial en el Norte, produjo la carta de Goicouría.

XXXIII

Clamor unánime contra Walker

No tardó en producirse la reacción que era de esperar contra Walker al conocerse en el Norte y aun entre sus no simpatizantes, que eran los menos, del Sur, los móviles secretos de su tan discutida aventura en Centro América. Desde luego, la prensa fue la primera en saltar. Y como sería imposible transcribir todo lo que contra él se dijo, ni aun en extractos mínimos dentro de las dimensiones de estas pláticas, me limitaré a escoger algunos párrafos de los periódicos de más fama.

El *Sun*, de Nueva York, por ejemplo, que siempre se había mostrado no sólo benévolo sino simpatizante muy devoto de los filibusteros, llama a Walker "bribón" y hasta "bandido", al referirse a la carta publicada por Goicouría, en que aquél "expone su teoría de enemigo de la Unión y de la democracia del Norte y partidario de una confederación del Sur basada en principios militares". El *Herald*, de la misma metrópoli, lleva sus ironías hasta el sarcasmo. "Bajo un punto de vista moral y económico (dejando enteramente aparte la cuestión de la regeneración de Nicaragua) convenimos en que Walker es una buena institución nacional. Desde que él ocupó Nicaragua,, 5,000 voluntarios han ido en su auxilio, principalmente de San Francisco, Nueva Orleans y Nueva York; y fue una bendición de Dios haber salido de la mayor parte de ellos. De esos 5,000 reclutas, no quedan ya ni mil. La guerra, las fatigas de la campaña, la disipación y un clima tropical han dado buena cuenta de más de 4,000. Se ve pues, que Nicaragua, bajo el general Walker, ha prestado y está prestando el importante servicio de absorber a nuestros inquietos filibusteros", etc, etc.

The Chronicle, un diario muy circunspecto de la época y que dijérase responde exactamente a las elevadas ideas de Mr Marcy, el secretario de Estado que tan dignamente se puso al lado de los derechos de Centro América, comenta lo que sigue "Aprovechando tal momento (el de cambio de frente que estaba haciendo Gran Bretaña al aceptar por fin irse de Centro América y poner sus ojos de preferencia en el Lejano Oriente), se les ha ocurrido a nuestros filibusteros que es ésta la mejor ocasión para fundar, a la sombra del interés esclavista, una república meridional separada de los Estados libres de la Unión y de asegurar para su provecho las ventajas mercantiles de que es llave la América Central." "Y después de indicar que ahora se ve más clara la razón que han tenido los del Sur en oponerse siempre a que se construyera el gran ferrocarril que debía unir el Este con el Oeste de los Estados

Unidos, añade: "Pero todo esto (lo de la referida república austral esclavista e independiente) es tan sólo un sueño que jamás se realizará porque todo el poder del gobierno federal en manos de los Estados libres se pondrá en juego para impedirlo, hasta donde fuere necesario. Amenazarán acaso algunos Estados de esclavitud con que quieren separarse de la Unión, y aun tal vez los habrá que se separen, mas no tardarán en volver gustosos a su seno porque si se separan sabrán que tras de ellos quedará en pie la Unión, pero que no se la llevarán consigo."

Y un diario del Sur, de la mayor circulación y de prestigio como el *Louisville Journal*, tratando de explicar su actitud anterior tan favorable a Walker, declaraba: "Si desea reconstruir la antigua Centro América hará muy bien y adquirirá un nombre tan inmortal como el de Washington. Pero si, por el contrario, lejos de abrigar tan elevadas miras consiente en ser tan sólo un instrumento de los demócratas desunionistas, ayudándolos en su loco proyecto de formar una Confederación del Sur que comprenda a México, Cuba y Centro América, pasará a la memoria de los hombres como el más ruin y despreciable de los pretendientes de utopías y será justamente condenado a infamia eterna."

¿Para qué continuar las citas? Puede resumirse el clamor general en estos anatemas de uno de los diarios republicanos más favorables: "Dejémosle entregado (se refiere al jefe de los filibusteros) a la suerte que le amenaza ya muy de cerca. Todavía contará sin duda con algunos filibusteros del Sur; pero puede estar seguro de que en el Norte el pueblo demostrará la mayor indiferencia por su suerte, sea ésta cual fuere." Y este otro aún más duro y persuasivo: "Todos los que habíamos sido antes sus amigos, renegamos de él y lo maldecimos como a un vil traidor."

Como puede verse, el tono de la prensa antiesclavista y antiseparatista no podía ser más explosivo. Pero el gobierno confrontaba una situación muy grave. Habían tenido lugar ya las elecciones presidenciales y las había ganado el señor Jacobo Buchanan, un expansionista de tomo y lomo, desde los tiempos de la guerra con México. Fue uno de los que más la azuzaron y de los que aún después de ella se sumaban al coro de la *vox populi* que pretendía la anexión de todo México a los Estados Unidos. El presidente Polk había tenido que llamarle la atención acerca de su "estrechez de criterio" con respecto a los verdaderos ideales de los Estados Unidos, y siendo Buchanan embajador en Europa, había sido uno de los tres signatarios de la famosa conferencia de Ostendé, que declaraba la indispensable necesidad de que se comprara la isla de Cuba. Fuera de todo ello, la no menos famosa convención de Cincinnati, que había hecho la elección de Buchanan, incluyó en su programa un ferviente voto de simpatía hacia lo que estaba sucediendo en Nicaragua, para su propia regeneración.

Pero a pesar de todas esas circunstancias tan favorables a Walker, el sentimiento de reacción en su contra fue cobrando terreno día a día y haciéndose cada vez más impetuoso. El mismo gobierno de Mr. Pierce, que se hallaba ya en sus postrimerías, teniendo que ser sustituido por el de Buchanan el próximo 4 de marzo, tuvo que rendirse ante el clamor de los republi-

canos, cuyo partido iba haciéndose cada vez más compacto y formidable bajo sus dos lemas esenciales "suelo libre" y "libre expresión", que significaban abolición de la esclavitud y abolición al mismo tiempo de toda barrera contra la expresión de tal pensamiento. A ojos vistos la opinión pública que había dado el triunfo a Buchanan por medio millón de votos más sobre el candidato republicano iba cambiando y tornándose a la inversa, como efectivamente se demostró en la subsiguiente elección de 1860, la de Abraham Lincoln. Este cambio se hizo manifiesto ya al primer año de la presidencia de Buchanan, cuando su gran amigo y mentor el senador Seward consiguió que la comisión respectiva del Senado votara una partida para la compra de Cuba y el Senado rechazó la propuesta. Lo mismo cuando Buchanan quiso celebrar un tratado con Benito Juárez, presidente de México, para la construcción de un ferrocarril en territorio mexicano.

Pero ya esa opinión antiesclavista y antiseparatista había pedido mucho durante la propia presidencia de Pierce. Allí estaba Mr. Marcy, siempre erguido y trabajando infatigablemente. A poco de las revelaciones hechas por Goicouría, encontramos en el *Diario de la Marina* de La Habana, el más serio y leído de la época y servido en Nueva York por un corresponsal tan acucioso y activo como inteligente, la siguiente noticia: "Alarmado el Gobierno de Washington ante aquellas revelaciones, ha tenido ya varios consejos de gabinete, y de amigo que era de Walker, se ha tornado en su más acérrimo enemigo. Como consecuencia, las leyes de neutralidad se refuerzan y se dirigen instrucciones a todas partes para que se evite el reclutamiento de nuevos soldados en San Francisco California, en Nueva Orleans y Nueva York".

Entre tanto, Mr. Vanderbilt se ha frotado ya las manos al ver cumplida la profecía de su tarjeta de navidad: pronto los vapores del río San Juan y lago de Nicaragua habrían vuelto a poder de la compañía su antigua dueña, y Walker estaría acorralado en Rivas y sin posible movimiento para ningún lado. Por lo demás, los cinco pequeños ejércitos centroamericanos habían seguido pegando duro y recio, y los últimos desechos de la "Falange de los Inmortales" agonizaban de hambre, deserciones y cólera morbus, en una punta del estrecho istmo de Rivas, ante la inmensidad del Pacífico impassible y bajo el incesante fuego de los cañones de aquellos cinco ejércitos que al grito de guerra de Walker de "O los cinco o ninguno", habían sabido contestar: "¡Ninguno!"

XXXIV

Walker también contaba con sus héroes Sus sobrevivientes se van a pelear contra Lincoln

Los centroamericanos, según usanza de los partidos políticos, no acostumbramos concederle ningún mérito al enemigo. En la Guerra Nacional, por tal de aplastar a ese enemigo con el nombre de "filibusteros", tratamos de olvidar que nuestros propios pecados los trajeron y nuestras propias debilidades los sostuvieron. En este libro, que pretende interpretar imparcial-

mente la sicología de los dos bandos en lucha, se hace necesario dedicar alguna página a los que fueron también héroes al lado de Walker. Y aunque no sea sino por la razón de que en cuanto mayor es el mérito de los vencidos mayor es el de los vencedores.

El ameno cronista de los más llamativos episodios de la Guerra Nacional, doctor Salvador Calderón Ramírez, nos relata por boca de su confidente el exfilibustero Levi Lewis, algunas de las hazañas de los héroes walkerianos. Se entusiasma, ante todo, al referirse a la valentía de los dos jóvenes (casi niños) y hermanos gemelos O'Neal, Charlie y Calvin. Se adoraban y cada uno se repetía en el espacio como la sombra del otro. Sabían combatir a muerte, y a pesar de su excesiva juventud tenían el sentido de la guerra y aun el de sus dimensiones. Uno de ellos, dice el mismo Walker, salvó al ejército en la batalla de Rivas, organizando la retirada, y el otro, aunque derrotado y herido dos veces, pudo abrirse camino y salvar la vida en la de San Jacinto.

Pero hubo una vez en que Calvin perdió los estribos y la cabeza. Fue cuando vio morir a su hermano sobre las trincheras, en el sitio de Granada por los centroamericanos. Loco de desesperación, brincó sobre su caballo, descalzo y en mangas de camisa, y pidiéndole permiso apenas a Henningsen, el comandante, se lanzó al frente de treinta y dos rifleros sobre las trincheras de los guatemaltecos. Jamás había habido en toda la guerra matanza igual. Hubo que llamarlo a grandes voces, pues su caballo, como el Hipogrifo de la fábula o más propiamente como el de Atila, parecía dispuesto a batir bajo sus cascos toda Centro América de confín a confín. Cuando regresó, jadeante y exhausto, cuentan los cronistas, su piafante caballo de las llanuras del Tipitapa nicaragüense, chapoteaba sobre la sangre de muertos y heridos.

Pero a Calvin le llegó también pronto su hora en forma de una certera bala de los mismos guatemaltecos, que le traspasó el pecho, durante un combate en las afueras de Granada, sólo tres meses después.

Y así, de los gemelos O'Neal, que no habían llegado a los veintiún años, no quedó sino la flor del recuerdo que sus propios compatriotas se encargaron de cultivar, encender y hacer perdurable en sus crónicas.

* * *

Por entonces ya había muerto gran parte de los más selectos oficiales y amigos de Walker. Los coroneles Kewen y Crocker, que lo venían acompañando desde su aventura de Sonora, en México, fueron de los primeros en caer cuando el bautismo de sangre de "la falange de los inmortales" entre Rivas y el Gran Lago. Su predilecto lugarteniente cubano Alejandro Lainé, había muerto, como he dicho, fusilado por la espalda de orden del entonces coronel Zavala. Gilman y Davidson habían sucumbido a las pestes, ocasionándole a Walker dos pérdidas irreparables. Su gran amigo Byron Cole había ya pagado con la vida su crimen de haber contratado con Castellón la traída de los filibusteros disfrazados de colonos, a raíz de la batalla de San Jacinto. Goicouría, como hemos visto, "lo había traicionado", según Walker, aunque la verdad es que fue éste quien traicionó a Goicouría. Y por el estilo, la gran parte de la oficialidad que merecía toda la con-

fianza de Walker. De suerte que cuando la providencial —providencial para Walker— llegada del coronel Henningsen, a quien el jefe de los filibusteros se apresuró a hacer general, apenas le quedaban algunos amigos y jefes de distinción. Y entre ellos, a la cabeza, el capitán de marina Callender Irvin Fayssoux, descendiente de un prócer de la Independencia de los Estados Unidos y de heroicos antecedentes. Siempre sureño, como Walker, y creyente por lo tanto, como la mayor parte de los jóvenes y aun viejos de su tiempo y de su región, de que la anexión de Cuba, liberándola de los españoles, era cuestión de vida o muerte para los estados del Sur, se había apresurado a alistarse en la fracasada expedición del general Narciso López contra la Isla. Se asegura que cuando la escuadra invasora se halló una noche frente a las playas cubanas de Cárdenas (1850), el joven Fayssoux no había vacilado en echarse a nado para guiar la nave capitana, atándose a la cintura un cordel cuya punta, encendida como una brasa, se sujetó a la boca.

Ya al servicio de Walker y como capitán de la única unidad naval de éste, la goleta "Granada", pobremente armada, hizo el patrullaje de las aguas del Pacífico, librando combate el 22 de noviembre (1856) con la goleta costarricense "Once de Abril", a la que pronto hundió, rescatando en seguida de las aguas a sus tripulantes. Pero hubo algo mucho más interesante para dar idea del carácter de Fayssoux. Cuando tiempo más tarde el almirante inglés McClure, que comandaba la fragata "Esk", de Su Majestad británica, quiso obligarlo a que compareciera ante él para mostrarle los papeles con que navegaba, no sólo rehusó la invitación sino que dijo al emisario que era el Almirante a quien le tocaba ir a visitarlo a él. Y ante una nueva amenaza de McClure, su respuesta se limita a colocar su nave de "sólo dos carronadas de a seis" en orden de combate. Y la fragata inglesa, entre tanto, mostraba la boca de sus muchos y grandes cañones. Pero el incidente paró, como en uno de aquellos famosos sonetos con estrambote de que Cervantes fue inventor el almirante, en este caso,

"Caló el chapeo,
requirió la espada,
miró al soslayo
fuése y no hubo nada"

Sin duda Walker, que tenía el más alto concepto de los talentos marítimos y el arrojo temerario de Fayssoux, ha de haberlo destinado en sus cálculos y grandes sueños fracasados para jefe de la "Escuadra del Caribe", con que pensaba hacer imposible el bloqueo (y con mucha mayor razón el rendimiento) de los puertos de los estados del Sur cuando sonara, como tenía que sonar, la hora nona de la gran guerra contra los del Norte.

* * *

En cuanto al general Charles Frederick Henningsen era un guerrillero de tomo y lomo. Mucho más militar y estratega que Walker, le fue sin embargo leal a éste hasta más allá de la muerte. Desde su juventud se había venido curtiendo en las duras revoluciones europeas de aquellos tiempos. En España había militado

al lado del famoso caudillo carlista Zumalacárregui, quien lo ascendió a coronel. Luego, había peleado bajo las banderas de Schamyl, el profeta, contra el despotismo de los zares rusos, y de las estepas había pasado a las floridas llanuras del Danubio para luchar al lado del célebre héroe húngaro Kossuth. Todo estaba perdido para éste como para aceptar el nuevo plan de campaña que Henningsen le llevaba. Se limitó, pues, Kossuth a enviar a Henningsen al general Bem, con quien nuestro futuro filibustero e incendiario de Granada defendió hasta el último trance la fortaleza de Kommorn.

De Hungría había pasado a América, donde contrajo matrimonio con una rica heredera sureña. Esto decidió su nueva jornada. Oyó hablar de las proezas de Walker, y como llevaba dentro de sí el irresistible "gusanillo del Nilo" de las aventuras imposibles, resolvió marcharse a Nicaragua, inducido además por banqueros que querían darle a Walker un sucesor. Y le llegó muy a tiempo al "predestinado de ojos grises", porque además de un buen cargamento de rifles *Minié*, un rifle que Henningsen había perfeccionado y constituía la última palabra en la balística de la época, tuvo buen cuidado de llevar consigo suficiente número de mechas, gases y demás ingredientes que pudieran servir para incendiar una población inconquistable. Y he aquí cómo Henningsen, que en Europa había sido héroe de la libertad, vino a Nicaragua a hacerse súbdito de la causa de la esclavitud y, sobre todo, a cometer crímenes de guerra, que como el pavoroso incendio de la histórica ciudad de Granada, no pueden hallar la menor justificación ni en el derecho internacional de aquellos días ni en el humano de todos los tiempos, a pesar de que Walker nos diga que sólo así pudo aplastarse a sus peores enemigos, los granadinos. Por aquella época ya los internacionalistas condenaban la destrucción de templos, monumentos nacionales o "causar estragos que no son necesarios para el fin legítimo de la guerra". Y como por otra parte, Henningsen, por más que trate de justificarse en sus Memorias, estaba al tanto de la situación sin remedio de los filibusteros, con toda Centro América en armas, con las tropas de Cañas (general costarricense) y las de Máximo Jerez (general nicaragüense) listas en Rivas para caerle al enemigo a la primera de cambio y aun con los planes de Vanderbilt para la captura de los barcos del río San Juan en plena marcha, más bien hay que creer que con el incendio de Granada no hizo sino ejercitar un acto de la más inexcusable venganza o, como dice en su Derecho de Gentes nuestro sabio hispanoamericano don Andrés Bello, a quien pertenece la frase que acabo de citar entre comillas, un acto dictado "más bien por el rencor y por una ciega ferocidad antes que por la prudencia".

* * *

Debo agregar que Henningsen, que era un historiador muy sugestivo de sus propias aventuras, escribió sus Memorias sobre la guerra en España, en Rusia y aun en Nicaragua, al paso que Fayssoux legó a su muerte un precioso caudal de documentos relativos a Walker y a la guerra en Nicaragua, a la Universidad de Tulane, Louisiana, como ya he dicho. Pero, fieles ambas a las ideas por las que habían combatido con Walker, se alistaron bajo las banderas de los estados del Sur al no más

iniciarse la terrible gran guerra civil llamada en la historia "de Secesión". A Henningsen se le confió el mando de un regimiento en la *Wise's Legion* de Virginia. Fayssoux entró en la armada. Y a imitación de los dos, la mayor parte de los pocos sobrevivientes de la "legión de los inmortales" se incorporaron a la lucha siempre al lado de los del Sur. Por ejemplo, Frank Anderson, el que había sido gravemente herido y dejado por muerto en la batalla de Rivas, fue a servir como segundo de Henningsen. El general Hornsby, de quien dice Walker que "algunas veces tenía el ardo de un león y otras era tozudo como un buey, aunque siempre era guerrero sin miedo y denodado hasta la temeridad", hizo honor a la memoria de su apologista y jefe en el mismo sentido. Y otro tanto el general Wheat, que había peleado contra los costarricenses y había querido detenerlos al otro lado del río San Juan, cuando la campaña contra los barcos. ¿Y cómo olvidar a James Carson Jamison, amable cronista de la guerra de Nicaragua a quien le debemos tanta noticia curiosa de primera mano? Entre otras, la del detalle del fusilamiento, tan llorado por los propios filibusteros, de los egregios oficiales guatemaltecos Valderrama y Allende. Pero Jamison, como se le apellida, fue además heroico soldado, habiendo batido el récord de la hípica filibustera (quizá récord universal) al hacer 26 millas, en viaje de ida y vuelta, para llevar una caja de fulminantes a los filibusteros exhaustos, en dos horas y cinco minutos. Y por aquellos caminos de Dios y teniendo que cambiar de cabalgadura!

Pero, para broche de bronce (ya que no de oro), citaré el caso del valiente coronel Rudler, el último acompañante de Walker en su postrera aventura de Trujillo, en 1860, y cuando ya aquella guerra civil estaba para iniciarse. Fue condenado también a muerte, pero por la intervención de Salmon la pena se cambió por la de cuatro años de prisión, que sus amigos sureños lograron pronto conmutarle. Y de Trujillo se fue a pelear por los del Sur. El había oído la descarga que puso término a la vida y a los sueños separatistas y esclavistas de Walker. Justo fue que escuchara las primeras de Abraham Lincoln contra la separación y la esclavitud.

XXXV

El general José Trinidad Cabañas en las últimas horas de Walker

Uno de los nombres centroamericanos que más patéticamente ha de haber sonado en los oídos de Walker, repercutiéndole con violencia en el corazón, ha de haber sido el del general José Trinidad Cabañas. No sólo ha de haberse quedado pensativo Walker desde el momento en que lo despidió negándole su ayuda, pues inmediatamente empezó a cosechar el serio sinsabor de que le hayan retirado su amistad Máximo Jerez y el honorable demócrata y también ministro Selva, sino que sin duda el recuerdo de Cabañas tuvo que hacérsele presente hasta en su capilla mortuoria de la fortaleza de Trujillo, la víspera de su fusilamiento.

Y en efecto, en su proclama de Trujillo, cuando

en su tercera y última aventura sobre Centro América (1860), para intimidar al presidente de Honduras, Guardiola, su viejo enemigo, declaró que ahora se proponía contribuir al cambio de ese gobierno, sustituyendo a Guardiola por alguien que pudiera estar de acuerdo con las necesarias reivindicaciones que exigían los habitantes de las Islas de la Bahía. Pretextos para justificar su agresión a Roatán, la principal de esas islas, a donde había arribado antes que a Trujillo.

Pero en aquel tiempo el general Cabañas se hallaba en El Salvador, sobrellevando dignamente su quietud de asilado, lo cual no implicaba que su centroamericanismo, como último paladín que era Cabañas de la Federación, pudiera guardar la quietud de los muertos.

Sin embargo, algunos amigos de Walker le hicieron creer que Cabañas andaba merodeando por los alrededores. Y escritores como Green, afirman que despachó en su busca al mejor amigo que quedaba a su lado, el coronel Thomas Henry, veterano de la guerra de México y valiente filibustero en toda la de Nicaragua. Naturalmente, Henry no encontró a Cabañas, ni nadie hubiera podido encontrarlo. Para Cabañas, gran centroamericanista sincero, no era hora ya de remover los rescoldos de las brasas que había encendido Walker en Nicaragua. El resultado de la excursión de Henry en busca de Cabañas se redujo a que Walker perdiera a ese su gran amigo y último veterano de Nicaragua. El agradable Carson Jamison nos cuenta cómo aquél fue muerto al insistir en penetrar al interior de la fortaleza de Trujillo, a su regreso, con un cigarro encendido en la boca y muchos "tragos en la cabeza". Como el oficial de guardia se negara a dejarlo entrar en tales condiciones, Henry lo atacó y el oficial, en cumplimiento de su deber, le disparó un tiro a quemarropa que lo tuvo durante días y noches entre la vida y la muerte. Walker lo cuidaba, pasando a la orilla de su cama largas horas. Y su muerte, por fin, fue considerada por Walker, según dicho escritor, como más sensible que la de cincuenta filibusteros juntos.

* * *

¿Qué razones da Walker al querer excusar su rechazo de las propuestas de Cabañas, respaldadas por Jerez? ¿Y cuáles razones aducía Cabañas para buscar el apoyo de Walker? En estos contradictorios argumentos se encuentra la clave del conflicto ideológico entre el jefe de los filibusteros y los dos centroamericanos que representaban la más pura tradición centroamericanista.

Walker nos explica en su "Guerra de Nicaragua", a páginas 139 y siguientes, que "el general Cabañas era el más viejo y más respetado de los liberales de Centro América". Y continuando su cumplido elogio nos añade que "americanos que lo conocían lo proclamaban el hombre más honrado de las cinco repúblicas". Reconoce que el auxilio que Cabañas les había dado a los liberales de Nicaragua (Castellón, Jerez, etc.), había sido la causa, "sin duda alguna, de haber perdido el poder en Honduras", por haberse concitado con ello el odio de los conservadores de Guatemala, Honduras y Nicaragua. Walker lo recibió con todos los honores que creyó le correspondían a un hom-

bre tal, pero le negó su auxilio para recobrar el poder en Honduras.

Y aquí son de oírse las razones de Walker, que se escudaba en la opinión de don Patricio Rivas, al que él había hecho designar presidente.

La suprema era la de que, "si se daba auxilio al presidente proscrito y penetraba en Honduras una fuerza americana, esto sería la señal de una coalición de los otros cuatro estados contra Nicaragua".

Aunque Walker dice que ésta era la opinión de don Patricio y que Jerez la compartía, los hechos posteriores demostraron que no eran sino sus propias opiniones y la contraria de la de Jerez. Y la mejor prueba, que todo lo que hizo el jefe de los filibusteros fue precisamente concitarse no sólo el odio de los centroamericanos sino el del propio Jerez y don Patricio Rivas. Luego lo que él temía, que era la coalición en su contra de los otros gobiernos centroamericanos si le hubiera prestado ayuda a Cabañas, fue precisamente lo que logró sin habérsela prestado y más bien por habérsela negado.

Contrariamente, Walker, que desde un principio se dirigió sobre Granada, la hostilizó, fusiló a dos de sus más notables hombres, ahorcó al honrado vecino de Rivas don Francisco Ugarte, a pesar de todo ello, no sólo no se hizo temer de los granadinos sino que acabó por hacerse odiar de sus propios amigos democráticos los leoneses.

De suerte que por más que diga que Cabañas "tenía la cabeza llena de esas leyendas que Plutarco ha hecho tragar al mundo" y por más que nos cuente que en un papel impreso que le envió un su amigo de Granada con notas marginales, se "pintaba a Jerez como un conspirador de nacimiento", lo que se deduce es que, contrariamente a lo que Walker pensaba, tanto Cabañas como Jerez tenían en la cabeza y seguramente en el corazón el ideal de una Centro América unida como la que había existido, pero para los centroamericanos y para los principios que éstos habían proclamado al tiempo de independizarse de España, entre ellos, quizá uno de los mayores, el de la abolición absoluta de la esclavitud para tirios y troyanos, o sea, en el caso de Centro América, para blancos, criollos, mestizos, indios, zambos y demás confusas mezcolanzas.

* * *

Veamos, en cambio, cuál era el pensamiento de Cabañas, transcrito por algunos escritores, como Laurence Green, tantas veces citado. Ese pensamiento puede traducirse a través de la necesariamente cautelosa plática diplomática que sostuvo con el filibusterísimo Wheeler, ministro de Estados Unidos, tan incondicional y entusiasta amigo de Walker como buen sureño también. El sábado 15 de diciembre de 1855 fue a corresponderle a Cabañas su visita oficial, lo que quiere decir que aun éste tenía algo que esperar de Walker, pues su entrevista con el jefe de los filibusteros sólo había tenido lugar doce días antes y permaneció algún tiempo más en Nicaragua esperando la respuesta definitiva. En esa entrevista el diplomático filibustero empleó todas las argucias del lenguaje diplomático para ponderar la eficacia de las leyes de neutralidad, recalcando que ellas sólo podían alcanzar a los ciudadanos norteamericanos dentro del propio

territorio de la Unión, pero no a quienes, por las propias leyes de Nicaragua, se habían naturalizado nicaragüenses. Tampoco tuvo empacho en afirmar que cada día Walker recibía más reclutas de los estados de la Unión, algunos de los cuales iban a colonizar, otros a comerciar, otros a trabajar las minas, "pero la mayor parte para el ejército"

Cabañas fue reticente. Tenía que serlo, pues como digo, aún esperaba que la indecisa balanza de las cavilaciones de don Patricio Rivas, el presidente de nombre a quien había colocado Walker mientras se hacía nombrar él mismo, y siempre "El Patas Arriba" del ingenioso apodo que Zavala le había puesto, se pudiera inclinar a su favor, influyendo algo en Walker o, por lo menos, quitándole a éste el pretexto de que era don Patricio quien se negaba a ayudarlo. Hizo ver lo grave que sería para Walker una alianza de los gobiernos conservadores de Guatemala, Honduras, Nicaragua y aun el de Costa Rica, con lo cual quiso decir que era mucho mejor pensar en una sincera alianza con los liberales o sea con los que habían luchado y seguían luchando por una Centro América unida. El ministro Wheeler contestó aludiendo a la honestidad de las ideas y compromisos políticos de don Patricio y sobre todo al ejemplo que éste tenía ante sí de lo que le había pasado a Corral. Pero la frase clave de Cabañas estuvo cuando le preguntó a Wheeler, capciosamente, como un primero y lejano trueno que se deja oír en el horizonte: "Si el Gobierno de los Estados Unidos procedería a proteger a Walker en caso de que Guatemala, junto con otros gobiernos, le hiciera la guerra a Walker para arrojarlo del país". El ministro se apresuró a contestar que no por las razones que ya había dicho (o sean las de la neutralidad y las de que su gobierno nada tenía que ver con los americanos que se naturalizaran en otro país, etc.)

Pero la verdad de todas las razones de Wheeler y las de los defensores de las tales leyes de neutralidad, como el senador Slidell en su famoso discurso cuando el comodoro Paulding capturó a Walker, según referiré en el capítulo del epílogo de este estudio, resultaban puras "bolas de jabón". Ya lo habían dicho los editores de la inteligente revista californiana "Atlas" en vísperas de la aventura de Walker en Nicaragua: las leyes de neutralidad son como una pelota de hule que en cuanto más duro se le da contra el suelo más alto rebota. Y estas leyes era lo más convincente que Wheeler podía citarle a Cabañas. Más convincente fue, como lo comprobó el porvenir, el argumento de Cabañas al referirse a una posible acción conjunta centroamericana contra los filibusteros. ¡Y por todo ello, cuán presente ha de haber tenido Walker en sus recuerdos, en la última noche de su vida, la noble figura de Cabañas profetizándole, primero, y creyendo ver su figura, sin poderla determinar, a esas horas, en los alrededores del río Negro!

XXXVI

Epílogo del drama walkeriano

El drama de Walker, con algunos pasajes de tragicomedia y muchos de tragedia pavorosa en que a la

furia de una guerra de pequeñas pero encarnizadas batallas, despiadada, sin cuartel y con mucho de odio de razas, se sumaba la insaciable voracidad del cólera morbus, parejo para con todos, puede dividirse en dos actos, un prólogo y un epílogo. El prólogo había sido la primera aventura de Walker en Sonora, Estado mexicano colindante con el Sur de Estados Unidos: todo lo que en ella aprendió el filibustero, inclusive a hacerse presidente, vino a ponerlo en práctica en Nicaragua, así como todo lo que en ella había ignorado y jamás aprendido, o sea un poco de tacto político y diplomático y de sentido común. En cuanto al primer acto, que es el principal para nosotros, comprende año y medio, desde su desembarque en el puerto del Realejo en octubre de 1855 hasta su capitulación en Rivas, el primero de mayo de 1857, bajo el amparo del capitán Davis, de la marina americana, y bajo la eterna debilidad de los centroamericanos que no pudieron ni siquiera aprovechar su mediano triunfo para imponer al menos al "Predestinado de Ojos Grises" la condición de no volver jamás a Centro América, despojándolo previamente del mal adquirido título de presidente de Nicaragua. Por esta omisión, tuvo en parte Guatemala que sacrificarse al Tratado de 1859 con Inglaterra, por el que cedimos Belice bajo la secreta condición de que ésta frustrara en el mar cualquier nuevo intento de Walker y bajo el compromiso ineludible de contribuir a la construcción del camino al Atlántico, lo que Inglaterra nunca cumplió. Aunque sí cumplió lo primero.

Correlacionando este drama de Walker con la historia general de los Estados Unidos, el prólogo y el primer acto pertenecen a una etapa y el segundo a otra muy distinta. En la primera etapa, Walker resulta un producto neto del ambiente social, político y psicológico de los decenios comprendidos entre 1830: época de transición, en que una joven nación con exceso de energías, se ve transformada de repente en atleta fiebre general de aventuras, de expansionismo, del oro de California, de la necesidad de una filosofía más materialista y atenta a los intereses económicos. Davy Crockett, en suma, saliéndose de sus selvas de Tennessee hacia los cuatro puntos cardinales. En la segunda, la reacción ha venido operándose: se añoran los olvidados principios puritanos, la democracia de Washington, la sencillez de Jefferson. En esta segunda etapa ya "los claros clarines" anuncian a Abraham Lincoln, redentor de esclavos y salvador de la unidad nacional. Fue la que acabó con Walker, así como la primera lo había creado y glorificado. Y Walker es juguete de ese destino invisible que mueve el timón de las naciones, levantando a unos hombres y lanzando a otros al abismo.

Todavía Walker, a su salida de Nicaragua, es recibido en Nueva Orleans por las multitudes con banderolas y arcos de triunfo. Y para mayor extrañeza, en Nueva York se le hace un recibimiento sólo comparable con el que se le había hecho a uno de los mayores héroes de la revolución polaca de 1830. Pero los órganos respetables de la prensa, que ya se mantenían alertas desde los descubrimientos de Goicouria, aprovechan la trágica llegada de los famélicos restos de la "Falange de los Inmortales" para señalarlo a la vin-

dicta pública El Times, que va tornándose ya en gran señor del periodismo, señala, riéndose, que lo único que ha aprendido a hacer Walker es a cuidar a su persona y salvar el pellejo, sin importarle el de los hombres a quienes llevó a la muerte El Tribune, el mismo Herald, The Chronicle, Le Courier des Etats Unis Unos piden que se le encierre en un manicomio y otros piden para él una celda en Sing-Sing, la célebre prisión Pero Walker, sin desmayar, comprende que su escenario está destruido en el Norte y se echa ya abiertamente en brazos del Sur Discursea hasta reventar promete la regeneración de Centro América, el país de "esos diablos de tez amarilla", teniendo buen cuidado, por supuesto, de no desenrollar toda la madeja de sus planes Sus amigos llevan a cabo una verdadera cruzada entre los centenares de miles de socios de las logias con que opera la sociedad semisecreta de "Los Derechos del Sur" Distribuye entre las multitudes millares de acres de tierra nicaragüense Encuentra a su paso siempre la sombra protectora de monsieur Soulé, así como los medios para reírse de las leyes de neutralidad, de los jueces y de las autoridades de los puertos Walker es el diablo de tez blanca, que lleva a todas partes su olor a pólvora y azufre de la gran Guerra Civil que ya aletea sobre todas las cabezas Buchanan toma medidas contra él, y él encuentra siempre padrinos en el Sur que les den caravuelta, lo mismo que a las proclamas con los candentes anatemas del propio presidente

* * *

Cuando tiene lugar este segundo acto el panorama se había modificado por completo, tanto en lo político como en lo internacional, y así Mr Buchanan, uno de los antiguos instigadores de la ocupación de todo México y del manifiesto de Ostende para la compra de Cuba, pudo hablar de los fueros de la cristianidad y la humanidad cuando se trató de condenar la segunda tentativa de Walker sobre Nicaragua y de procurar la absolución ante el Congreso del comodoro Hiram Paulding, almirante de la armada del Caribe, por haber capturado con mano de hierro al filibustero

Este episodio de la captura de Walker por Paulding fue el acontecimiento más ruidoso de todo este segundo acto Se alegaba que el comodoro había ido mucho más allá de las instrucciones que le había dado el Gobierno al haber capturado a Walker dentro de aguas territoriales de Nicaragua, y los senadores que pedían el castigo de Paulding se horrorizaban ante la idea de que éste hubiera podido violar en esta forma los derechos de una nación amiga Eran los mismos, sin embargo, que no se habían horrorizado de que Walker invadiera a Nicaragua a sangre y fuego y asesinara a diestra y siniestra a sus hijos Ni aun a sus políticos de la talla del inocente don Mateo Mayorga, el Ministro de la Guerra don Ponciano Corral, ambos legitimistas, y al rico don Mariano Salazar, demócrata y antes su fervoroso amigo El Congreso se dividió en enemigos y amigos de Paulding, y mientras aquéllos pedían un ejemplar castigo, éstos querían que se le condecorase Mientras tanto, el Presidente Buchanan podía ya citar, en su descargo, los más rotundos principios de Monroe sobre neutralidad para con las naciones amigas e invocar y elastizar las leyes sobre la materia, que

databan de 1818 y se remontaban, decía, a los tiempos mismos de Washington El triste episodio, digno broche del primer oro hallado en California y de los de la era expansionista de los Estados Unidos, tuvo el final que ya entreveía el comodoro Paulding, en carta a su mujer, cuando capturó a Walker o a la presidencia o a la destitución Pudieron más sus enemigos a pesar de los esfuerzos del senador Doolittle y su valiente grupo Pero a través de toda la historia de la tragedia walkeriana en Nicaragua, resulta agradable hallarse con un nombre grato y digno de ser pronunciado por labios hispanoamericanos, así como el de Marcy, secretario de Estado del Presidente Pierce el del comodoro Hiram Paulding, a quien poco más tarde le envió el Gobierno de Nicaragua sus agradecimientos y una hermosa espada incrustada de finas perlas El regalo comprendía también muchas acres de tierra, pero desde luego, el Comodoro rechazó la tierra y sólo aceptó los agradecimientos y la espada, que ahora figura en el museo de la Academia Naval de Anápolis Quizá por una casualidad, la punta de esa espada, dentro de su vitrina, apunta hacia el Sur, en cuya dirección, a través de los mares, se encuentra la tumba de Walker

* * *

Pero decía que los tiempos habían cambiado ya la cola del león inglés había sido lo suficientemente retorcida y el león estaba dispuesto a dejar sus presas y abandonar los caminos de una futura ruta interoceánica excitativa para pasearse a sus anchas Devolvía ya a los hondureños sus Islas de la Bahía y a los nicaragüenses su Mosquitia aunque con ciertas reservas Sólo a los guatemaltecos no les devolvía Belice Atrincherado el viejo león en los vacíos del tratado Dallas-Clarendon, subsidiario del Clayton-Bulwer, había entretegido la tela de araña de un aparente tratado de límites, por el cual Belice quedaba atrapado para siempre sin lastimar el honor del Clayton-Bulwer Había pasado para Estados Unidos la tremenda era de la expansión hacia el Oeste y hacia México Renacía el espiritualismo de los tiempos de Washington y Jefferson y en el horizonte del mundo sonaban las clarinadas del nuevo evangelio de Lincoln

En realidad, Centro América tuvo su parte de culpa en todo ello, por haberlo dejado escapar impunemente Con sólo haber esperado una semana más, el nuevo ejército de 1,000 hombres del prestigioso general Gerardo Barrios, que ya estaba para llegar, hubiera determinado la rendición incondicional de Walker Así se hubiera acortado el sangriento drama sin necesidad de este segundo acto tan largo, y el epílogo se hubiera anticipado

La figura de Gerardo Barrios, quien muy pronto sufriría la suerte de Morazán, pagando sus ideales centroamericanistas en el patíbulo, emerge olímpicamente de la odisea Walkeriana He aquí los párrafos de su viril discurso ante el General Carrera cuando en vísperas de marchar él mismo al teatro de la guerra en Nicaragua al frente de ese nuevo contingente de otros mil salvadoreños, había ido a Guatemala a ponerse de acuerdo con Carrera sobre los nuevos contingentes Centroamericanos contra Walker en calidad de Ministro Plenipotenciario del Gobierno de Campo

"Excmo Señor Presidente Os he informado de los pasos que ha dado mi Gobierno, y de cuanto promueve en favor de la cuestión nacional

"No hay medida que hubiese creído útil, que no la haya dictado, ni habrá sacrificio, por grande que parezca, que no esté dispuesto a hacer por la causa más justa y santa que hemos tenido los centroamericanos, desde nuestra emancipación política

"Mi Gobierno sabe, y lo saben también los pueblos del Salvador que rije, que disputamos a los filibusteros la existencia política de las repúblicas centroamericanas, el honor nacional, las instituciones y libertades públicas, la existencia misma de nuestra raza, toda clase de intereses, y en fin les disputamos la religión santa, legado el más precioso que nos dejaron nuestros mayores. Público es que estos aventureros invaden nuestras conciencias, el culto y los templos de Dios, que los saquean y queman, porque nada respetan los que llevan por divisa la inmoralidad y la destrucción. Si hay alguno que lo dude, o que se haga ilusiones, que visite las ruinas de Granada, y sus cenizas darán testimonio de la verdad. Sobre tal convicción, repito, que el jefe salvadoreño no reconoce obstáculo que no pueda superar para que estos países conserven su ser político a despecho de esos hombres desalmados y temerarios que han concebido el inicuo proyecto de conquista, destruyendo o reduciendo a la esclavitud más ominosa a los que habitamos este suelo.

"Nuestra situación no es desesperada, lo sería si los Gobiernos aliados no midieran la altura del peligro, si no contaran con el patriotismo de los pueblos que no se dejarán arrancar impunemente los dones y derechos que gozan. Sólo falta el impulso para tener a la mano todos los elementos que aseguren la independencia.

"Un esfuerzo varonil, en proporción de la causa que defendemos y de la población y riqueza de estas repúblicas, es suficiente para aterrar a un enemigo que se ha vuelto osado, porque ignora de cuanto son capaces los pueblos que aman su libertad y los gobiernos que conocen el deber en que están colocados.

"Excmo Señor Presidente si a pesar de todo, Centro América hubiese de sucumbir para que no sea más nuestra patria, perezcamos sus hijos con gloria defendiéndola, que seamos vencidos, no importa, pero que no lo sean ni el honor, ni el amor a la libertad."

* * *

Y en cuanto al epílogo. Este tuvo lugar en las playas de Trujillo (hoy Puerto Castilla, Honduras), en una mañana llena de sol. Era el 12 de septiembre de 1860, cuando ya hacía meses había triunfado en Estados Unidos la candidatura de Abraham Lincoln para presidente y casi se habían hecho sentir las primeras clarinadas de la irremediable próxima guerra civil. El destino había comenzado a volverle las espaldas a Walker desde cuatros años atrás en la Batalla de San Jacinto, a orillas del Tipitapa, y se le había volteado aún mucho más con la publicación de sus planes secretos de república militar al Sur de Estados Unidos, sin duda para futura ayuda de los del Sur. Ahora en Trujillo ese destino se limita a mostrarle el lugar en que sus sueños acabarían, o sea un murallón de un castillo en ruinas cuyos cañones habían servido antaño para espantar a los piratas de Isabel II. Ya dejó referido el

episodio de su captura y de la razón secreta de que el capitán inglés lo haya entregado a las autoridades hondureñas "con todas las reglas" de la mainería.

* * *

En Nashville, Tennessee, la ciudad nativa de Walker, existe la leyenda de que éste no ha muerto, la cual sin duda tiene su origen en el hecho de haber reclamado esa ciudad los restos del "héroe", algunos años después de su fusilamiento, sin que el gobierno hondureño quisiera acceder a entregarlos. Lo que la leyenda no dice es si el "Predestinado de Ojos Grises" piensa resucitar y volver a Centro América, ni en qué forma: si como filibustero de la espada, a su estilo, o como filibustero de las finanzas a estilo Vanderbilt. Pero entre tanto la gente crédula de Trujillo dice que sobre la tumba de Walker se aparece a veces un fantasma que habla.

Los que conocen las cosas de la otra vida afirman que no hay tal fantasma, que sólo se trata de un simple fuego fatuo. Y los concedores de las cosas de este mundo afirman que se trata tan sólo de una luz que envía constantemente esa tumba para la historia centroamericana. Se trata sólo de una tremenda lección, dicen. Cuando nos hemos dividido, como lo hicimos a raíz misma de la Independencia, recibimos la invasión de México, perdimos Chiapas y Soconusco (unos cien mil kilómetros cuadrados) y nos arañamos unos a otros hasta que rompimos totalmente la unidad nacional. Y la única vez que nos hemos unido, triunfamos de Walker y sus filibusteros, salvamos el honor y la libertad de Centro América y les hicimos un gran bien no sólo a toda la América Española sino a los mismos Estados Unidos, ya que puede afirmarse, sin temor de ser desmentidos, que nuestro triunfo significó para Abraham Lincoln su primera anticipada victoria fuera de Estados Unidos.

Ahora bien, esa luz que emerge de la tumba de Walker se presenta en forma de un gran interrogante que a los "diablos de tez amarilla" nos manda desde la eternidad "el diablo de tez blanca": ¿Ya tienen ojos y oídos los centroamericanos? ¿Ya piensan, ya comprenden, ya se dan cuenta de sus verdaderos, más caros y más hondos intereses? En suma: ¿Ya están unidos?

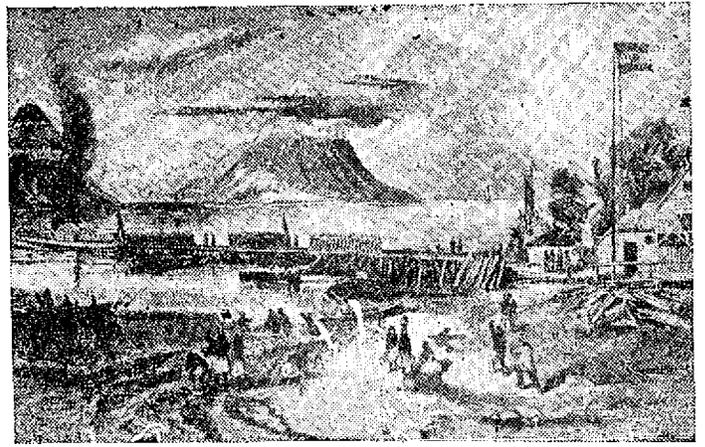
XXXVII

Conclusión

Indudablemente Walker acometió una grandiosa empresa, muy en consonancia con el espíritu de aventura de su tiempo: ¡Y qué aventuras! La conquista del Oeste, el descubrimiento de las minas de California, la apertura de los puertos del Japón y China, las revoluciones europeas para derrocar los seculares despotismos. Pero sus talentos no estaban a la altura de tamaña empresa, y ni siquiera para haberla encaminado. Lejos de ello, esa obra se queda entre otros grandes sueños que otros hombres han acariciado. Quizá, en ese sentido, los que mejor lo definan sean dos autores contemporáneos, que ya he citado, Achmed Abdullah y



El comercio sobre el río San Juan se hacía en bongos, en los que iban soldados para proteger a los ciudadanos y las mercaderías de ser capturados por los filibusteros.



Filibusteros desembarcando en San Jorge. Dice Walker: "Lockridge había llevado a San Jorge unos 235 hombres, los que unidos a los venidos de California hacían 300".

Pakenham T Compton, quienes lo colocan al lado de otros tres grandes "soñadores de imperio" (New York, 1929) Ese imperio seguramente lo hubiera podido crear Walker, a pesar de todas las circunstancias adversas, si su genio como estadista hubiera estado a la altura de la segura visión que tuvo cuando se dio cuenta, ya en Nicaragua y sobre el escenario mismo, de todo lo que podía hacerse en el mundo teniendo la ruta interoceánica del río San Juan y el Gran Lago entre las manos. Pero para su desgracia le faltaba cerebralmente aquella "chispa divina" de que dio muestra su espíritu cuando se trataba de demostrar para cualquier estoicismo ante cualquier sacrificio y ante cualquiera abnegación personal.

Analizando sus debilidades, lo perdió principalmente su desprecio por los centroamericanos. Creyó que así como no habían sabido éstos aprovechar y aprender a sacar las ventajas de su suelo y su naturaleza, tampoco podrían resistir a la "legión de los inmortales" por de pronto y luego a las continuas corrientes de los que vendrían a engrosar sus filas procedentes del Este, del Sur, del Oeste y de todas partes de los Estados Unidos, devorados por la sed de alguna aventura que los igualara con los felices descubridores del oro de California. Estaba convencido de que los centroamericanos, con sus fusiles de chispa y sus antiguos cañones del tiempo de los piratas ingleses, serían incapaces de resistir al revólver Colt, al rifle Minié y a los cañones estriados. Sería una lucha más fácil que la de los conquistadores maravillosos del Oeste contra las pieles rojas de piafantes caballos y rifles modernos. No se preocupa, pues, de estudiar al enemigo ni su pensamiento y verdadera psicología. Lo ataca a ciegas creyendo demás todo previo estudio.

Puso en su más alto estandarte "o los cinco o ninguno", sin más ni más, sin pensar en la necesidad de un conocimiento exacto o aproximado siquiera del pueblo centroamericano en aquellos momentos. No pasó por su mente de aventurero sin ciencia que el militar que pretende ser además estadista debe estudiar estratégicamente no sólo el campo de batalla y sus accidentes, antes de entrar en acción, sino el proceso, aunque sea de un vistazo, de la historia que ha dejado sus huellas imborrables en el enemigo.

En este sentido la gran falla de Walker es no haberse dado cuenta de que la debilidad de Centro América estribaba, en el fondo, no tanto en haberse dividido en cinco pequeñas repúblicas cuanto en la razón primordial de tal división. Es decir, que debió fijarse en que la lucha sin cuartel ni ápice de tolerancia entre los dos partidos, el liberal y el conservador, había sido la causa más honda de aquel resultado. Estudiando el fenómeno histórico y político hubiera llegado a deducir fácilmente que de la antigua federación y unión, lo único que subsistía y quedaba íntegramente fuerte era la lucha entre liberales y conservadores y que ella cubría todo el campo de Centro América, desde Guatemala hasta Nicaragua, y aun en cierto modo el de Costa Rica, tan aislada como se hallaba de las otras cuatro. En cada parcela luchaban ambos partidos y el único vínculo que quedaba en pie era el que la historia de las guerras civiles y los intereses localistas habían tejido entre los partidos. Si Guatemala era "conservadora", su natural tendencia y lucha tenían que ser en el sentido de que toda Centro América fuera igualmente conservadora, y viceversa. Juzgando desde tal punto de vista práctico, el esfuerzo de la política de Walker debió haberse enderezado, ya que habían sido los liberales o democráticos de Nicaragua los que lo habían traído a Centro América, y una vez conquistada Granada y la ruta interoceánica, darles todo su apoyo a los liberales de León y al general Cabañas, ayudándole a recuperar la presidencia de Honduras que acababa de perder. Así, contando ya con los liberales de Nicaragua y Honduras, se hubiera ganado por completo a los liberales de El Salvador, que eran los que prevalecían en esa república y habían simpatizado con él desde un principio. En suma, debió haber enarbolado la bandera de "o los cinco o ninguno", pero con los liberales de los tres estados que anhelaban la ayuda de Walker siempre que hubiera sido para restablecer aquella federación y aquella unión. Y hasta los norteamericanos de los estados del Norte hubieran visto con buenos ojos esa obra, según más de una vez lo dijeron sus periódicos. Y contando ya con la fuerza liberal de los tres estados, librar la batalla contra los conservadores de Guatemala del General Carrera, como represalia de la derrota que éste había infligido a los

liberales de El Salvador y Honduras unidos en La Arada (1851) Es indudable que las fuerzas liberales unidas de los tres estados y encabezadas y dirigidas por la "legión de los inmortales" hubieran triunfado sobre el conservatismo de Guatemala, a pesar de toda la estrategia y audacia de Carrera. Y una vez asegurado el triunfo en Guatemala, ni los conservadores de Granada ni los que sin formar partido como en los demás Estados denominaban en Costa Rica, hubieran podido resistir. Ya unida de nuevo Centro América, Walker hubiera podido descubrir y levantar a todos los vientos el telón de fondo de sus sueños de imperio del Caribe. Todo esto, al menos, es lo que parece lógico.

Pero lejos de adoptar tal estrategia, por su falta de conocimiento de los centroamericanos y su historia, dejándose tan sólo llevar por su orgullo de raza superior y su creencia de que el caso de Centro América no sería sino un episodio más de las aventuras de Davy Crockett en el mismo Tennessee de Walker, desoyó las sugerencias del general Cabañas y siguió las de don Patricio Rivas, que en el fondo empezaba a odiarlo. Y así, en vez de ser consecuente con los demócratas de León, que lo habían llevado, se empeñó en buscar la amistad de los legitimistas de Granada, creyendo que así dominaría mejor a toda Nicaragua. Sintiendo dueño y señor del presente y futuro con sólo haberse apoderado de la ruta interoceánica, tampoco se fijó en que Costa Rica tenía grandes intereses y reivindicaciones en el río San Juan. Se ganó con lo último el odio del poderoso Vanderbilt, y con sus terribles crímenes políticos del fusilamiento de Mayorga y Corral y el ahorcamiento del probo ciudadano don Francisco Ugarte, el odio de los conservadores de Granada. De suerte que por su desconocimiento de la verdad centroamericana, levantó contra él lo que él había creído se le levantaría si hubiese dado un apoyo a Cabañas. Lo odiaron todos, liberales y conservadores, y el pueblo centroamericano sintió el latigazo de sus heroicos caciques del tiempo de la conquista, que los llamaron a morir por la libertad y la defensa del terruño.

Y todavía la falta de visión de Walker llegó al punto de creer que aquellas correntadas de reclutas mercenarios procedentes de los cuatro puntos cardinales de los Estados Unidos podían ser eternas. Ignoró que la política de "retorcerle la cola al león inglés" estaba a punto de concluirse desde el Tratado Clayton-Bulwer y los que, si fallaba éste, le sucederían si fuese necesario, pues ya la estrella de John Bull en Centro América iba apagándose. Vendrían luego los discursos del senador Seward contra la esclavitud, que tanto se duele Walker en su Historia de la Guerra de Nicaragua no haberlos conocidos antes. Mucho menos conoció que estaban pasando ya, sobre todo para los estados del Norte, los tiempos de la política expansionista de la anexión de Texas y de la guerra mexicana. Aun en los oídos de Walker los principios grandiosamente transformadores de Lincoln no sonaban sino a la música celestial de los viejos que chochaban. Los viejos como Washington, Jefferson y Franklin, que hacía tiempo estaban bien enterrados, mientras Walker

estaba cifrando sólo en los 31 años cuando acometió su aventura que hubiera podido resultarle grandiosa si él hubiera sido un gigante de cuerpo entero como aquellos "viejos".

Se había reído de Marcy y de los manifiestos de Pierce recordando las leyes de neutralidad y de las amenazas si persistía en los planes filibusteros. Pero ya no se rió cuando el comodoro Paulding, sin hacer caso de sus protestas (y hasta de sus montones de lágrimas de ira, según éste mismo le envió a su esposa), lo capturó y lo obligó a regresar a los Estados Unidos, y mucho menos cuando supo la forma en que el buen senador Doolittle, por Wisconsin, había defendido a Paulding, como lo había hecho hasta cierto punto también el propio presidente sureño Buchanan. Todo esto ha de haberlo convencido de que había errado los caminos de su estrategia invasora, como a su tiempo le había advertido Cabañas, creyéndolo todavía de buena fe. La hora de la política esclavista tocaba a su fin y Pierce sufrió su significativa derrota al intentar su reelección. Walker se había equivocado en todo esto, como en su conducta para con Vanderbilt, y al respecto ha de haberse acordado mucho de las advertencias de Goicouría. ¿Pero, quién no es capaz de equivocarse ante los "imponderables" del presente y del porvenir? El mismo astuto y multimillonario Vanderbilt se equivocó creyendo que la concesión de la ruta interoceánica volvería a sus manos, como premio de haber asegurado y apresurado la derrota del "rey de los filibusteros" al privarlo de los barcos del río San Juan. Tampoco Vanderbilt pudo entender que, con las nuevas ideas que iban abriéndose paso en la vanguardia de los republicanos de Lincoln, la época de los comandos también había terminado y la ruta interoceánica, si se reabría, tendría que serlo por el propio gobierno de los Estados Unidos.

* * *

En suma, lo que perdió a Walker fue su desconocimiento de la realidad centroamericana, su desprecio hacia los centroamericanos, su error de no haber dado ayuda a Cabañas, la enérgica actitud de los diplomáticos centroamericanos en Washington (Irisarri y Molina), el haber urgado a los costarricenses, contribuyendo con ello a que fueran los primeros en declarar la guerra, y el haber hecho, en fin, todo lo necesario para el resto de Centro América se coaligara contra él. Finalmente, Vanderbilt, con su venganza, le descargó el tiro de gracia y los Estados del norte de Estados Unidos, que ya estaban en plena reacción contra la esclavitud y la política anexionista de los sureños, lo abandonaron a su propia suerte, sabiendo que los centroamericanos daban buena cuenta de él. Y el odio de John Bull se jugó, para terminar, a la hora nona del destino de Walker, su última carta de represalia contra la política inveterada de los del Norte y el Sur, indistintamente, de retorcerle la cola al león británico. Walker pagó la salida del león británico de Centro América con la cola entre las piernas.

APÉNDICE

LA CELEBRE PROTESTA DE IRISARRI CONTRA LA DOCTRINA MONROE

Este apéndice es continuación del Capítulo XXVII que aparece en la página 37

Se compactan contra Walker los principales países de Europa e Hispano América. El expresidente colombiano Alcántara Herrán, ofrece su espada. El Perú envía a un Ministro Plenipotenciario a Centro América. En la Cámara de Diputados de Chile se propone intervenir

— O —

El 19 de Mayo de 1856 merece recordarse por todos los centroamericanos y aún por todos los buenos hijos de Hispano América. Ese día lanzó su protesta al Ministerio de Estado de los Estados Unidos, por el reconocimiento oficial que implicaba la recepción del Padre Vigil como diplomático de Walker, el Enviado Extraordinario de Guatemala y El Salvador, el por mil títulos ilustre don Antonio José de Irisarri. Tal protesta se hizo célebre, por su energía y atrevimiento. De ella se derivó el primer pacto de alianza de las naciones hispanoamericanas y el compactamiento de las principales naciones europeas e hispanoamericanas en favor de Centro América.

De esa protesta de Irisarri tomamos los siguientes párrafos

"Es indisputable que todo gobierno tiene el derecho de reconocer como cosas de hecho a los gobiernos que se establezcan en los pueblos, sea cual fuese la forma de estado, y tan reconocible es un gobierno legítimamente constituido, como otro usurpado, porque no son las naciones extranjeras las que deben calificar la legitimidad de los otros gobiernos, estando este principio en aquel que establece que los estados no deben intervenir en los negocios internos de los otros"

Con tal principio nuestro diplomático se adelantaba así casi cien años a la doctrina mexicana del Canciller Genaro Estrada, sobre que el reconocimiento de un nuevo gobierno surgido en Hispanoamérica es innecesario, por indebido. O sea el principio de la no intervención en los negocios internos de nuestros países.

Continúa Irisarri: "Pero de estas doctrinas que se han admitido generalmente como la garantía de la Independencia de todas las naciones, no puede deducirse en ningún caso que pueden servir tales doctrinas para producir las consecuencias contrarias

No han sido los pueblos de Nicaragua los que han constituido la actual tiranía de aquel país. ha sido una partida de ciudadanos aventureros de los Estados Unidos la que ha violentado a los nicaragüenses, la que ha quitado a aquellos su independencia, la que ha formado en un país que estaba en la mejor armonía y amistad con los Estados Unidos, un Gobierno de nacionalidad norteamericana, haciendo la más burlesca irrisión de la nacionalidad nicaragüense y poniendo al frente de aquella administración un ridículo simulacro de Gobierno nacional en la persona de un individuo que ha sido bastante débil para servir a las miras de aquellos audaces aventureros. No hay en los Estados Unidos, ni en ninguna parte del mundo, quien ignore que el

señor Rivas, que se llama Presidente de Nicaragua, no es otra cosa que la hechura de Walker, el esclavo complaciente de los dominadores de su patria. No con estas mismas palabras, pero sí con otras de igual significado, han repetido incesantemente los periodistas de esta Unión Americana el hecho auténtico de ser Walker y sus soldados norteamericanos los que disponen allí de todas las cosas. Por tanto en el reconocimiento que se ha hecho por este Gobierno del actual de Nicaragua, no se ha usado pura y simplemente del derecho que tiene toda nación a reconocer los Gobiernos de hechos que formen los pueblos independientes, sino que se ha reconocido el derecho que se supone tienen los ciudadanos de los Estados Unidos para usurpar la soberanía y la independencia de las naciones que no sean muy fuertes.

Sea permitido al infrascrito hacer aquí mención de lo que se ha publicado por la mayor parte de los periodistas de estos Estados sobre el derecho que se quiere conceder a los ciudadanos de la Unión para ir a cualquier país a tomar parte en las disenciones civiles, aunque sea, como en el caso de Nicaragua, para derrocar al Gobierno legítimo, auxiliando a los enemigos de la autoridad constitucional. Semejante derecho podrá ser conveniente para el uso de estos ciudadanos, pero no puede serlo, de ningún modo, para la generalidad, ni para la universalidad de todos los pueblos, y no puede haber duda alguna en que tal derecho no tendrá jamás la sanción universal, debiéndose mirar en todo tiempo como el abuso más grave y más escandaloso de la libertad individual. Han querido los mismos periodistas de la Unión extender del uno al otro extremo de América hasta la idea inicua y extravagante de que debe el Gobierno de los Estados Unidos proteger la empresa de sus aventureros, porque conviene a estos Estados que los ciudadanos norteamericanos extiendan su influjo y poderío sobre toda la América Central, así como sobre México y la isla de Cuba, porque en la política de estos escritores es justo y equitativo todo lo que es, o puede ser provechoso a los Estados Unidos, aunque sea en daño y perjuicio del mundo entero. Finalmente, se ha tratado de generalizar en estos Estados la idea peregrina de que la felicidad de los pueblos de todo el continente de ambas Américas depende de su sujeción a esta República, sosteniendo que el destino evidente de ésta es uniformar a sus principios e intereses los principios e intereses de todas las demás.

Es verdad que ha habido y hay en la Unión sabios políticos que condenan doctrinas tan contrarias a aquellos principios de equidad, sobre los cuales descansa la paz del universo, hay y habrá en todo tiempo en estos Estados, ciudadanos que conserven aquellas máximas saludables de moderación y de justicia, que, desde el tiempo de Washington y de Adams, han contribuido a elevar a esta Nación al grado de felicidad y de grandeza en que se encuentra, pero estos hombres justos no han podido triunfar del partido que quiere

hacer por fuerza la anexión de la América Española a los Estados Unidos para que vuelva a establecerse en aquellos países la esclavitud, sosteniendo que allí no puede adelantarse nada, como en el Sur de la Unión, sin trabajo forzado. Millones de ciudadanos de esta República, casi todos los de los Estados del Norte, condenan los planes y los principios del partido que simpatiza con los aventureros de Nicaragua, pero como quiera que sea, ha triunfado la vocinglería de los protectores del nuevo sistema de engrandecimiento que se quiere adoptar para los Estados Unidos, contra los más caros y más respetables intereses de los demás pueblos americanos”

Después Irisarri le atribuye a la “Doctrina Monroe” estos principios, que han dado lugar al triunfo de esa vocinglería de los protectores del nuevo sistema que se quiere adoptar para los Estados Unidos, y añade: “Pero este pretendido derecho no ha sido admitido por ninguna de las quince Repúblicas Hispanoamericanas ni por el Imperio del Brasil, y si las naciones europeas han querido hasta ahora no ver seriamente aquella declaración, esto importa poco para que las otras de América se consideren sometidas a esta especie de protectorado que ellas no han pedido y que no debe de imponérseles por la fuerza. Semejante tutela es altamente injuriosa a los derechos de aquellos pueblos.”

Esta fue la nota que encontró Mr. Marcy demasiado “BOLD” (atrevida, audaz, temeraria, imprudente, descarada, etc.) y que más tarde, cuando el Presidente Rivas de Nicaragua, puesto por Walker, pero que luego peleó con éste, propuso a Irisarri como Ministro de Nicaragua ante el propio Gobierno de Washington, fue sin duda la que pesó más en el ánimo de Mr. Marcy y por tanto en el del Presidente Pierce, para no admitirlo como tal, aunque alegando desde luego que el reconocimiento del Gobierno de Rivas por parte de Estados Unidos envolvería la decisión de reconocer al Gobierno de Rivas en lugar del de Walker, resolución para la que el Gobierno todavía no estaba preparado. Fue esta la causa de que no pudiendo Rivas llevar a cabo ninguna formal representación ante el Gobierno Americano protestara enérgicamente contra el Ministro Americano en Nicaragua Wheeler, que había reconocido a Walker, pidiendo que por tal hecho el Ministro fuera removido. (1)

Entre tanto, aun Marcoleta, que a la sazón no representaba a ningún Gobierno, se creyó obligado a presentar una protesta ante el reconocimiento del Padre Vigil. La mayor parte del Cuerpo Diplomático rehusó reconocerlo. Perú, que se apresuró a enviar un Ministro especial a Centro América, el Dr. Pedro Gálvez, y Nueva Granada poco después, hicieron lo mismo. La última temía sufrir pronto la misma suerte de Nicaragua, de la misma manera que Estados Unidos buscaba el tránsito de océano a océano en el istmo. En la Cámara Chilena de Diputados los señores Errázuriz, Irisarri (Hermógenes, hijo de don Antonio José), Prado, Aguirre, Barriga y otros, presentaron una moción para que Chile interviniera contra la falange de Nicaragua. (2)

(1) Manuscritos del Departamento de Estado, Bureau of Indexes and Archives, Diplomatic Correspondence, Central America, I, 119

(2) Lorenzo Montúfar, Walker en Nicaragua, Reseña Histórica de Centro América, T. 7o Pág. 428

(3) Montúfar. Idem, Idem. Página 386

Los Ministros de Inglaterra, de España y Francia no tardaron en seguir el mismo expediente de no reconocer al Padre Vigil, e Inglaterra y Francia manifestaron que tropas de sus respectivas naciones desembarcarían en el territorio nicaragüense para combatir a Walker, en unión de Costa Rica, y garantizar así en aquella República los intereses de sus connacionales. Varios buques de guerra pertenecientes a la Marina Inglesa se dirigieron a Nicaragua.

Toda esta tormenta desatada sobre la cabeza del Padre Vigil lo obligó a retirarse de los círculos oficiales, lográndose que el Gobierno de Rivas no fuera tenido por legítimo.

El Padre Vigil recibió insultos de sus compañeros, los clérigos. Al pasar por Baltimore él visitó al Arzobispo y éste le dijo: “Y es Ud. el Padre Vigil? Y es posible que un padre católico venga a este país a trabajar contra la iglesia de su propio país?”

Así fue como el padre Vigil tuvo pronto que renunciar, dejando en su lugar como Encargado de Negocios, a John P. Heiss, personaje del que pronto me ocuparé. Regresó a Nicaragua, donde hizo el reporte de su misión a Walker, que estaba ya de Presidente. Pero es significativo el hecho de que pronto pidió sus pasaportes y se fue a Nueva Granada, donde asumió el cargo de una iglesia.

Hay que recordar aquí también que bajo el pretexto de arreglar los límites entre Costa Rica y Colombia, éste había enviado en Marzo del 56, en calidad de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, al General Pedro Alcántara Herrán, uno de los más antiguos y prestigiados próceres de la Independencia de la antigua Colombia y Presidente de la República. El señor Alcántara Herrán ofreció su espada, que hubiera sido de gran valor en aquellas circunstancias, al pueblo de Costa Rica para pelear contra Walker. El 11 de Junio de 1856 y después de haber celebrado un tratado de límites, se despidió del Gobierno de Costa Rica, que no había querido aceptar tan oportuna oferta como era la espada de un héroe militar sudamericano. Se había creído “que los primeros jefes de la expedición debían ser costarricenses y que las fuerzas de la patria no podían ser mandadas por un extranjero.” (3)

Alcántara Herrán llevaba de Secretario al famoso poeta colombiano Rafael Pombo, quien se despidió de Costa Rica diciéndole

“¡Adiós, modesta, hospitalaria cuna
De honrados y valientes! Quiera el cielo
Que el sudor, noble lluvia de tu suelo,
Amanse en tu horizonte la Fortuna

Tú, pobre en todo, —rica cual ninguna
En dignidad—, has estrellado el vuelo
Del Buitre, y admirándote, modelo,
Hoy todo hidalgo corazón se anuda

¡Hija menor de la ultrajada raza!
Mi patria, de su hermana se gloria
Y en el abrazo que te doy te atraza

Y hoy, al decirte adiós, es mi agonía
Pensar que en el turbión que te amenaza,
Yo con tu sangre no uniré la mía”

FIN